



El Corazón del Perro

Angela Schuster

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2017

El Corazón del Perro

Angela Schuster

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Escritura Creativa

Director (a):

Alejandra Jaramillo

Codirector (a):

Marta Orrantía

Línea de Investigación:

Énfasis en narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2017

*Dedicado a Anna, para que tenga algo que leer
mientras espera el tren al mundo de los vivos.*

Resumen

Los hombres de la familia de Lázaro mueren uno tras otro por causas asociadas al corazón. Tras un encuentro fortuito con una bruja, él se convence de que hay una maldición detrás de los decesos y que el demonio que la ejecuta vendrá por él tarde o temprano. Aquejado por la paranoia, Lázaro se alía con la bruja para encontrar una solución antes de que sea tarde, pero un evento desafortunado los separa antes de lograrlo. Abandonado a su suerte frente a la amenaza del demonio ladrón de corazones, el descontrol de su familia atormentada y un insomnio inclemente, fruto de la ansiedad, Lázaro es acorralado poco a poco por la locura, la cual lo lleva, inadvertidamente, al estrecho límite entre lo ordinario y lo sobrenatural.

Palabras clave: Novela, Fantasía, Horror.

Abstract

All the men in Lázaro's family are dying for heart related causes. After a fortuitous encounter with a sorcerer, he is convinced there is a curse behind the incidents and that the murderous demon carrying it will sooner or later come after him. Afflicted by paranoia, Lázaro sums forces with the sorcerer to find a way out before it is too late, but an unfortunate event tears them apart before succeeding. Left to his own devices to the demon's menace, the havoc in his tormented family and merciless insomnia caused by anxiety, Lázaro is cornered by madness, which takes him, inadvertently, to the narrow border between the ordinary and the supernatural.

Keywords: Novel, Fantasy, Horror.

Contenido

Introducción	1
1.	7
2.	17
3.	27
4.	30
5.	45
6.	51
7.	57
8.	69
9.	76
10.	83
11.	93
12.	100
13.	110
Bibliografía	115

Introducción

Creo que toda obra narrativa cuenta una historia y trata un tema, que funcionan como melodía y armonía, respectivamente, y que es la confluencia de estas dos la que mantiene al lector pasando las páginas. Cuando inicié el proceso de *El Corazón del Perro*, yo ya tenía la historia, o más bien, la anécdota, salida de un texto corto que escribí en el año 2007 con ocasión del cumpleaños de una amiga, y me propuse a revisitarla con la idea de que, teniendo esa parte ya definida, podía dedicarme a jugar con los elementos presentes para definir bajo qué premisa temática se podían reestructurar y así sacar una buena novela. Por supuesto, plantear el proceso creativo de esta forma, en la que la labor autoral resultaba más de arqueología sobre intenciones caducas que de agencia expresiva vigente, demostró ser mucho menos efectivo de lo que yo había presupuestado.

De esas primeras excavaciones, sin embargo, pude tomar como tema inicial la creencia en lo sobrenatural. En la anécdota original, el protagonista se condenaba a vagar sin descanso por la tierra al usar a la vez la ayuda de Dios y el Diablo para vencer la maldición que atormentaba a su familia, pero lograba encontrar una alternativa al cielo y el infierno en un mundo intermedio, llamado “Mu”, al que accedía para poder trascender y aliviar la pena de su alma. “Mu” fue un nombre que introduje entonces gracias a los referentes de televisión japonesa que tenía; al ampliarlo, resultó provenir del chino “Wú”, un concepto budista cuya traducción más aproximada viene a ser “(es) absurdo” y que funciona como tercera respuesta a preguntas cerradas, indicando que ni el sí ni el no son válidos. En el contexto de mi anécdota, que solo podía existir en el rígido marco del sistema de creencias católico, el concepto funcionaba de forma similar, ya que el protagonista introducía el mundo “Mu” como tercera respuesta ante las elecciones cielo/infierno, premio/castigo y vida/muerte. Visto así, el relato se movía entonces sobre la pregunta de hasta qué punto lo que el personaje cree de lo sobrenatural determina lo que puede hacer ante la amenaza de este, poniendo la naturaleza de su creencia en el centro de la narración.

Cierta inseguridad en el poder del conjunto historia/tema que estaba armando me llevó a considerar cuestionar al lector sobre sus creencias en un segundo nivel, de carácter interactivo. Planteé la novela en un formato digital de tres caminos para que las decisiones del lector se sumaran a las del protagonista en la búsqueda de la salvación. Cada cierto tiempo el lector debería responder una pregunta con las opciones “shí” (afirmativo), “méijōu” (negativo) o “wú” (absurdo) y sus respuestas harían al protagonista tender hacia un sistema de creencias u otro. Ante las dudas que surgieron acerca de la viabilidad del

formato en el mercado, presenté como referencia el éxito de las llamadas “visual novel” japonesas, que se basan en una mecánica interactiva similar y han logrado captar audiencias cada vez más grandes tanto en su país de origen como en occidente, pero finalmente la opción interactiva fue descartada por dificultades de producción y exigencias de la misma historia.

Esto último se dio porque escribir tres novelas en una me forzó a ahondar mucho en Lázaro, el personaje principal, con la intención de mantenerlo cohesivo a pesar de que tuviera diferentes creencias de acuerdo con la línea por la que se decidiera el lector. Al hacerlo y cuestionarlo frente a cada nueva situación, noté que no podía responderme, lo que indicaba que elementos críticos de su construcción como personaje no estaban claros y, sobre todo, que a pesar del detalle con el que diseñé el mundo sobrenatural con el que él interactuaba, había una constante falta de verosimilitud que, de hecho, imposibilitó que los primeros lectores empatizaran con su periplo.

Mis referencias para la novela, entre las que se cuentan “Over the Garden Wall”, miniserie animada de televisión creada por Patrick Hale, y “Welcome to Night Vale”, serie podcast creada por Joseph Fink y Jeffrey Cranor, se desarrollan en universos donde una capa de extrañeza cubre la realidad y los personajes principales son el elemento ordinario con el que se explora un mundo extraordinario, central en la narración, cuyos detalles enriquecen, si no justifican, la historia. En el caso de *El Corazón del Perro*, si bien la situación es similar, el centro de la narración se encuentra en el mundo ordinario en el que Lázaro permanece a pesar de que pueda interactuar con entes sobrenaturales, y el hecho de no considerar las implicaciones que su habilidad para ver lo extraordinario tenían en su percepción del mundo natural, en sus creencias y en las relaciones con otros personajes era el causante de que el conflicto de Lázaro no lograra tomar peso.

Recurrí entonces a una referencia totalmente opuesta, tanto en carácter como en formato, a las que tenía. “La bruja: coca, política y demonio”, de Germán Castro Caycedo, es una ficción a modo de crónica que ilustra el papel de Estados Unidos en el crecimiento del narcotráfico colombiano y la conformación de la cultura traqueta en el campo antioqueño. Se trata de una narración que apunta al mundo ordinario, pero que cuenta con la presencia de una bruja que narra el papel de sus conjuros y las repercusiones que estos tenían tanto en la realidad como en el imaginario colectivo y la superstición. Las reacciones de la bruja misma y de los otros personajes ante el poder de ella y el mundo sobrenatural al que solo unos cuantos tienen acceso aportan verosimilitud y permiten entender la existencia de lo extraordinario sin trasladar el foco de la narración fuera del conflicto central que, en el caso de *El Corazón del Perro*, es la salvación de Lázaro.

Si la capacidad de acceder a lo sobrenatural le dio a la bruja de Caycedo poder y seguridad, a Lázaro le dio todo lo contrario. Su singularidad se tornó en anomalía, lo absurdo de sus creencias dentro del contexto de su mundo ordinario hicieron que hasta él mismo dudara y, paralelamente a intentar revertir la maldición, buscara un alivio, una manera de descalificar todo el problema como un delirio o justificarlo con un diagnóstico de enfermedad mental. Con esta nueva idea, me vi en la posibilidad de explorar la creencia a través del papel que la percepción sensorial y el contexto social tienen para determinarla, lo que se adaptaba mejor a las necesidades del relato. Por supuesto, la estructura interactiva de tres caminos ya no era adecuada, por lo que fue descartada para encaminar el proyecto a ser una novela corta para medios impresos.

En búsqueda de referentes que trataran la vulnerabilidad de lo humano ante lo insondable, con el fin de reforzar el factor de la percepción sensorial de Lázaro hacia lo sobrenatural, recurrí en este punto a referencias literarias del género de horror. Encontré en la obra del autor norteamericano Clive Barker, y muy en especial en el cuento “The Midnight Meat Train”, perteneciente al primer volumen de la colección Books of Blood, una dimensión catastrófica del encuentro con lo sobrenatural que me sirvió de base para connotar mejor el mundo extraordinario de *El Corazón del Perro*. En el cuento, un hombre se queda dormido en un tren del metro de Nueva York, el destino del cual es el corazón de la ciudad, donde entidades sobrenaturales devoran seres humanos traídos por carniceros a su servicio. La manera en la que el tren inadvertidamente pasa de lo cotidiano a la pesadilla, el cómo la vida cotidiana de la superficie se explica y posibilita por la injerencia de las grandes bestias de las profundidades y, sobre todo, la insignificancia del protagonista ante tal descubrimiento y la forma en que reacciona, me dieron pie para organizar mejor la relación entre los dos mundos.

Sumando este balance a la historia y al tema que tenía en mano, procedí a tejerlos en la trama que tenía en mente y me choqué pronto con que esa visión del proceso creativo me llevaba a un relato mecánico que carecía de profundidad emocional. Al descartar el modelo interactivo, sin intención relegué también al lector a un segundo plano y, al escribir sin tenerlo en mente, anulé la conexión empática que había estado trabajando. Volverme a preguntar sobre mi audiencia me llevó a pensar en la destinataria original de *El Corazón del Perro* primigenio, esa amiga que lo recibió como regalo en su cumpleaños número quince. Las tribulaciones de Lázaro, quien al momento del inicio de su historia tiene dieciséis, habían tendido durante el proceso de creación reciente hacia tonos más adultos, pero tanto mi intención inicial como el nivel de densidad conceptual apuntaban a que tenía que regresar a ser una novela para adolescentes y así la encaminé durante la última etapa del proceso de escritura.

Mi referencia literaria principal para el tratamiento de esta franja de público es la obra del autor norteamericano Rick Riordan, en especial la novela “House of Hades”. Este autor, que inició su carrera literaria con la intención de que su hijo, diagnosticado con TDAH, pudiera identificarse con el protagonista de una de las sagas de aventuras que tanto le gustaban, se caracteriza por representar adolescentes en condición de vulnerabilidad, abuso o enfermedad mental, así como minorías étnicas, raciales, sexuales y de identidad de género, bajo una luz positiva que, aunque a veces raya con la idealización, ha conseguido el retrato preciso de la cotidianidad de adolescentes en las situaciones mencionadas, generando una muy amplia identificación y aceptación en su público, que se encuentra entre los doce y los dieciséis años de edad. Esta visión no optimista, pero positiva del personaje que tiene agencia ante lo sobrenatural, que puede procesar el horror y hacer algo al respecto, era lo que necesitaba *El Corazón del Perro* para volver a conectar con una audiencia que espera, junto a la tragedia, la manera de empoderarse para resistirla o escapar de ella.

Para conseguir entonces la adecuada representación de síntomas psicóticos en el rango de edad de Lázaro, me embarqué en una investigación, tal que pudiera caracterizar los episodios sobrenaturales en un limbo en el que no fuera claro si se trataban de visiones o delirios, lo que correspondía con la sensación de horror que necesitaba, sin alienar a los lectores que se encontrasen en una situación de enfermedad mental similar a la que yo quería retratar. Para ello, en primera instancia leí textos médicos, pero luego quise complementarlo con vivencias reales, así que exploré blogs y redes sociales de adolescentes diagnosticados con trastornos esquizotípicos, ya que el uso terapéutico que le dan a estos canales anónimos da como resultado descripciones muy detalladas. En adición a sus experiencias y del tipo de episodios que padecen, encontré las emociones que la gran mayoría asocia a sus condiciones y también la manera en la que sus relaciones interpersonales se ven afectadas. Al empatizar con las situaciones que encontraba y hallar paralelismos con mi propia vida, fuera con circunstancias pasadas o presentes, entendí que, en el afán de darle a Lázaro una esquizotipia lo más fiel posible a lo que la medicina dice, para así hacerla verosímil, y también por no querer que *El Corazón del Perro* tuviera inclinación autorreferencial, estaba escribiendo sobre enfermedad mental sin recurrir a lo que mi propia dolencia, la depresión crónica, me ha enseñado.

Así pues, me olvidé de los tratados psiquiátricos y comencé a trazar paralelos entre las experiencias que leía y las ideas, percepciones y sensaciones que he tenido en relación con la depresión. La intención fue entender la forma general en la que se ven afectadas la percepción sensorial y las relaciones sociales al sufrir una enfermedad mental, y cómo eso afecta la autoimagen y las decisiones que se toman, tal que Lázaro tuviera una base más amplia de reacciones sobre las cuales mover la historia y, a la vez, el conjunto ganara profundidad emocional.

Durante este proceso me llamó la atención que muchos de estos adolescentes manifestaban en sus redes el deseo, con el que también me he encontrado yo en muchas ocasiones, de dejar de vivir sin tener que morir, de dejar de existir un momento para poder descansar. No se trata de querer cambiar de vida al no encontrarla satisfactoria, sino de suspenderla cuando resulta demasiado agobiante, sin tener que renunciar a ella. El mundo “Mu” del texto originario y el concepto “Wú” que había estado trabajando al inicio del proceso creativo resonaron con ese deseo recurrente, así que los reincorporé al relato, sumándolos a la variedad de elementos que ya señalaban hacia la ambigüedad como herramienta para resolver los conflictos presentes en la historia.

La tensión del relato en esta etapa de escritura se encontraba siempre en los puntos medios: la incertidumbre, el limbo, la ambigüedad, la zona gris entre la cordura y la locura, la salvación y la perdición o la vida y la muerte. Al refinar esos espacios entre extremos y hacer que el destino de Lázaro dependiera de encontrarlos, hallé por fin el lugar entre el mundo ordinario y extraordinario que estaba buscando para contar la historia a la vez que conectaba con la experiencia del público objetivo. Con esos descubrimientos y reflexiones hechos, pude terminar la novela así, ambigua e intrínsecamente insatisfecha, como yo y como mis lectores.

1.

En la pared, vigilando a las enfermeras, las recepcionistas y todos los desgraciados de la sala de espera, un reloj de manecillas marcaba las cuatro y doce. Debajo, una pantalla LED mostraba los turnos: A045 al módulo 1, P007 al módulo 2, A044 al módulo 3. En una silla de la última fila, Lázaro sostenía un papel estrujado, número A052.

A su abuelo materno le había llegado primero el turno de morir, hacía un año largo ya. Le había dado un infarto a eso de las cinco y media de la tarde, según el forense, aunque no se sabía con certeza porque los perros habían dejado poco qué examinar. Un mes más tarde, el paterno recibió la patada de un caballo en el pecho y una costilla rota le perforó el ventrículo izquierdo. Una barra naranja se activó en la parte baja de la pantalla, anunciando que el turno A046 debía acercarse al módulo 3. Cuatro y catorce, la madre de Lázaro no llegaba.

Un tío, que Lázaro nunca conoció, no asistió al funeral del abuelo porque se lo llevó una crecida del río San Juan mientras lavaba ropa y, en medio de la corriente, un tronco le atravesó el corazón. Solo la abuela y la tía Antonia fueron al entierro, pagado por la parroquia en la que él trabajaba. El siguiente fue el tío Ricardo, del otro lado, que tuvo muerte súbita cardíaca en Cartagena mientras tomaba el sol. Turno A047 al módulo 2, turno P008 al módulo 1.

El corazón de Ricardo no apareció después de la autopsia, los adultos no quisieron decirle a Lázaro la razón. Ese Año Nuevo él le dijo a Antonia que la familia tenía una maldición, ella se rio y le preguntó quién sería el siguiente en morir. Lázaro señaló a su tío, el que era gay. Quince días más tarde, llegó el reporte de muerte por trombosis coronaria, causada, según los médicos, por abuso de una droga llamada EPO. La abuela metió en el ataúd las medallas que el tío había ganado jugando tenis a nivel profesional.

Cuatro y veinticinco, el turno A050 apareció en pantalla. Lázaro no podía entrar a la cita sin su madre, por ser menor de edad, y necesitaba que el médico le dijera qué hacer contra el insomnio que lo estaba matando. El segundero del reloj se trabó y luego saltó dos casillas. El primer primo en morir quedó atravesado por una reja cuando su padre, que también murió, se estrelló por evadir una vaca. Turno A051, módulo 2. El celular empezó a vibrar dentro de la mochila.

—Aló, ¿Lázaro? —la voz de Antonia sonaba hueca—, ¿dónde estás?

—En la clínica. ¿Quién fue esta vez?

Turno A052, módulo 1. Lázaro vio la barra naranja titilar, apretó el papel en la mano sudorosa, no se levantó. Toda esa familia, la del accidente, ya estaba muerta.

—Matilde no puede llegar a la clínica, por favor ve a la casa —dijo Antonia y se le quebró la voz—, ve a la casa y quédate ahí hasta que yo llegue, ¿sí?

—¿Fue Francisco o fue Martín?

Los mellizos habían seguido después, les dispararon por la espalda. Luego el que había nacido con el corazón dañado y no aguantó más; de últimas, al que le cayó la rana venenosa en la cara, causándole una fibrilación. Lázaro confiaba en que caería su primo pequeño antes de que la maldición tocara a la familia cercana, pero el tono de Antonia sugería algo distinto.

—Fue tu papá, Lázaro, lo encontraron ahorita —confesó ella con un sollozo—, está en uno de los moteles del norte, sé bueno y ve con Matilde, ¿sí entiendes que te necesita ahora? Yo... iré más tarde, apenas me haga cargo con tu abuela.
—¿Turno A052? —llamó la enfermera, mirando a todos los pacientes con los ojos muy abiertos—, ¿turno A052?

Matilde era la madre de Lázaro. A ella si le decía madre, a Francisco, por el contrario, apenas si lo reconocía como pariente. Muy de su estilo, aparecer muerto en un motel, a lo mejor con sobredosis de Viagra. El turno A053 apareció en la pantalla y un hombre más viejo que el planeta se levantó lentamente para ir al módulo 2.

—¿Lázaro? —insistió Antonia.

—No he podido dormir —respondió él en voz baja.

—No te preocupes. Cuando nos veamos llamamos a Martín para que nos ayude a reprogramar la cita rápido, vete a la casa.

Lázaro soltó un suspiro muy largo. Martín era su medio hermano, diez años mayor que él, médico recién graduado. Antonia siempre sobreestimaba tanto el poder que él tenía en los hospitales como sus ganas de colaborar; Lázaro sabía que, al enterarse de lo de Francisco, lo más probable era que Martín se encapsulara en el trabajo para evadir las vueltas de la funeraria y todo lo demás. Secretamente, Lázaro había apostado que Martín sería uno de los primeros en morir, dada su diabetes congénita, pero lo cierto era que los más enfermos estaban quedando de últimas.

—Me voy en taxi, Alteza —le dijo a Antonia, ganándose miradas de su vecino de asiento—, no te demores.

Al abandonar la sala de espera, Lázaro encestó el papelito de su turno con demasiada fuerza en la caneca. Afuera brillaba un sol radiactivo, de los que anunciaban lluvia. Quedaban vivos

el primo menor, su medio hermano y él, sin saber quién seguía en la lista, cuánto tiempo les quedaba ni de qué forma horrenda iban a ser despojados de su corazón.

A pesar de lo macabro y sistemático de las muertes, Antonia insistía en que la teoría de Lázaro sobre la maldición era una superstición tonta, pues todo fallecimiento se le podía atribuir a la falla de un órgano tan importante como el corazón. Siempre ponía de ejemplo a la prima Luciana, a quien la madre se había llevado consigo cuando decidió suicidarse, diciendo que ahí, aunque era claro que se había parado el corazón, la muerte se había dado por ahogamiento, es decir, en los pulmones. A Lázaro le daba igual, Luciana no había muerto por la maldición: era mujer.

Mientras esperaba a que apareciera un taxista sin cara de asesino, Lázaro intentó encontrar alguna canción en su reproductor que lo mantuviera tranquilo, pero ninguna parecía adecuada. Había esperado esa cita de psiquiatría durante dos semanas con una mezcla de ilusión y angustia que le saturaba la cabeza, ahora que no la tenía, se sentía traicionado. Su familia le había prometido que el doctor le recetaría alguna pastilla para calmarlo, quitarle la paranoia y hacerle olvidar las teorías conspiratorias con las que los tenía a todos indispuestos. Aunque le asustaba el nombre que el doctor le diera a lo que le estaba pasando —las apuestas iban desde simple estrés hasta depresión maniaca—, a Lázaro en realidad no le molestaba la perspectiva de los medicamentos; su madre tenía trastorno límite de la personalidad y Lázaro era testigo directo de los beneficios de las pastillas para tratarle la ansiedad asociada. Por el contrario, tener que esperar quién sabe cuánto tiempo más sin la promesa de la calma química en su cerebro, teniendo como única explicación para la hecatombe familiar alguna maldición conjurada por un brujo enloquecido, lo tentaba seriamente a ahorrarle trabajo al demonio y atravesársele a un camión.

—¿Taxi? —le preguntó un conductor, asomado desde la ventana de su carro viejo. Lázaro pegó un salto, pero luego asintió—, ¿para dónde va el caballero?

El tráfico estuvo suave durante la mayor parte del trayecto y el conductor no intentó armar conversación, por lo que Lázaro pudo relajarse y fantasear con que se iba a dormir. Cuadra y media antes de llegar a su casa, sin embargo, el hombre lo sacó de su ensimismamiento.

—Ahí hay como un problema, joven, yo mejor no entro el carro —le dijo, señalando un grupo de gente que corría de un lado para otro—, es como temprano para que haya pelea en la calle, ¿no?

Lázaro le alargó un billete y no contestó. La algarabía salía de su propia casa. Aunque la muerte de Francisco no le afectara casi a él, seguro que a su madre la tenía fuera de control. Recibió el cambio sin mirar, salió del taxi y corrió hasta la reja del garaje, desde donde vio, atónito, cómo sus pertenencias salían volando por la ventana de su cuarto.

—¡Su mamá está como loca! —le gritó una vecina, como si no fuera obvio. La pareja que vivía al final de la cuadra estaba recogiendo las cosas de Lázaro que se podían salvar, otra gente discutía en la acera de enfrente.

—¡Mamá! —llamó Lázaro, sin saber muy bien qué hacer—. ¿Ya han intentado abrir? —le preguntó a la vecina, halando de la cadena de sus llaves para sacarlas del bolsillo.

—Ese candado es muy grande, mijo —respondió ella—, no sabíamos si era prudente saltar la reja, menos mal que usted ya llegó.

—Vale —murmuró él y logró coger las llaves. Las manos le temblaban—. ¡Mamá, ya lle...!

—¡¿A qué vienes tú aquí?! —respondió ella, asomándose por la ventana del cuarto con el control del televisor en la mano—. ¡Ni te atrevas a entrar, tú, desgraciado!

—Ay Jesús, ¡voy a llamar a la policía! —dijo la vecina y se fue corriendo a su casa.

—¡Eso, llamen a la policía, que se lo lleven, por asesino!

A Lázaro se le soltaron las llaves. Al mirar hacia abajo, identificó pedazos de su consola nueva regados por el garaje, junto a los libros de la repisa, sus afiches de bandas de metal y el reloj despertador de su infancia, roto en dos.

—Mamá, yo no maté a Francisco.

—¡Francisco era tu papá, le dices papá, ingrato! —gritó ella y le lanzó el control del televisor con todas sus fuerzas, pero no dio en el blanco—, por tu culpa me ponía los cachos, por descarado, por malagradecido y enfermo, ¡mira cómo lo mataron, por tu culpa!

—¡Señora Matilde, reaccione, que este es su hijo! —exclamó uno de los vecinos, el que se fumaba siempre un cigarrillo en la esquina antes de entrar a la casa—, Lázaro, abra esa puerta y no la escuche, usted ya sabe cómo es.

—Sí... sí —musitó Lázaro y haló de la cadena para coger las llaves otra vez.

Se concentró en abrir la reja y tararear una canción para no entender el contenido de la gritería entre su madre y el vecino fumador. El candado se le resbalaba por las manos sudorosas, pero finalmente pudo soltarlo y entrar. Se cubrió la cabeza con los brazos, por si ella le lanzaba alguna cosa, y llegó a salvo hasta la puerta de la casa.

—Si entras, me tiro por la ventana —amenazó su madre desde el segundo piso—, me tiro, te digo.

Lázaro apoyó la frente contra la puerta y apretó las llaves hasta que se le pusieron blancos los nudillos. Debía actuar rápido. Una vez adentro, tendría que quitar un cojín del sofá para cubrirse mientras subía las escaleras, por si su madre le lanzaba algo, y cuando llegara arriba, correr a agarrarla antes de que se hiciera daño. Los vecinos estarían afuera, atentos de la ventana. Una vez ella se calmara, podrían conversar y a lo mejor ella se disculparía, luego podría hablar con su abuela para que le ayudara a reponer la consola.

—Mamá —llamó, controlando como mejor pudo el temblor de su voz—, ¿dónde está Dora?

—La maldita no vino a trabajar, me dejó sola, todo el mundo me deja sola excepto tú, porque eres un arrimado que no tiene donde más ir, ¿cierto?

—Ya llamé a la policía, ya viene —dijo la vecina, agitada porque había vuelto corriendo—, ¡Matilde, ya cálese que lo que dice no es de Dios! ¡Deje entrar al niño!

—¿A que me mate a mí también? Claro, se mueren todos los hombres de la familia excepto él y quiere que crea que no tiene nada que ver, ¿no? Me mató a mi papá.

—¡Ya, señora Matilde!

—Me mató a mi papá y a mis hermanos, a mi suegro, mis cuñados, mis sobrinos y ahora a mi esposo también, ¡maldito el día en que te concebí, Lázaro, naciste muerto y así debiste quedarte!

—¡Vieja loca! —gritó el vecino fumador y golpeó la reja.

—¿Dónde está Martín? —preguntó Matilde y se puso a llorar—, ¿dónde está mi hijo?

Lázaro abrió la mano para ver las llaves. Le habían dejado marcas rojas por la presión. Necesitaba fuerza para echarle la culpa al trastorno de personalidad límite por todo lo que su madre decía, entrar a la casa y abrazarla, ser un buen hijo. Él sabía que lo que más le aterraba a ella era quedarse sola, todas las acusaciones eran solo manifestaciones de ese terror, el mismo que él sentía al ver a sus familiares morir de formas tan absurdas. Había anticipado la muerte de Francisco en muchas noches de insomnio, se había imaginado situaciones terribles para prepararse y poder actuar de la mejor manera el día en que sucediera de verdad, no podía echar ese esfuerzo a perder. Iba a entrar, subir, retener a su madre y calmarla mientras Antonia y su abuela llegaban, iba a defender a su madre de la abuela, ya que esta se iba a poner furiosa, iba a controlar la situación cuando llegara la policía, si es que llegaba.

—¿Lázaro? —preguntó su madre con voz llorosa—, Lázaro, ¿dónde estás?

Lázaro se volteó para ver a los vecinos. La pareja de la esquina tenía ya todo lo que su madre había lanzado en una bolsa de concentrado para perros, el fumador calaba un cigarrillo, la vecina que había llamado a la policía estaba parada haciendo nada, cogida de la reja con la mano izquierda, los demás se habían ido. Notó también que el sol había bajado y soplaban algo de viento.

—¿Qué haces? —insistió su madre con pánico en la voz.

La vecina le hizo señas a Lázaro para que entrara o le respondiera, el fumador botó la colilla al piso. La pareja se miró entre sí. Lázaro necesitaba que Antonia y la abuela llegaran de inmediato, pero sabía que había pasado muy poco tiempo desde la llamada en el hospital, seguro estaban todavía lidiando con Medicina Legal o viendo cómo evadir la cuenta que

seguro Francisco había dejado sin pagar en el motel. Tenía que apañárselas solo, tenía que entrar.

—La abuela María Teresa me pidió que la recogiera a las cinco en la séptima —mintió, sin saber qué hora era siquiera—, creo que ya tengo que ir por ella.

—¿Cómo así? ¿Por qué no puede venir hasta aquí?

—Los taxis no están entrando al barrio —explicó Lázaro, avanzando hacia la pareja que tenía sus cosas con la espalda tensa, a la espera de que algo lo golpeará cuando su madre perdiera el control de nuevo—, dicen que les da miedo meter el carro.

—¿Miedo de qué? Este es un barrio de bien.

—¿Podrían llevar estas cosas a su casa? —le pidió Lázaro a la pareja en voz baja, que se removía incómoda en su sitio—, yo paso luego a recogerlas.

—¿Qué está haciendo, niño Lázaro? —preguntó la vecina tras acercarse lo más disimuladamente que pudo—, ¿va a dejar sola a su mamá?

—¿Lázaro? —llamó ella desde la ventana.

—Voy a traer a la abuela —volvió a mentir él, mirando al piso—ya vengo.

—¿Te vas a ir? —preguntó su madre con un tono de angustia.

—No la dejen salir de la casa —pidió Lázaro y se dirigió a la avenida séptima con paso presuroso.

—¿Te vas a ir, hijo! —alcanzó a oír que su madre gritaba, pero no se dio la vuelta.

No tenía mucho dinero y no quería acudir a Antonia y a su abuela, al menos no por el momento, porque eso conllevaba pasar por el papeleo de la muerte, del que no quería saber nada. Martín no era una opción: aparte de que trabajaba en el aeropuerto y eso quedaba muy lejos, Lázaro sabía que, de aparecérselo, le iba a gritar por dejar a su madre sola y lo iba a devolver. No quería pasar el momento con ninguno de sus ex compañeros del colegio, con quienes no se entendía desde que ellos pasaran a la universidad mientras él, incapaz de estudiar porque lo aplastaban la migraña y el insomnio, perdiera el examen y se quedara por fuera. De acudir a sus otras tías, tendría que aguantar las condolencias que no quería; su otra abuela, que lo habría dejado en paz, se había mudado a su pueblo natal y estaba fuera de alcance.

Caminando por la avenida hacia el sur, pensó en Dariana, la bruja, pero descartó la idea al instante. Si el perro de ella no estuviera muerto, las cosas serían diferentes, pero desde que al animal lo había atropellado un carro por estar persiguiendo a Lázaro, la relación era muy tensa. ¿Y si iba a la policía, o regresaba al hospital? No sabía qué hacer al llegar, en realidad, ni qué decirles a los policías o a los médicos. Supuso que los mayores de edad se iban a un bar a llenarse el cerebro de alcohol en situaciones como esa, pero, aunque pudiera encontrar a un tendero que le vendiera licor sin pedirle cédula, no tenía con qué pagar.

Avanzó muchas calles, caminando cada vez más rápido para dejar atrás la frustración. El día se enfriaba progresivamente. Lázaro no tenía cabeza para elegir música, ni siquiera ganas

de tararear, pero se puso los audífonos para evitar que alguien le hablara. Tener los oídos tapados le hizo escuchar más claro el latido de su corazón, que iba a toda velocidad, contando los segundos que faltaban para que muriera el siguiente, fuera su primo, su hermano o él. Aceleró más el paso, sentía que lo seguían; debía ser la culpa por dejar a su madre sola con los vecinos, o a los vecinos encartados con su madre. De cualquier forma, no iba a volver.

Se encontró con la lluvia tras muchas cuadras más, cuando debía estar a varios kilómetros de la casa. Aunque no le faltaban ganas de seguir caminando a pesar del agua, decidió escampar bajo el toldo de una tienda cerrada por la mera consciencia de no tener ropa con qué cambiarse cuando llegara al apartamento de su tía Antonia, donde había decidido dirigirse a falta de mejor alternativa. Apoyó la espalda contra la persiana metálica del local y miró a su alrededor en busca de gente sospechosa antes de sacar el celular. No había peatones a la vista.

Tenía muchas llamadas perdidas de varios miembros de la familia y de un amigo, ese al que le gustaban los videojuegos de fútbol. La cara que iba a poner cuando se enterara de que ya no existía la consola. Lázaro sonrió a su pesar. Su vida de mierda iba a dar para muchas anécdotas cuando lograra entrar a la universidad, al menos. Miró hacia la calle para pensar en algún comentario de humor negro con qué dar la noticia de la consola y vio a un perro sentado en el separador de la avenida.

Qué animal más feo, pensó, viéndole las patas flacas y cortas sosteniendo a duras penas el pecho sobredesarrollado. Tenía orejas de murciélago y ojos pequeños, brillantes y mezquinos, enmarcados en una piel arrugada y repulsiva, un cuero gris negruzco, lampiño. La distancia lo hacía dudar, pero Lázaro estaba casi seguro de que el perro era calvo, no por sarna, sino como si hubiese nacido de un volcán y la lava lo hubiese dejado sin pelo.

Como al cadáver de su abuelo se lo habían comido los perros, ya nadie en su familia tenía ninguno ni quería saber nada de ellos. Lázaro recordó cómo las tripas del de Dariana se habían desparramado por la calle y sintió náuseas, como si el olor de carne cruda volviera a él de repente. Ojalá el perro no cruzara la avenida, y si lo intentaba, que ningún carro lo atropellara, no quería vivir lo mismo dos veces. El tráfico estaba lento por la lluvia, al menos eso representaba menos peligro. Lázaro se agachó para quedar a la altura del perro y consideró el riesgo de pasar la mitad de la avenida para cogerlo. ¿Se asustaría o confiaría en él? No podía saberlo, pero las probabilidades eran más alentadoras que si lo llamaba desde debajo del toldo.

Si atrapaba al bicho, podría reconfortarlo y tal vez comprarle pan cuando escampara un poco, luego, ya que no podía conservarlo, lo dejaría en una veterinaria para que lo adoptaran o algo así. La situación no estaba para tonterías, pero no podía hacerle daño el compartir un rato a iguales con alguien, así ese igual fuera un perro abandonado. Además, con una buena acción balancearía el episodio con su madre. Lázaro se quitó los audífonos y se acercó al

borde del toldo para tener mejor visibilidad de los carros de la avenida. El perro se levantó de un salto, de repente alerta.

—¡Quieto! —le dijo Lázaro y calculó que podía pasar la calle después de una camioneta roja que venía muy rápido—, quieto ahí.

Lázaro se esforzó por mantener contacto visual con el animal, a la espera de que la camioneta no lo asustara demasiado. Cuando finalmente pasó, le lanzó a Lázaro una ola de agua que le mojó todo el pantalón, pero a él no le importó porque el perro seguía ahí. Animado, se ajustó la capota del jersey y cruzó. El perro retrocedió un par de pasos y se sentó, mirando a Lázaro fijamente.

—Hola —le dijo Lázaro, endulzando la voz lo que pudo—, pareces un zombi, ¿sabías?

El perro se puso a batir la cola, que parecía como de rata. Lázaro se inclinó y dejó que el perro le olisqueara la mano, luego, se puso a rascarle la cabeza. Le alegró ver que el animal era amigable, se le ocurrió hasta entonces que se había expuesto de forma estúpida a la mordedura rabiosa de un chandoso callejero. No estaba seguro de si la rabia era mortal, tampoco sabía en qué consistía, pero el nombre le sonaba a que afectaba el cerebro, y Lázaro tenía la convicción de que la maldición tenía el efecto secundario de protegerlo de toda muerte que no tuviera que ver directamente con el corazón. No tenía de qué preocuparse.

Se agachó a abrazar al perro y le entró un ataque de risa. Qué idea más estúpida era esa de la invulnerabilidad, una más para agregar a un futuro libro, o tal vez un blog de internet, de conclusiones patéticas a las que había llegado por lo de la maldición. La medalla de oro siempre la tendría esa ocasión en la que, borracho por primera vez en la vida tras la *afterparty* de los quince de una amiga, le había pedido a Antonia una de sus cajas de la píldora con la idea de que las hormonas femeninas lo ocultarían del demonio, ya que este estaba tan obsesionado con los hombres de la familia. Su tía se había caído al piso y llorado de la risa, con justa razón.

—Qué buen perro, sí, buen perro —le dijo al chandoso, rascándolo por todo lado—, necesitas un nombre, ¿cómo te puedes llamar? ¿Qué zombis famosos hay?

El perro bajó las orejas e intentó rascarse, Lázaro había encontrado el punto en la barriga que le daba cosquillas. La falta de pelo parecía ahora una ventaja, la piel se veía suave y limpia y no olía a perro mojado, aunque el aliento del animal ya era lo bastante malo por sí solo. Lázaro supuso que el perro tenía un diente podrido, tendría que llevarlo a una veterinaria en serio. Pensó en quitarse el cinturón para usarlo de correa, no estaba seguro de que el perro lo siguiera si lo dejaba suelto, y aunque no era muy grande, Lázaro no tenía ganas de cargarlo hasta el barrio de Antonia, que todavía estaba lejos.

—Quieto ahí, te voy a poner una correa que se te va a ver genial —le indicó Lázaro al perro y se empezó a quitar el cinturón con una sola mano, porque seguía rascando al perro con la otra.

En medio del proceso, sintió que algo le caminaba por los dedos. Primero pensó que se trataba de gotas de lluvia, pero el hormigueo no se sentía como tal, así que agitó la mano con cuidado de no asustar al perro, sin quitar la vista del cinturón. La cosa no se cayó. Volvió a agitar la mano, sin éxito, y luego se sacudió con la otra, mirando por fin hacia el chandoso. Parecía igual que antes, negro y calvo, mojado por la lluvia que le colgaba de los bigotes, pero de repente Lázaro sabía, con total certeza, que el perro estaba cubierto de pulgas y garrapatas y que se las acababa de pegar.

Luchó por quitarse los bichos de encima, sacudiéndose mientras intentaba quitarse el jersey. El hormigueo le subió por los brazos hasta alcanzarle el pecho y la cara, sintió un piquete en la cadera, la plaga se le había pegado al cinturón. El perro se levantó e intentó acercarse, Lázaro le lanzó una patada, el animal lo esquivó y se puso a ladrar. Lázaro quiso volverlo a atacar, pero ahora le tenía miedo; si lo tocaba, le iba a pegar más bichos, lo iba a cubrir de pulgas de la cabeza a los pies. Tenía que irse a donde Antonia de inmediato, la lluvia tenía que ayudarle a quitar los bichos mientras llegaba a esa casa, mandaba la ropa a la caneca y se bañaba en algún desinfectante. Sin mirar si venían carros, Lázaro saltó a la calle.

Escuchó pitos y que le gritaban algo, pero llegó a la acera a salvo. Miró hacia el separador y el perro seguía allí, ladrándole, ya sin bichos encima porque todos se los había pasado a Lázaro, el maldito. Los piquetes en la cara y la cabeza le ardían, las picadas parecían de abeja en vez de pulga, sentía que se iba a inflamar y desfigurar. Tenía que llegar a donde Antonia antes de que se le hinchara tanto la cara que no pudiera ver, ¿pararía un taxi? No, nadie iba a recogerlo mojado y lleno de pulgas, tendría que correr, correr antes de que se lo comieran vivo.

La lluvia se fue volviendo llovizna, quitándole a Lázaro el solaz del agua, que lo refrescaba y le quitaba algunos bichos de encima. Entre el dolor que sentía y la angustia de que Antonia no estuviera en el apartamento aún y no hubiese nadie que lo ayudara en su destino, Lázaro luchó contra las lágrimas y fue perdiendo el aliento, doblándose por el dolor de bazo hasta que perdió la noción de donde estaba. Se detuvo a rascarse los brazos y mirar a su alrededor. Estaba entre un centro comercial y una iglesia de torres puntiagudas, blanca con verde. Era el barrio de Antonia, el apartamento estaba a un par de cuadras. Sonrió espontáneamente y le entró un ataque de tos, terminó escupiendo frente a la iglesia para despejar la garganta y prevenir que los bichos, que ya le habían mordido los labios, se le metieran a la boca.

Aturdido, se sentó en el atrio de la iglesia. Estaba atardeciendo y ya no llovía, hacía muchísimo frío. Lázaro se iba a arrancar la piel del brazo de tanto rascarse, pero no le importaba si con eso evitaba arañarse la cara. Al parecer, la carrera y la lluvia habían servido

para que se cayeran la mayor parte de los bichos, pero el daño estaba hecho. Nunca más se iba a acercarse a un perro de la calle, de hecho, a un perro con dueño tampoco, ni a los gatos. Todos estaban infectados de alimañas.

—Hijo, te estás haciendo daño en el brazo —le dijo alguien—, ¿necesitas ayuda?

Lázaro se sobresaltó. Tenía a una monja anciana enfrente, casi encima de él. Lázaro quiso advertirle que tenía pulgas y decirle que no se acercara, pero al verle la cara, notó que la señora casi no tenía cejas y que, en el entrecejo, tenía una verruga brillante y tensa, que parecía la pústula a punto de estallar. Se llevó las manos a la boca para disimular un gesto de asco y se arrepintió al instante, porque la cara le empezó a picar el doble y ya no pudo evitar rascarse.

—Quieto, quieto, que te vas a arrancar los ojos —le dijo la monja y le cogió las manos, pero no era lo bastante fuerte para hacérselas bajar—, ¿tomaste alguna droga? ¡Ay, Dios Bendito!

Llegaron más personas, se hizo un escándalo de voces que Lázaro no entendía. Alguien, tal vez dos personas, lo obligaron a pararse. Lázaro se agarró la cabeza para que no le vieran la cara, no quería que lo reconocieran y tampoco quería saber qué tan desfigurado estaba. Le faltaba el aire y el cuerpo entero se le quejaba, deseando apagarse de inmediato. Le pesaba el insomnio del que no quería acordarse, la maratón que había corrido a pesar de su estado físico deficiente, el estrés de la furia de su madre, la ansiedad, los bichos. Sacando fuerzas de donde no tenía, se sacudió la gente que lo sostenía.

—Mi casa está cerca —dijo, para que lo dejaran solo—, vivo aquí a la vuelta, gracias, en Los Saucos.

Por estar mirando al piso y sacándose a la gente de encima, Lázaro se chocó con algo, al levantar un poco la cabeza, vio que se trataba de una estatua de bronce bajita, atravesada en medio de la acera, le pareció. No le veía forma, así que le dio la vuelta, esperando que nadie lo intentara coger otra vez. Con un mejor ángulo, vio que la estatua era de un perro y sintió náuseas. Ya era de noche, Antonia tenía que estar en la casa sí o sí, le faltaba muy poco para llegar.

Siguió su camino hacia el apartamento, desorientado porque los postes de luz no se prendían. No veía casi nada, tenía el corazón en la garganta y no podía respirar. Las piernas le fallaron y cayó al suelo. Antes de desmayarse, notó que, a pesar del frío y la humedad de la lluvia, el asfalto estaba caliente.

2.

—Lázaro, levántate —escuchó que le decía Antonia y notó que lo zarandeaba de un hombro—, resucita, Lázaro, haz de cuenta que soy Cristo.

Lázaro nunca iba a comprender la magnitud del cinismo de Antonia, que le permitía hacer bromas estúpidas en cualquier situación. Aunque sabía que iba a recibir burlas por su nombre hasta que se muriera, quiso reaccionar, responderle con alguna grosería, pero tenía la garganta seca y se sentía aturdido. Abrió los ojos con dificultad y la vio sonreír. Ella llevaba lentes de contacto azul eléctrico y un labial rosado muy claro, que contrastaba con su piel oscura. No tenía peluca y vestía de negro, pero estaba tan llena de encajes y perlas como siempre, como una muñeca antigua. Era una visión acogedora; en medio de todo, resultaba un alivio contar con una tía joven y excéntrica como Antonia, algo así como una hermana mayor de otra madre, que no estaba trastornada en el mal sentido ni parecía salida de un campamento militar.

—¿Hola? Tierra llamando a Lázaro —dijo ella y le puso una mano en la frente— ¿cómo te sientes?

—¿Qué pasó? —preguntó él, girando para quedar acostado boca arriba.

—No sé, dime tú.

Se encontraban en la habitación de Antonia. Todo estaba adornado con lazos y encajes color pastel y las paredes tenían papel tapiz con estampado de flores celeste. La cama doble, en la que estaba Lázaro, tenía colgado encima un toldo de tul absolutamente innecesario y albergaba una nutrida comunidad de peluches. Había uno, un osito de ojos pequeños, cerca a Lázaro; al verlo, él no pudo evitar sacarlo de la cama de un manotazo.

—Hey, eso es maltrato animal —lo acusó Antonia y se levantó a recogerlo.

—No me lo acerques —pidió Lázaro, haciéndose un ovillo—, necesito bañarme ya.

—¿Sigues con lo de los bichos?

—¿Qué?

—¿Tú qué te fumaste?

Antonia dejó el peluche en una mesa y se volteó a mirarlo. Lázaro no pudo leerle la expresión, pero parecía menos amigable que hacía un momento. Cauteloso, se quitó las

cobijas y se sentó en la cama. Ver sus muslos desnudos le hizo caer en cuenta de que estaba solo en ropa interior.

—¿Quién me trajo? —preguntó, viéndose los brazos enrojecidos y rasguñados, sin un atisbo de picadura siquiera—, ¿qué pasó? ¿Qué hora es?

—Esta es la tercera vez que te despiertas, no puedo ni imaginarme qué te metiste para estar tan *malviajado* —contestó Antonia, cruzándose de brazos—, lo que menos necesitamos ahora es que te estés drogando, Lázaro, con la loca de tu mamá tenemos bastante.

—Yo no me he fumado nada —se quejó él, sin poder creer la acusación que estaba oyendo—, yo me fui de la casa y me encontré un perro que estaba lleno de bichos, el perro me los pegó; llegué a la iglesia de la esquina y creo que me desmayé, corrí mucho y me desmayé. No he dormido nada.

—Has dormido como dos horas.

—En toda la semana no dormí nada, por eso estaba en el hospital, ¿por qué no me llevaste al hospital?

—No me saques temas que nada qué ver.

Lázaro estornudó. Le ardían los ojos. Por reflejo intentó rascarse un brazo, pero el ardor de la piel se lo impidió. Él no había fumado ni comido nada, él había salido del hospital directo a la casa y de ahí al apartamento de Antonia. Si estaba drogado era porque lo habían drogado, pero no podía recordar que se le acercara nadie o le dieran nada. ¿Podría haber sido la enfermera que le dio el turno? ¿El taxista, le había dado el cambio de la carrera untado de escopolamina?

—Yo no hice nada, yo no maté a nadie —dijo sin saber por qué lo decía—, no es mi culpa que Francisco se haya matado en un motel.

Antonia avanzó como para decirle algo, pero él no quería escuchar nada. Escondió la cabeza entre las manos para que ella no lo viera y para él no pararse, porque quería maldecir a gritos, patear cosas, romper la vajilla de porcelana, hacer una escena idéntica a las que hacía su madre y aterrar a Antonia y a todos los vecinos. Si finalmente lo hacía, ellos tendrían que aguantarse, porque ninguno tenía en la mano un turno para morir ni veía los números pasar en la pantalla, ninguno de ellos había quedado huérfano ese día ni había sido tildado de asesino. Si tan solo el demonio se hubiese esperado media hora más antes de matar a Francisco, Lázaro podría haber entrado a la cita y tendría unas pastillas con las cuales soportar cualquier cosa, tendría un nombre tétrico de enfermedad psiquiátrica con el cual adornar su estrés y justificar estar fuera de la casa, fuera de la universidad y fuera del mundo en general.

Antonia se sentó a su lado y lo abrazó. Indignado, Lázaro se zafó de una sacudida y se levantó, decidido a irse de esa casa también. Quería ver a su abuela la que estaba lejos, pero

sabía que tenía que contentarse con la otra, o con la bruja Dariana, aunque a esa hora ya no debía estar en el local donde la había conocido hacía unos meses.

—¿Dónde está mi ropa? —preguntó irritado, al no verla por ahí.

—No te vas a ir así —respondió Antonia, parándose también—, tu ropa está lavándose, llegaste lleno de barro.

—Me voy a ir ya, si me toca así pues me voy así y te vas a la... la... —Lázaro se detuvo para estornudar varias veces seguidas—, ¡me quiero ir, maldita sea!

—Ya te calmas.

—¡Me dices drogadicto y quieres que me calme!

—Yo no te he dicho droga... —replicó ella, pero Lázaro no estaba dispuesto a discutir nada.

—¡Yo no me metí nada! —gritó, interrumpiéndola—, por si no te has dado cuenta, a Francisco le dio por morirse y me quitó la cita del psiquiatra, así que no tengo nada que meterme, ya quisiera, con esta mierda que está pasando —agregó y salió del cuarto, encontrando el corredor lleno de decoraciones que no recordaba—. ¿O es que crees que las drogas son gratis, o que estoy lleno de plata y sé dónde las venden? —continuó, torciendo los cuadros nuevos mientras avanzaba hacia la zona social, con la esperanza de encontrar al menos sus zapatos y poder irse—. Matan a Francisco, mi mamá tira mi cuarto por la ventana y un maldito chandoso me jode, pero claro, yo estoy metiendo drogas, ¿y qué demonios le pasó a esta sala?

El apartamento donde vivía Antonia le había pertenecido antes a la abuela María Teresa. Se lo había dejado hacía dos meses, todo amoblado, porque el sitio quedaba muy cerca de donde Antonia trabajaba y la abuela quería algo de calma, por lo que ahora vivía a las afueras, camino al páramo. La última vez que Lázaro había visitado a su tía, los muebles de la abuela todavía estaban allí, pero ahora habían sido reemplazados por unos sofás de aspecto precámbrico, forrados con una tela desgastada de estampado muy feo; una mesa con tantos arabescos que parecía una raíz sacada a las malas de la tierra, una biblioteca negra que se veía húmeda, como rescatada de un naufragio, y un montón de embeleques y adornos victorianos que cubrían hasta el último espacio disponible.

Todo era tan feo que Lázaro no se podía mover. No entendía por qué lo detenían unos muebles cuando tenía un sinfín de cosas más importantes en qué pensar y qué hacer, pero la contemplación del desastre absorbía toda su energía y su concentración. Nunca habría imaginado que la afición de Antonia con la moda lolita, una tendencia japonesa vagamente basada en los atuendos de la era victoriana llegara a ese extremo. Entendía los vestidos y los accesorios, entendía las muñecas, la vajilla, incluso tener un tocador estilo Luis-algún-número, pero eso no. Se arrepintió de seguirle el juego y llamarla Alteza y María Antonieta, su permisividad acababa de arruinar un apartamento entero.

—¿Aló? Hola Martín —escuchó que Antonia decía desde el corredor. Lázaro se despabiló y miró hacia la cocina, que al parecer se había salvado de la decoración horripilante—, yo sé que me dijiste que no podías venir, pero por favor ven, Lázaro se está comportando muy raro.

Los zapatos no se veían por ningún lado. La lavadora zumbaba desde el fondo de la cocina, Lázaro se quedó parado frente a ella, considerando la posibilidad de ponerse toda su ropa así, mojada y cubierta de jabón. Tenía escalofríos y palpitaciones que iban a toda marcha, lo más probable es que hubiese cogido una gripa por estar corriendo bajo la lluvia. Usar ropa mojada no era la mejor idea.

—Sí, ya se despertó totalmente y se paró, está furioso —dijo Antonia, a Lázaro le entró otro ataque de estornudos—, no se acuerda de haberme hablado de los tales bichos ni de despertarse en el ascensor, me está desbaratando la casa y se quiere ir no sé a dónde.

Cansado de estornudar, Lázaro se fue a la sala y se sentó en uno de los sofás feos, el que estaba más cerca de la biblioteca. Se abrazó las rodillas y consideró robarle una pijama a Antonia, la menos rosada, para no morirse de frío cuando saliera. La ropa de ella le quedaba corta, pero le entraba de ancho porque él era muy flaco. A lo mejor ella tenía ropa lolita de la de hombre, unos pantalones bombachos o un gabán o algo, que él pudiera usar. Ya lo habían juzgado tanto ese día y acusado de tanta cosa que las miradas por salir vestido como un payaso no le preocupaban para nada.

—No, no tiene fiebre —dijo Antonia—, cuando llegó tampoco tenía, pero te juro que estaba alucinando, decía que le habían mordido la cara y que venía “El Ladrón” con un perro a sacarle el corazón, ¿por qué no lo llevamos al hospital?

En la biblioteca había un poco de fotos en marcos antiguos que Lázaro no recordaba haber visto antes. Impresas en sepia, blanco y negro o colores ya desteñidos, algunas estaban carcomidas con manchas de humedad. ¿Serían fotos antiguas de la familia? Lázaro se paró a inspeccionar. Pudo reconocer a sus tíos mayores en una foto donde posaban en el uniforme de colegio, hacía quien sabe cuánto tiempo. Otra era de sus abuelos el día de su boda, una más, del abuelo y Antonia con los caballos de él, que ya no le pertenecían a la familia. En otra, especialmente grande, el abuelo posaba con otro hombre y con un perro negro en la entrada de una casa colonial.

—¿Este tipo en la foto es mi abuelo Eduardo? —preguntó Lázaro, muy confundido.

—¿Qué? —respondió Antonia y se asomó por el corredor—, espera un momento que

Lázaro me está hablando —agregó, dirigiéndose a Martín en el teléfono.

—¿En esta foto está mi abuelo Esteban con mi abuelo Eduardo? —repitió Lázaro, alzando la foto para mostrársela apenas ella apareció en la zona social—, se parece mucho a mi abuelo Eduardo, este tipo.

—¿No te quieres poner una chaqueta o algo? —contestó Antonia, avanzando hacia él mientras tapaba la bocina del celular con una mano—, te puedo prestar una pijama y unas medias.

—¿Este es Eduardo? —insistió él, mostrándole la foto.

—Sí —respondió ella y luego se dirigió al teléfono— ¿sabes qué? Te llamo ahorita, ven en serio, por favor.

Antonia colgó. Lázaro volvió a estornudar; ella, sin mediar palabra, lo cogió de la mano y lo llevó a su habitación de nuevo. Él se dejó sentar en la cama y arropar con el cobertor.

—Te pones la pijama que te voy a dar y te quedas acostado mientras te preparo una aromática —le indicó Antonia y sacó una gruesa pijama blanca con flores moradas del armario—, ¿vale? —insistió, luego notó un detalle—, ¿por qué te trajiste la foto?

Lázaro aún tenía el portarretratos en la mano. Lo miró sin saber cómo responderle a Antonia, porque la incongruencia se le hacía obvia: sus dos abuelos se habían odiado toda la vida. Desde que Lázaro tenía memoria, sus padres discutían por la mala relación entre los dos señores, quienes se evitaban a toda costa. Lázaro era el único nieto que tenían en común, aun así, a su cumpleaños solo iban las abuelas, porque el riesgo de encontrarse con el enemigo sobrepasaba por mucho el cariño que le tuvieran los abuelos, siempre había sido así.

—¿Cuándo la tomaron? —preguntó Lázaro y Antonia le aventó la pijama—, es solo una pregunta.

—En el noventa, creo —contestó ella y le lanzó unas medias también—, esa casa era de mi papá, porque tu abuelo Eduardo nunca quiso comprar nada en Urrao.

—¿Dónde queda Urrao?

—En Antioquia, como a cuatro horas de Medellín. De allá viene la familia de tu mamá.

—¿Y eran amigos? ¿Qué pasó entre los dos?

Antonia le abrió los ojos, ya enrojecidos por los lentes de contacto, y salió de la habitación. Lázaro dejó la foto sobre la colcha y se puso la pijama a toda velocidad. El calor era reconfortante. Se puso las medias y se acomodó en la cama, haló del cobertor y se envolvió lo más firmemente que pudo. Sentía cosquillas en la nariz, preparada para una

nueva ola de estornudos, pero a punta de controlar la respiración y parpadear con fuerza, pudo contenerse.

Así que sus abuelos no se habían odiado desde el principio. En la foto se veían contentos, Eduardo más que Esteban, pero eso era porque el abuelo Esteban siempre había sido serio. O más bien, Eduardo demasiado alegre, demasiado confiado, atravesado, ruidoso. De pequeño, Lázaro le había tenido miedo a él, a sus manos grandes y a sus comentarios soeces. Al hacerse más grande y entender las raíces del trastorno de su madre, el temor se convirtió en desprecio. Eduardo había engendrado toda su progenie con la sola intención de mantener a la abuela ocupada y así escaparse a hacer lo que le diera la gana. Trataba muy mal a sus hijos y los insultaba constantemente, los nombres de sus nietos ni siquiera los recordaba. Para él, todo era dinero y ruido, mucho ruido, como se veía en esa foto, con la boca abierta, gritando “whiskey” para mostrar los dientes impecablemente rectos y blancos, de los que fanfarroneaba siempre que podía.

El perro de la foto, enorme, de pelo oscuro y lustroso a excepción de las cejas amarillas, debía ser de él. No era que a Eduardo le encantaran los perros, sino que confiaba en que, con el entrenamiento que les daba, garantizaran su seguridad. La paranoia había crecido a la par de su negocio de camiones, por lo que siempre había uno de esos mastodontes al lado del abuelo.

La casa colonial frente a la que posaban Eduardo apoyado en el vano de la puerta y Esteban sentado en el andén- parecía nueva, recién restaurada al estilo del abuelo Esteban, que todo lo quería perfecto. Era tan serio, moralista y rígido que, aún con la foto en las manos, Lázaro no podía imaginar una situación en la que los dos compartieran un mismo espacio. Asumía que lo habían compartido, aunque Antonia no lo había dicho claramente. ¿Qué habría pasado? Tenía que haber sido muy grave para que sus padres y sus tíos no le hubiesen mencionado siquiera a Lázaro que había existido una amistad entre sus dos abuelos

—Antonia —llamó Lázaro, presa de un entusiasmo repentino que lo iba a hacer tirar las cobijas por la ventana—, ¿Antonia?

—Ya te llevo el té —respondió ella desde afuera. Lázaro la oyó bostezar.

—¿Las fotos estaban con esos sofás? —preguntó él—, ¿de dónde sacaste todo eso?

Ella no respondió. Cuando Lázaro ya estaba considerando pararse a buscarla, oyó sus pisadas ligeras sobre el entablado. Tras unos segundos, Antonia apareció con un juego de té que incluía hasta la mesilla de cama, todo dispuesto como si acabara de salir de una

película de época. Lázaro sacó el torso de las cobijas y se sentó, admirado de semejante presentación para una simple aromática.

—¿Qué tal? —preguntó Antonia con una sonrisa, evidentemente contenta por la reacción de Lázaro—, he estado aprendiendo etiqueta de la de verdad, ¿sí ves?

—Sí veo —contestó él, viendo las dos cucharillas que tenía dispuestas—, ¿cuál cojo?

En vez de explicarle, Antonia puso una en la azucarera y la otra en la aromática. Lázaro quiso decirle algo, pero notó que ella estaba tensa, con los ojos chiquitos e irritados, ya sin los lentes de contacto ni las pestañas postizas. Hasta el momento, no había considerado sino sus propios problemas; viéndola tan cansada, se sintió mal por estar ocupando la cama y acaparando toda la atención.

—¿Quieres acostarte? —le preguntó, alzando la mesilla para levantarse.

—Tómame la aromática —respondió ella y empujó la mesilla hacia abajo—, hoy duermes conmigo, mañana armamos el sofá-cama del estudio.

—Lo siento —tartamudeó Lázaro.

Antonia le dedicó una mirada lánguida, pero finalmente sonrió, se sentó en la cama y le puso a Lázaro una mano sobre la pierna. Él sonrió a medias y se llevó la taza a la boca. Luego cayó en cuenta.

—¿Sofá-cama? —preguntó, intentando disimular su alegría—, ¿me puedo quedar?

—Te tienes que quedar —contestó Antonia, frunciendo el ceño—, al menos por unos días, mientras tu mamá se siente mejor.

—Puedo ir a acompañarla, no hay problema —afirmó él, aunque en realidad no tuviera el menor deseo de volver—, ¿o te dijo algo sobre mí? —preguntó, sin querer oír la respuesta, y tomó un trago largo de aromática, que ya estaba tibia en vez de caliente— ¿Todavía me...?

—Llevamos a tu mamá a la clínica —lo interrumpió Antonia—, la aceptaron en la sección de psiquiatría por crisis de ansiedad.

Lázaro cerró los ojos con fuerza. Había dejado a su madre sola el día de la muerte de Francisco, por supuesto que le iba a dar una crisis de ansiedad, se sentiría tan sola que la sobrecogería el miedo a morir. Él lo sabía muy bien, pero se había ido a coger una gripa y dejarse infestar de bichos. En qué estaba pensando. Sintió la mano de Antonia palmearle la pierna y abrió los ojos. Veía estrellitas blancas y se quería morir.

—Ya, ya —le dijo Antonia—, no te puedo pedir que no reacciones, pero intenta mantener la calma.

—Vale —balbuceó él y dejó la aromática sin terminar en la mesilla, puso todo a un lado de la cama, se acostó, le dio la espalda a Antonia y se cubrió hasta la cabeza con la vaga esperanza de ahogarse—, buenas noches.

—Piensa que los doctores la van a hacer sentir mejor más rápido que cualquiera de nosotros —le dijo ella y Lázaro la sintió pararse de la cama—, creo que le habría dado de todas formas, estuvieras o no, porque mataron a Francisco, recuerda.

Lázaro se destapó la cabeza y miró a Antonia, quien se desvestía dándole la espalda. El aire frío se sentía muy bien, pero él no se quería sentir bien. De hecho, se estaba asustando. Habían pasado tantas cosas que su cerebro no sabía cómo proceder; al parecer, había dejado el asunto más angustiante al final de la cola de prioridades.

—¿Entonces lo mataron?

—Sí, al parecer fue una venganza porque golpeó a una *prepagado*, dijeron los del mismo motel —explicó Antonia, sin voltearse a mirarlo—, ¿tú sabías que estaba contratando prepagos? Qué grosería.

—No me sorprende —se quejó él y se acostó boca arriba para restregarse los ojos—, esto, ¿no te importa si hablo así? Es decir, era tu hermano.

—Nos llevábamos muchos años.

—Tú y yo nos llevamos muchos años.

—Él era tu papá, ¿no te duele que lo hayan matado?

—¿Cómo lo mataron?

Antonia se giró para lanzarle una mirada reprobadora, cogió un camisón que estaba cerca y se lo puso.

—No voy a alimentar tu paranoia —dijo y se sacudió el cabello largo para sacarlo del camisón—, no necesito más gente loca.

—Mi mamá no está loca —se quejó él, sentándose de nuevo, y cogió el portarretratos—, es así por este hijueputa.

—Ojo con el lenguaje.

—Pero es verdad.

—Hoy ha sido un día muy largo, Lazarillo —dijo Antonia y se subió a la cama—, no me contradigas que lo alargas más.

—¿Cómo está la abuela?

—Yo estoy mejor. No me dejes esa aromática ahí.

Lázaro se agachó a recoger la aromática y se la acabó de un sorbo. Ya estaba fría y sabía a agua sucia. Antonia se metió entre las cobijas y se hizo un ovillo. La luz había quedado prendida, pero él no tenía ninguna gana de apagarla. No le tenía miedo a la oscuridad, pero tenía una sensación extraña, algo así como un susurro en el fondo del cerebro que lo amenazaba con volverse un grito si se disponía a dormir. Lázaro estaba muy acostumbrado al insomnio, pero esa noche había algo más que la imposibilidad de conciliar el sueño: estaba el miedo de cerrar los ojos y ver algo aterrador.

—Alteza —llamó. Antonia murmuró en protesta—, ¿por qué no me dijeron que mis abuelos eran amigos? ¿Eran amigos, cierto?

—A dormir, chino.

—¿Por qué dejaste la foto así en la sala, si no querías contarme nada al respecto?

—No caí en cuenta, Lázaro, duérmete.

—¿Pensaste que me iban a matar antes de ver cómo dejaste el apartamento?

Antonia se desenroscó y miró a Lázaro a los ojos. Él le devolvió la mirada sin saber qué esperar y luego sintió el pie congelado de ella meterse por la bota de la pijama y apoyarse contra la piel de su pantorrilla. Aunque tenía ganas de saltar de la cama, no flaqueó, por lo que ella le puso el otro, que parecía estar más frío todavía.

—Clemencia —pidió él, recogiéndose sobre sí mismo—, tengo derecho a preguntar.

—Yo soy la reina y aquí no hay democracia —contestó ella, enroscándose otra vez—, ahora mismo solo tienes derecho a quedarte callado y dormir.

—No voy a poder dormir.

—Entonces a pretender que estás durmiendo.

Lázaro decidió dejarlo hasta ahí. Ambos se acomodaron y quedaron frente a frente, ella cerró los ojos, de nuevo sin apagar la luz. Tal vez ella sí le tenía miedo a la oscuridad. Le hizo gracia, porque ella ya se suponía una adulta hecha y derecha, graduada, viviendo sola y trabajando a los veinticinco años.

Lázaro decidió darle la espalda, tenía la sensación de que estarla mirando le impediría a ella dormir bien. El roce de la pijama al voltearse le hizo arder los brazos, así que los sacó de las cobijas y los analizó. Los arañazos no eran graves, pero le inquietaba saber que se los había hecho. Racionalizándolo, no tenía sentido que se le hubiesen subido miles de bichos de repente. Tal vez lo mejor al día siguiente sería buscar al psiquiatra, pedirle a la abuela o a Antonia que lo acompañara y le ayudara a restablecer la cita que había perdido. No quería hacer suposiciones sobre lo que había pasado sin una opinión profesional.

Después de arreglar lo del médico, averiguaría lo de los abuelos. Alguien tenía que confesar. En vista del descubrimiento, entendía por fin por qué Antonia había estado tan incómoda durante la sesión con Dariana a la que Lázaro la había logrado arrastrar, pues la bruja los había bombardeado con preguntas sobre la familia. Resultaba sorprendente que el tema de los abuelos se hubiese evadido; la única mención a ellos que Lázaro recordaba fue la de la relación entre el abuelo Eduardo y su hija, la madre de Lázaro. La bruja había aventurado que en el fondo del problema había una venganza hacia los hombres y que podía ser por maltrato a las mujeres, se habían extendido en eso el resto de la sesión, sin lograr nada. Lázaro había salido de allí con la incómoda sensación de que su madre estaba matando a la familia y se había tardado un buen tiempo en regresar por su cuenta al consultorio. Antonia no había regresado más, de hecho, había evitado los funerales y demás reuniones de la familia materna de Lázaro, pues las historias que la bruja había develado sobre esta la habían dejado indispuesta.

No visitaría a su madre hasta que hubiese finiquitado los demás asuntos, era lo mejor para los dos. El demonio estaba acechando, estaba demasiado cerca como para no hacer nada. La sensación de los bichos podía ser una premonición o una amenaza; pensando en su madre encerrada en el hospital, Lázaro temió que la maldición le llegara a modo de trastorno, volviéndolo loco hasta que se arrancara el corazón él mismo, como se había arrancado pedazos de piel luchando contra pulgas inexistentes.

3.

Cuando se acercó al local de Dariana en el pasaje comercial que cruzaba por debajo de la carrera décima, Lázaro no sabía que ella era bruja. Su negocio era de hierbas curativas y medicina alternativa, por lo que él llegó pensando que a lo mejor encontraría tila, una planta que, según le habían dicho sus tías en el último funeral, le curaría el insomnio. En ese entonces, apenas habían muerto los dos abuelos y un tío; aunque preocupado, a Lázaro ni siquiera se le había atravesado por la cabeza la idea de la maldición.

Hacía buen clima, Lázaro había salido de clase de francés y estaba estrenando una camiseta de Lacrimosa, su banda favorita, recién comprada en los mercadillos callejeros del centro. Sin ser consciente de la sonrisa que tenía en la cara, bajó las escaleras hacia el pasaje comercial, mucho más frío que la calle bajo la que pasaba, con la música en sus audífonos a todo volumen. Al adentrarse en el pasaje como tal, se puso a detallar los minúsculos locales, caminando despacio mientras seguía el ritmo de la canción con la cabeza. Había un vendedor de sombrillas al por mayor, varios locales de ropa barata traída de China, uno o dos de lencería aún más barata, quien sabe traída de dónde, y luego el puesto de Dariana, que lo sorprendió por lo lleno que estaba. Tenía todas las paredes cubiertas de frascos y manojos de plantas amarradas con cauchos, la vitrina de cuatro niveles estaba a tope de cajas desvaídas color pastel, frascos de ungüentos y polvos, cuarzos desiguales y copias del Almanaque Bristol, de la persiana metálica colgaban manojos de palos, dos atrapa-sueños y unas flores. Ella estaba sentada con la espalda apoyada en una pared lateral, con el pelo negro y largo cubriéndole la cara. Por la posición, Lázaro supuso que ella estaba mirando el celular.

—Hola —dijo, quitándose uno de los audífonos—, ¿tienes tila?

Ella levantó la cabeza y Lázaro cayó en cuenta de que se había acercado demasiado, estaba incluso recargándose en la vitrina que, como todas las de ese túnel, tenía un letrero que decía “NO APOYARSE EN EL VIDRIO”. Antes de echarse para atrás, sin embargo, ella le dedicó una sonrisa muy cálida, lo que lo disuadió de moverse.

—¿Tilo, mi amor? —le preguntó ella y se levantó. Lázaro notó que, en vez de manejar un celular, ella estaba tejiendo una canasta pequeña—, ¿qué tienes, dolor de estómago?

—¿Tilo y tila es lo mismo? —contestó él, viéndola secarse los dedos rechonchos con el jean para poder abrir la vitrina— tengo insomnio.

—Es lo mismo, sí —dijo ella, corrió el balde con un pie y se acuclilló para sacar algo del nivel inferior.

Lázaro esperó, deseando que ella se levantara de nuevo para verle mejor la cara y adivinar su edad. No parecía mucho mayor que él, pero no podría confirmarlo porque los rasgos de ella le resultaban foráneos: tenía las cejas casi transparentes, a pesar de que el cabello fuera muy negro y tupido, además, los ojos se veían más o menos orientales, pero eran grandes y abiertos, por lo que más que china, parecía indígena. Que tuviera la cara redonda y fuera cachetona tal vez la hacía ver más joven, porque parecía una muñeca para bebés. El conjunto resultaba confuso.

—¿Ya probaste la valeriana? —le preguntó ella desde abajo, poniendo una caja de té sobre la vitrina. Lázaro la cogió para leer la etiqueta—, la lavanda también te puede servir —añadió y puso un frasco sobre la mesa, golpeando la mano de Lázaro sin querer—, ¡ay! ¿qué es ese frío de muerto que llevas?
—¿Ese qué?

Ella se levantó para mirarlo. Lázaro dejó de reclinarse en la vitrina, sin saber qué decirle. Se estudiaron mutuamente por unos momentos y luego ella le apoyó la mano abierta sobre la cara, presionándole la frente con el dedo medio.

—A ti te hicieron un trabajo —le dijo. Lázaro sintió que se le congelaba el estómago—, tú no tienes insomnio sino miedo a morirte.

La palma húmeda de ella olía al fique con el que había estado trabajando, pero también a salvia y a alcanfor. Lázaro la cogió por el antebrazo y le hizo quitar la mano, la bajó hasta apoyarla en la vitrina y luego soltó una risa nerviosa.

—Ay niño, es en serio —le reclamó ella, soltándose de su agarre—, mira que yo tengo ojo para esas cosas.

—Yo vine por tila no más —replicó él y cogió la caja de té, pero notó que era de valeriana—, aparte, ¿cuál niño? Tenemos como la misma edad.

—¿Y es que yo soy señora? —dijo ella y a él le dio risa—, el tilo no te va a hacer nada —agregó, le quitó la caja, cogió el frasco y se volvió a agachar—, tú necesitas es sacarte ese frío de muerto y repeler lo que te hicieron —explicó, se levantó y se puso a mirar las matas que tenía colgadas en la pared de atrás—. Prueba con ruda si no quieres hacerte algo más serio, ¿tienes dónde plantarla en tu casa, te llega harto sol?

—No hay que llegar a estos extremos para decirme que no hay tila, en serio.

Ella se giró, tenía las mejillas rojas. Lázaro se volvió a apoyar en la vitrina con una sonrisa, a la expectativa del berrinche por el que, se imaginó, lo terminarían echando del túnel.

—Estuviste en un funeral hace unos días y el diablo asesino te estaba viendo —dijo ella y se sentó en el banquito minúsculo que tenía dentro del local—, no sé nada más porque no te quieres dejar ayudar, así que te va a tocar morirte, mi amor.

Lázaro consideró sus opciones. Desde su posición, podía ver ahora el balde con agua, embutido en el mínimo espacio, donde ella había dejado el canasto a medio hacer. Vio cómo lo cogía y reanudaba su trabajo, ocultando de nuevo la cara con el cabello para disimular lo alterada que estaba.

—¿Qué tal si me das la... el tilo, y la ruda, juntos? —le propuso, y ella lo miró con los labios fruncidos, revelando un par de hoyuelos—, la planto en mi casa y todo, lo prometo. Por la buena intención.

—Al lado izquierdo de la casa, por donde se pone el sol.

—Ok.

—Y no puedes estar enfermo o no sirve para nada.

—Ah, ni modo.

Lázaro siempre estaba enfermo, creía él porque había nacido muerto. Una enfermera muy devota lo había resucitado a punta de masajes cardíacos y lo había condenado a su hazmerreír de nombre y a una existencia cargada de molestias. No tenía alguna malformación notable, como un soplo o una arritmia, ni problemas en los pulmones o el hígado, pero igual convivía desde muy pequeño con desmayos, fatiga, insensibilidad en los dedos, hinchazones temporales sin causa aparente y migraña. Se lo explicó todo brevemente a ella, mostrándole incluso cómo la piel era azulada en las yemas y debajo de las uñas. El interés y la aparente preocupación de ella lo animaba a continuar, no sabía por qué, pero quería armar conversación, enterarse del nombre de ella y de si les pronosticaba la muerte a todos sus clientes.

—Mira, todo eso que tienes se puede arreglar, solo ponte las pilas y se va trabajando —dijo ella y le pasó una tarjeta de colores rechinantes, que quedó mojada en los bordes—, se ve que eres un pelado educado que anda desconfiado de estas cosas, pero mira que los médicos no te han dado con el chiste, así que no tienes nada que perder.

—¿Tú eres María Olga? —preguntó él, incrédulo.

—No, esa es la profe, yo me llamo Dariana —contestó ella—, es una dura, tu confía.

—¿Y tú no eres bruja? No se vale.

Dariana se echó a reír. Lázaro sonrió, disimulando la vergüenza, y decidió que era hora de irse. Pagó una caja de té de valeriana, porque finalmente no pudo convencerla de que le vendiera tila, y dos sobres de semillas de ruda, que le haría plantar a la abuela.

4.

A Antonia no le hizo gracia notar que Lázaro no había dormido en toda la noche. Él intentó explicarle la naturaleza de su insomnio, pero no logró convencerla de nada. Tampoco pudo persuadirla de pedir permiso en el trabajo para acompañarlo a la clínica y solucionar lo del psiquiatra; ella argumentaba que su jefe no le creía la cantidad de calamidades domésticas y que, si le llegaba con otra, la iba a echar.

—Te quedas a dormir, a ver si recuperas algo de sueño y se te despeja la cabeza —
sentenció ella al desayuno.

—Ya te dije que no me puedo dormir

—Te digo que era la congestión, mira que ya estás mejor y no vas a estar estornudando,
date una oportunidad.

—No era eso, se me pasó la rinitis e igual no pude dormir.

—Te falta convicción.

—Eso no funciona así.

Antonia arqueó una ceja y cogió el cuchillo grande para cortar una hogaza. La mesa estaba llena de galletas y panes integrales, quesos, carnes y vegetales para hacer emparedados al gusto, muy al estilo europeo, pero Lázaro no tenía ganas de comer; tampoco se había bañado y no tenía ganas de meterse a la ducha, el agua caliente le haría arder los arañazos y la fría le reforzaría la gripa. Quería solucionar lo del psiquiatra cuanto antes para descartar cualquier problema o trastorno, tener algo efectivo para el insomnio y así y poder indagar sobre lo de los abuelos en paz.

—Si insistes en no dormir, entonces sirve para algo y ayúdame con lo del cementerio —
dijo ella y le pasó un pan cortado al que le había metido rodajas de pepino y queso. Lázaro lo recibió y lo dejó sobre su plato—, tu mamá no puede hacer nada y tu papá no tenía seguro, así que hay que llamar a ver qué se puede conseguir.

—Podríamos mandar a enterrarlo en el jardín del motel, ya que se murió ahí —dijo Lázaro y sacó la tisana de té del pocillo que tenía en frente—, que arrienden el pedazo como la cama embrujada o algo.

—Al que hay que enterrar es a tu sentido del humor —se quejó Antonia y cogió la tisana de Lázaro para ponerla en un pocillo al final de la mesa, que ya tenía otras dos—, tengo que dejar de comprar este té en bolsa, siempre hace reguero.

—¿Quién quedó en mi casa?

—¿Cómo es que se llama la sirvienta?

—No le digas sirvienta, es una empleada de servicio —la corrigió Lázaro, ofendido—, se llama Dora.

—Eso, Dora está en tu casa.

Lázaro se terminó el té de un solo trago. Si su casa no estaba sola, podía ir a recuperar sus cosas, revisar que todo estuviera en orden y disculparse con los vecinos. Sabía que las claves de las cuentas bancarias estaban escritas en una libreta de su madre, guardada en la mesa de noche, y tal vez apareciera por ahí la tarjeta de crédito de Francisco. Con esa plata podría pagar una cita con psiquiatra particular, ya que sin la ayuda de Antonia el de la entidad prestadora de salud seguramente se negaría a atenderlo; reponer los daños en su habitación, pagar la cuenta de la hospitalización de su madre, que no sabía quién estaba costeadando en el momento y, ya que no había seguro, poner para lo de la tumba y el funeral.

—Hablando de ella, llámala para que te traiga una maleta con tus cosas —pidió Antonia, bajándolo de su tren mental—, el fin de semana miramos qué hacer con el desastre.

—Yo puedo hacer eso hoy —dijo Lázaro y se animó a coger el pan con pepino—, es mejor si yo hablo con los vecinos.

—No Lazarillo, tú no te mueves de acá si estás solo.

Lázaro, con medio emparedado en la boca, miró a Antonia sin saber qué responder. Ella no podía pretender que él se quedara metido en el apartamento todo el día, no había razón alguna para ello. Pensó en dejar la conversación así y salir luego sin permiso, pero la perspectiva de que Antonia lo descubriera se enfureciera y lo sacara del apartamento no era tentadora: Dora se iba de la casa a las seis y, dadas las circunstancias por las cuales no había nadie más allí, quedarse solo por la noche se le hacía inquietante, por decir lo menos.

—¿Por qué? —preguntó al fin con la boca llena y Antonia le hizo un mohín—, perdón —se excusó y se pasó un bocado demasiado grande, que empezó a hacerse paso lentamente por el esófago, obligándolo a sentarse lo más derecho posible—, yo salgo todos los días, o sea...

—No quiero que salgas por ahí a que te dé un patatús otra vez, te quedas en la casa.

—No me va a pasar otra vez.

—¿Cómo estás tan seguro?

Lázaro no podía estar seguro, pero se sentía bien. Por más de que el día anterior hubiese tenido el incidente de los bichos y el desmayo, se consideraba lo suficientemente lúcido y funcional para ir a cualquier parte. Más que eso, si no podía moverse, Lázaro se sentía expuesto, por lo que quedarse encerrado, servido en bandeja para que el Ladrón lo encontrara aislado y lo matara como un borrego, era una locura. Así habían muerto sus dos abuelos y a él no le podía pasar igual, tenía que tener la posibilidad de salir si lo necesitaba, una ruta de escape.

—¿Me vas a encerrar, en serio? —la acusó y volvió a ver la comida en la mesa, esta vez como si fuera el total de provisiones con las que tendría que sobrevivir por el resto de su vida.

—Son unas horas no más, no seas dramático —respondió ella y llenó una galleta de mermelada—, aquí tienes internet, está el televisor, tienes llamadas qué hacer, “empleadas” qué recibir, vas a estar ocupado.

—No, ¡no! —replicó Lázaro. El aire polvoriento del apartamento se le hacía opresivo—. ¿Por qué me tengo que quedar aquí solo? ¿Qué te pasa?

—¿A lo bien, Lázaro? —contestó Antonia—, ¿qué es esto, ahora, un ataque *borderline*? Tú no te ayudas.

Las palabras de Antonia le cayeron a Lázaro como un baldado de agua fría, que le cambió la angustia por rabia. Se quedó inmóvil un momento, procesando la información, y luego se levantó de la mesa bruscamente. No era novedad que Antonia sugiriera que Lázaro tenía el mismo trastorno de su madre, pero ese no era el momento para sus comentarios idiotas. Mientras Antonia lo miraba con una sonrisa vaga, tal vez intentando descifrar qué tan enojado estaba él, Lázaro recogió la loza y la llevó a la cocina.

—Prefiero pasar el día donde la abuela —declaró él y abrió el grifo para lavar los platos—, puedes mandarme en taxi desde acá.

—Mi mamá está cansada de ayer —replicó Antonia.

—Puedo hacer las llamadas del cementerio allá —insistió Lázaro, fregando los platos a toda velocidad—, así si tengo alguna duda, puedo preguntarle a la abuela en vez de molestarte en el trabajo.

—¿No me oíste?

—Si la abuela quiere descansar, pues la dejo dormir.

—Igual estarías en la casa de ella y te pareces mucho a tu papá, ¿cómo crees que se va a sentir mi mamá? Ponle un poquito de cabeza.

Lázaro estuvo a punto de tirar el vaso que estaba lavando contra la pared. Él no se parecía a Francisco más allá de algunos detalles como lo grueso de los labios o la forma de las

cejas; en cuanto al carácter, eran totalmente distintos. Además, la abuela no tenía el alma hecha de cristal, podía ver a uno de sus nietos sin tener una regresión traumática a la muerte de Francisco.

—Le pediré a Martín que venga a acompañarte después de almuerzo, ¿vale? —propuso Antonia, levantándose de la mesa—, y cuadran lo de la cita.

Lázaro suspiró y cerró los ojos. El corazón le irrigaba rabia por todo el cuerpo, aumentando la presión hasta hacerle sentir que iba a estallar. Estiró los hombros y el cuello, dejó el vaso sobre el mesón para que se terminara de secar y se paró en medio del corredor para obstruirle el paso a Antonia.

—¿A quién llamaste ayer para que viniera a ayudarte conmigo? —le preguntó y cruzó los brazos— ¿quién vino ayer a ayudarte conmigo, Antonieta?

—Va a venir hoy —contestó ella, tomando una actitud defensiva—, ayer le salió un turno extra y no se pudo zafar, yo te dije antes de que...

—¿Qué día de la semana fue ayer? —insistió Lázaro, complacido de ver como ella se indignaba por la interrupción—, fue miércoles, ¿cierto? ¿Sabes qué conexión de American Airlines tiene escala en Bogotá los miércoles por la tarde?

—Martín no sería capaz —dijo Antonia con los ojos un poco llorosos—, él sabe que tú eres más importante, que yo soy más importante.

—Kim es más importante —aseveró Lázaro—, lo es desde que la conoció, ¿y sabes por qué? Porque es su novia y una bonita azafata que no está loca ni se va a morir en cualquier momento —explicó y descruzó los brazos; ansioso por liberar la energía, por salir corriendo de esas cuatro paredes—, Martín le puede contar cualquier tontería y a ella le va a interesar porque no conoce la ciudad, ni el país, y no sabe nada de familiares muriéndose, obvio que es más importante.

—Bueno, ¿y qué? —contestó Antonia, dando un paso para adelante—, si estuvo con la tipa ayer, ella ya debió irse y él está libre.

—¿Me vas a dejar a merced de un medio hermano que prefiere pasar la tarde con su novia en vez de ayudar en una situación de emergencia como la de ayer? ¿Qué tal que por el camino vea una panadería y decida que prefiere pasar la tarde comiendo buñuelos?

—No digas pendejadas, Lázaro.

—¡No quiero quedarme aquí solo! —exclamó él y se le quebró la voz—, llévame a donde la abuela o me voy yo, prefiero dormir en la calle a quedarme encerrado.

Antonia abrió la boca como para decirle algo, pero luego lo pensó mejor y dio un paso atrás. Lázaro notó que estaba respirando como si acabara de correr una maratón, incluso estaba sudando, tal vez ducharse no era tan mala idea, podría encontrar una temperatura de

agua ideal. Resopló y se peinó el cabello con los dedos para que no se le fuera sobre la cara. Antonia le cogió la otra mano.

—¿Tú estás mal, cierto? —le preguntó y Lázaro apenas parpadeó para evitar hacer algún gesto ofensivo—, todo esto de la muerte de Francisco te está afectando de una manera que no ves porque tú crees que no lo querías, pero papá es papá, ¿no?

—¿Eh? —soltó Lázaro y Antonia se puso muy colorada.

—No me hagas esa cara —reclamó ella y le sacudió la mano—, recuerda que a mí me pasó igual cuando se murió mi papá, yo no viví con él casi y creía que me daba igual, pero pasó el tiempo y pues... me di cuenta que esas cosas a la final hay que hablarlas.

—Esto...

—¡Te lo digo por experiencia! —interrumpió ella y le cogió la otra mano—, ¡de verdad!

—Alteza, Su Majestad Imperial —contestó Lázaro y le apretó los dedos a Antonia con cariño—, gracias por mostrar misericordia, pero en serio, con llevarme a la regia presencia de doña María Teresa Hidalgo, querida madre y abuela, estoy bien. Prometo que, si me lleva, le voy a contar a ella mis penas y a llorar mucho y sentirme mejor y ser normal.

—Lázaro, es en serio, puedes contar conmigo.

Lázaro le juntó las manos y las apoyó contra el pecho de él, sacando una sonrisa endeble de la infinita frustración que lo invadía por dentro. Antonia, más sonrojada que nunca y con el ojo aguado amenazando con dañarle el maquillaje, inhaló lentamente e hizo un puchero.

—Está bien, entonces ve a joder a mi mamá para que estemos tristes todos —le dijo y liberó las manos con un jalón—, báñate rápido que ya voy tarde para el trabajo.

—Me puedo bañar allá —contestó Lázaro, entusiasmado, y ella lo miró con desagrado—, ¡vas tarde!

Ella puso los ojos en blanco y evadió a Lázaro para dirigirse al baño; él descolgó su ropa y fue al estudio para cambiarse. Diez minutos más tarde, ya estaban fuera del edificio. Mientras Antonia paraba un taxi, Lázaro se tomó el tiempo de disfrutar el aire fresco, así estuviera contaminado y frío, y de atesorar la sensación de libertad que, con el demonio Ladrón encima, cada vez se le hacía más esquiva. Se ensimismó en ello de tal manera que Antonia tuvo que llamarlo dos veces para que viera el taxi y se subiera. Él se metió al carro de un brinco y se sentó en toda la mitad del puesto trasero. Al ver el reflejo de su sonrisa en el espejo retrovisor, se le hizo muy exagerada para la situación y decidió poner cara de serio.

—¿Te sabes la dirección de la abuela? —le preguntó ella desde la ventana—, ¿tú ya conoces esa casa?

La verdad era que no, la abuela se había mudado recientemente. Ante su negativa, Antonia le dio las indicaciones al taxista, mencionando varios puntos de referencia, como si la cosa quedara en medio del campo. Lázaro supuso que esa era la realidad, se imaginaba que la casa era un pequeño palacio, rodeado de jardines y con vistas a la ciudad. La abuela María Teresa había nacido en el campo llanero y siempre lo extrañaba, por lo que tenía sentido que consiguiera un lugar amplio y despejado.

El tráfico estaba suave y el sol hacía ver la ciudad verde y viva. Lázaro bajó la ventanilla y apoyó el codo en el marco, disfrutando la brisa congelada que le tensaba la piel de la cara y le hacía arder los ojos, pero que le hacía sentir la cabeza un poco menos pesada y le ayudaba a ignorar el cansancio del insomnio. El camino pasaba por un sector muy grande de oficinas, por lo que la mayoría de transeúntes iban vestidos de sastre y caminaban rápido. Los carros se veían cada vez más caros y las porterías de los edificios, más lujosas. Y de repente lo vio de nuevo, el perro pulgoso, sentado en una esquina a dos metros de un puesto callejero de comida rápida.

No alcanzó a reaccionar, el taxi pasó de largo y el animal se perdió de vista. Tenía que ser el mismo perro, era demasiado raro como para no reconocerlo, con sus orejas de murciélago y sus ojillos maliciosos. Aunque Lázaro no recordaba el punto exacto en el que se lo había encontrado el día del asesinato de Francisco, sabía que estaba lejos, muy lejos en una ciudad demasiado grande para facilitar ese tipo de casualidades. Perturbado, subió la ventana y se hundió en la silla, mirando al frente. El taxista lo miró con sospecha por el espejo retrovisor, pero no le dijo nada.

Lázaro apretó los puños, esperando sentir la rasquiña de nuevo en cualquier momento, pero no sucedió. ¿Era el perro real, o no? Sabía que las pulgas eran imaginarias, se había revisado toda la piel sin encontrar una sola picadura. No las había visto y le parecía perfectamente posible imaginarse una picada, como cuando le ardía la piel al ver una imagen demasiado grumosa, pero el perro le parecía demasiado grande, demasiado sólido y visible.

Salieron de la ciudad por la montaña. Lázaro se mareaba fácilmente en las carreteras llenas de curvas, pero el trayecto fue demasiado corto para que lo afectara. Cuando el taxi se detuvo, Lázaro miró por la ventana y no vio la entrada a ninguna mansión, solo una hilera de casas con fachada muy estrecha que le daban la espalda a la ciudad.

—¿Ya llegamos? —preguntó, confundido.

—Sí señor, esta es la dirección que dijo la señorita —contestó el taxista con tono hosco—, son trece mil.

Trece mil era demasiado, el tipo seguro le estaba cobrando de más, pero Lázaro pagó de todas maneras porque no quería pelear. Esperaba que esa sí fuera la dirección y no le tocara buscar otro taxi, porque Antonia no le había dado tanto dinero. Las casitas tenían tres pisos y compartían una bahía de gravilla para parquear, en la que había dos motos, una camioneta Ford muy vieja y un carrito Nissan diminuto. Al parecer, la abuela había decidido lidiar con su nostalgia por el Llano buscando el espacio más vertical y cerrado posible, embutido en un recoveco de la montaña en el que no se pudiera ver en ninguna dirección sin encontrar una pared. Resultaba muy confuso, pero Lázaro razonó que, si la abuela quisiera recuperar el Llano, lo más fácil habría sido que regresase al Llano y si eso no lo había hecho en quince años, ya no lo iba a hacer.

—¡Ay, mijo! —exclamó ella cuando le abrió la puerta y lo abrazó.

Lázaro se encorvó para abrazarla mejor, recordando fugazmente la época en la que él, un niño pequeño y bajo, luchaba para librarse de los abrazos para no quedar con la cara metida entre los pechos de la abuela.

La abuela María Teresa había luchado muchos años con los padres de Lázaro, a quienes consideraba incapaces de criarlo correctamente. Decía ella que Francisco, su hijo, era demasiado parecido a Esteban, ambos eran gruñones, radicalmente exigentes, arbitrarios y en general, poco dotados para ser padres. En cuanto a Matilde, la madre de Lázaro, María Teresa la había aceptado al principio, pero en cuanto se agravó el trastorno límite de personalidad que padecía, la relación degradó hasta convertirse en fría hostilidad. A la menor oportunidad, la abuela se llevaba a Lázaro para cuidarlo en las tardes y a que compartiera tiempo con Antonia y con Cristina, hija producto del *affair* que había hecho al abuelo Esteban echar a María Teresa de la casa.

—Ese pelo largo suyo, tan bonito —comentó la abuela al soltarlo, como siempre hacía, y le organizó el cabello para que no se le fuera a la cara—, ¿ya desayunó? ¡Pase, pase!

El interior de la casa despejó las dudas de Lázaro con respecto al exterior. Era un ambiente diseñado hasta el último detalle, totalmente controlado, que parecía obra de un zoólogo experto en microhábitat. Tenía hasta un sistema de calefacción y aire acondicionado, cosa que en Bogotá nunca se veía, para mantener un clima estable de 24°C, según marcaba la pantalla del aparato colgado en la pared. Todas las paredes

parecían guardar muebles que se desplegaban halando una palanca, los interruptores de las luces tenían un tablero de control para cambiar la intensidad y el color, las sillas del sofá tenían botones en los descansabrazos para un montón de funciones innecesarias. La cocina consistía en dos mesones enfrentados, atiborrados de máquinas para exprimir, picar, cocer, asar y hornear sin esfuerzo.

Cuando Lázaro era pequeño, la abuela no le tenía afición a la tecnología. De hecho, compartían con Antonia el gusto por las antigüedades, coleccionaban vajillas de porcelana y sillas francesas con entusiasmo. Al parecer, habían llegado a un punto en el que una se había lanzado de cabeza a recrear la vida del siglo XIX y la otra había salido corriendo a buscar lo más avanzado del siglo XXI. El contraste de la mujer joven rodeada de cosas viejas y la señora anciana viviendo en una nave espacial resultaba muy cómico.

Aunque convenció a la abuela de que sí había desayunado, esta resolvió prepararle un agua aromática porque “lo veía muy pálido”. Lázaro la dejó, pensando que lo mejor era dejarla sentir que estaba ocupada y a lo mejor darle un espacio para sacar algunas lágrimas sin sentirse observada. Era evidente que se la había pasado llorando.

Una vez lo acomodó en la sala y le dio la bebida, la abuela acribilló a Lázaro a preguntas. Quería saber cómo estaba él, como había visto a Antonia, qué había pasado en su casa, qué había pasado con Martín, si ya había pensado cómo pagar la universidad ahora que Francisco no estaba, que si Lázaro había sospechado algo de lo que estaba haciendo Francisco, que si Matilde sabía que Francisco andaba con prepagos.

—Usted no se imagina lo que me dolió poner un pie en ese motel —dijo la abuela, apoyando la mano de uñas acrílicas larguísimas en el pecho—, yo no crié a mis hijos así, mijo, pero es que el negro dejaba hacer a los varoncitos lo que querían y yo, ¿qué podía hacer? El ejemplo tiene que venir de papá y mamá en la casa, no se le olvide nunca — agregó, y se reacomodó en el sofá, sorbiendo por la nariz—, yo entiendo que uno ya no sienta más amor, que uno sea infiel, pero ¿prostitutas? ¿A quién se le ocurre?

—Mejor no le echas mucha cabeza a eso, abuelita.

—Pobrecita su mamá, mijo, ¿será que ella va al entierro?

—No, no creo —respondió Lázaro. Suponía que los médicos no la dejarían salir hasta que no se recuperara totalmente—, ¿cuándo va a ser?

—En Medicina Legal está demorada la cosa, no me dan razón — contestó la abuela, mirando preocupada hacia la ventana—, eso armaron un boroló con la policía porque con esa muerte tan rara...

La abuela miró a Lázaro a los ojos. Los párpados caídos, pesados por la edad, ensombrecían su mirada acuosa y le daban un aspecto más triste a su rostro, por lo general tan apacible. La tristeza de la abuela le dolía, pero Lázaro sabía que, si había una oportunidad de enterarse de los detalles del asesinato, era esa.

—¿Rara cómo? —dijo, dejando la taza ya vacía en la mesa de centro de la sala—, me dijeron que lo habían matado.

—Fue una barbaridad, mijo, usted no se imagina lo salvaje que es la gente ahora, ya no se puede uno confiar de nada —dijo la abuela y se paró del sofá—, lo más grave es que la señorita de Medicina Legal cree que trabaja para una carnicería y describe todo como si estuviera hablando de animales, qué grosería —añadió, la voz quebrada por el enojo, y cogió la taza para llevarla a la cocina—. Deberían enseñarles algo de sensibilidad a esos muchachitos en la universidad.

—¿Qué te dijo? —insistió Lázaro, yendo detrás de ella.

—Me preguntó primero que si Pachito trabajaba o tenía algo que ver con la industria ganadera —explicó ella tras dejar la taza en la cocina—, luego...

Las palabras se le ahogaron a la abuela en la garganta. Ella se tapó la cara con las manos y respiró hondamente. Lázaro dudó un momento, pero luego la abrazó. Se enteraría de otra forma de lo de Francisco, a la abuela mejor dejarla en paz. Ella empezó a llorar.

—¿Vamos arriba, abuelita? —le sugirió, sosteniéndola mientras ella se sacudía en sollozos—, me puedes mostrar la casa y luego vemos qué almorzamos.

Ella se demoró un rato más en calmarse. Apartándose de Lázaro, se secó la cara con las manos y soltó un suspiro.

—La señora me preguntó eso, Lazarito, y yo le dije que sí, que Pachito manejaba las finanzas del rancho del papá —dijo ella, ante la sorpresa de Lázaro—, y la vieja, la bruja esa... —continuó, pero tuvo que detenerse para normalizar la respiración—, me dijo que “eso explicaba el tamaño de la jeringa”, porque lo mataron con una jeringa de esas grandes para los animales, mijo, se la clavaron en el pecho así vacía y le mandaron aire hasta que se le reventó el corazón.

Lázaro quedó lívido. La abuela se volvió a tapar la cara, inhalando y exhalando controladamente para recuperar la calma. Con que una jeringa en el corazón; todo indicaba que el Ladrón seguía fiel a su intención de robar a cada víctima de forma más absurda y dolorosa, una ocurrencia así solo podía ser del demonio. Lázaro dudaba que fuera siquiera posible reventar un corazón humano vivo con una jeringa. Antes de que el pánico se le

subiera a la cabeza, resolvió encargarse de la abuela y la cogió de los hombros. Ella lo miró con cierta preocupación.

—Vamos a estar bien, abuelita —le dijo él—, vamos a salir de esta también.

La abuela sonrió amargamente y le cogió la mano izquierda. Lázaro le dio un suave apretón en los hombros y le sonrió, con un par de palabras, la convenció de subir las escaleras. El segundo piso tenía una oficina grande con una alfombra muy peluda en el suelo, al lado tenía un baño y una habitación con la puerta cerrada. La oficina tenía un ambiente muy agradable, pero Lázaro consideró mejor llevar a la abuela hasta su cuarto, una habitación monumental que ocupaba todo el tercer piso, para hacerla recostarse.

—Yo no estoy enferma —se quejó la abuela, ya frente a la cama—, me hace bien estar ocupada. Más bien acuéstese usted, que yo me huelo que sigue con sus problemas de sueño.

—Por lo mismo no me acuesto, abuelita, no puedo dormir, así quiera —dijo Lázaro y ella lo miró con el ceño fruncido—, ¿qué tal si vemos una película, más bien?

La abuela lo pensó un momento, pero finalmente accedió. A ella le gustaba mucho el cine, siempre que no fuera gringo, por lo que pronto estuvieron los dos acostados viendo un musical de Bollywood. Con tiempo para procesar la información al fin, Lázaro notó que al miedo lo sobrepasaba una extraña tranquilidad, la confianza de que, a pesar de ver el perro lampiño dos veces y haber tenido el episodio de las pulgas, no estaba loco. Las cosas seguían pasando de acuerdo con el patrón establecido desde hacía ya año y medio; si indagaba en lo de sus abuelos, era posible que lograra encontrar una solución a tiempo para salvarse.

Lázaro se quedó dormido a mitad de la película. Cuando se despertó, la abuela no estaba en la habitación y el reloj de la mesilla indicaba que eran las doce y media. Olía a comida y sonaba el rumor de música ranchera, el almuerzo estaría listo pronto. Sorprendido por haber podido conseguir algunas horas de sueño de buena calidad, Lázaro intentó dormirse de nuevo, pero no tuvo suerte. Bajó bostezando y recordó que no se había bañado.

—¿Abuela? —llamó desde la escalera— ¿me puedo bañar? ¿Dónde están las toallas?

—¡Se despertó el bello durmiente, el que dizque no puede dormir! —contestó ella en un tono que Lázaro no supo si interpretar como enojo o como burla—, no se me vaya a meter a la ducha que ya voy a servir.

Mientras la abuela se encargaba de eso, Lázaro se puso a inspeccionar lo que le faltaba de la casa. No reconocía casi nada de la decoración, la abuela había comprado todo nuevo, tal vez para que se viera moderno y brillante, parte de la sensación de microhábitat controlado. El cuarto cerrado del segundo piso resultó ser un depósito lleno de cajas y bolsas, con un armario empotrado a un costado que daba cuenta de que, para el arquitecto, ese espacio debía ser una alcoba. Abajo, aparte de lo que ya había visto, había un patio de ropas pequeño, con una ventana muy alta que debía tener una linda vista a la falda de la montaña, pero que estaba enrejada porque su propósito era solo de ventilación.

—¿Te ha gustado la casa? —le preguntó a la abuela, ya en la mesa—, es muy diferente al apartamento.

—Ha estado bien —contestó ella, acomodándose en la silla—, ¿quiere dirigir la acción de gracias, por favor?

Lázaro quedó desconcertado. Su abuela había crecido en una familia católica, pero no era cristiana practicante, o al menos, no lo había sido hasta ahora. De hecho, a Lázaro le constaba que la abuela había acudido a brujos en el pasado, para que hicieran limpiezas energéticas en su casa o le dieran rachas de buena suerte. Fue pensando en eso que Lázaro decidió creerle a Dariana su cuento del “trabajo”, aquella vez, también, y nada de eso encajaba con rezar al almuerzo. La abuela le hizo una seña de impaciencia al arquear las cejas y él reaccionó con una oración improvisada.

Alguna vez, hablando justamente con Dariana, habían llegado al tema de la gente que le pedía ayuda a Dios y al Diablo a la vez. A Lázaro se le hacía una tontería, el dogma católico era muy claro en condenar a la brujería como pecado; por más que Dios tuviera infinita misericordia, no tenía sentido que tolerara a la gente que le pedía ayuda mientras lo traicionaba por debajo de la mesa. Dariana se rio. Le dijo que era cuestión de lógica: si alguien realmente creía en el poder infinito de Dios, pensaría que todo el poder vendría de Él, fuera a través del Papa o de una bruja. Si no creía tanto, pensaría entonces que a la divinidad no le sobraría una ayuda de otras fuentes. Lo importante, decía ella con una sonrisa pícaro, era saber sumar bien las fuerzas para que hicieran el trabajo.

—Me llamaron —dijo la abuela cuando empezaron a comer—, el funeral va a ser el lunes por la mañana.

—Medicina Legal se demora, ¿no? —comentó él. Tenía la idea de que a sus otros familiares los habían enterrado dos días después de la muerte, por mucho, pero Francisco iba a esperar cinco.

—Podríamos hacerlo el sábado, pero las iglesias están a tope y no hay quien haga la misa.

Lázaro se concentró en su comida, una pechuga de pollo con verduras salteadas y papas al horno que obviamente había salido de un libro de recetas y una recomendación médica. Era escalofriante cómo una persona, al morir, pasaba a ser un bulto rodeado de números: turno en la capilla, precio del ataúd, cantidad de asistentes a los que había que darles tinto. No quería ir al funeral de Francisco, pero con su madre incapacitada, no tendría opción.

—Antonia me dijo que organizara eso yo —confesó, avergonzado—, ¿quién hizo las vueltas?

—Esa niña sí que es inconsciente, hola; qué va a hacer eso usted, ni más faltaba —replicó la abuela con un bufido de indignación—, le pedí el favor a su tía Liliana.

—Ella, ¿cómo está?

—Como estamos todos. Me pidió eso sí que le preguntara si alguien de la familia de su mamá querrá ir al entierro, para que nos de los datos y los podamos invitar.

—No creo que quieran ir —dijo Lázaro—, Francisco se llevaba muy mal con todos ellos. Si acaso, decirle a Martín.

—No le diga Francisco como si fuera un desconocido, Lázaro, que Pachito era su papá.

—Bueno —contestó Lázaro, sin la menor intención de hacerle caso.

—Se dice “sí señora”.

—Sí señora.

Lázaro se concentró en su comida por un rato. Quería aprovechar que la abuela había mencionado la familia de su mamá para meter la pregunta sobre la foto, pero no sabía cómo.

—¿Sabes? A lo mejor mi abuela Leonor viene al funeral —aventuró, levantándose a servir el jugo de mango—, me enteré de que mis dos abuelos fueron muy amigos hace años, puede que por eso le interese, o no sé.

—¿Y a usted quien le dijo eso? —replicó la abuela, evidentemente molesta—, su abuelo Eduardo y el negro no eran amigos, el zorro ese era una mala influencia para todo el mundo y ya, por eso lo evitábamos.

—Vi una foto en la que están juntos en un pueblo, con un perro.

—¡Ay, esa Antonia! —la abuela levantó la mano como si le fuera a pegar a algo—, ¡esa Antonia siempre con el desorden!

—¿Cuál es el problema?

—Mire, Eduardo y el negro se conocían desde chiquitos y fueron amigos, sí, pero el viejo ese era un bandido y el negro hizo bien en cortar relaciones cuando lo hizo, ¡el problema fue que no lo hiciera antes!

—¿Qué hizo el abuelo Eduardo?

—Eso pasó antes de que naciera usted, no se desgaste.

—¿Por qué es tan secreto?

La abuela lo analizó inquisitivamente. Lázaro se sentó y le sostuvo la mirada, conteniendo el enojo de que le guardaran la información, como si fuera un niño chiquito. ¿De qué servía que ocultaran los hechos, cuando las consecuencias sí las había tenido que soportar Lázaro toda la vida, si no es que iban a causarle la muerte? ¿Qué perdían con decirle la razón por la cual sus cumpleaños siempre estaban fragmentados y sus reuniones familiares siempre eran incómodas? Era culpa de ellas por no romper la foto, si tanto la detestaban y la querían ocultar.

—No me mire así —le dijo la abuela—, deje de pensar bobadas y más bien escúcheme que, ya que está aquí, quiero hacerle una propuesta. Quiero que vayamos a la iglesia.

Lázaro tuvo que hacer un gran esfuerzo para no retirarse de la mesa. Lo detuvieron los ojos aguados de la abuela y pensar que, a lo mejor, si aceptaba aguantarse unas misas o lo que fuera, le contarían por fin lo del altercado de los abuelos.

La abuela empezó diciendo que, desde que una de sus nueras se suicidara tras la muerte de su esposo, había empezado a ir a misa de nuevo. Su intención era pedir perdón por la mujer, pues el suicidio le parecía una ofensa terrible, y rogar por algo de consuelo en medio de tanta muerte. Asistió sin comulgar, por no haberse confesado, hasta que el sacerdote se dio cuenta y la abordó. La abuela le dijo que no quería confesarse porque era muy doloroso y le terminó contando lo de las muertes de su esposo, hijos y nietos, de las que se sentía culpable. El cura la reconfortó y le dijo que lo mejor era iniciar un trabajo de familia para reencontrarse con Cristo y limpiar las culpas. La invitó a unos encuentros parroquiales y ella accedió a participar, pero al entrar al primero se encontró con demasiada gente y salió corriendo, pues no quería exponerse. Pensó incluso en cambiar de parroquia para no tener que ver al sacerdote y pasar la vergüenza de que le preguntara qué había pasado, pero finalmente decidió hablar con él y pedirle una alternativa más privada, a ver qué le decía.

—Ese es el padre en La Porciúncula, la iglesia esa bonita que está al lado del centro comercial —explicó la abuela y Lázaro asintió; sabía muy bien dónde quedaba—, el padre me dijo que hablara con las monjas de la Visitación, las del monasterio que queda ahí a dos cuadras, porque ellas podían orar por mí y por la familia.

Poco tiempo después, la abuela había sacado tiempo para ir a hablar con las monjas. Le prometieron que rezarían por la familia, la abuela les pidió algo más, que le dijeran si estaba sufriendo un castigo o qué pasaba, porque se sentía desesperada. Le dijeron que se

calmara y confiara en Dios, como si fuera tan sencillo, y le dijeron que se fuera, cerrando la reja que comunicaba la clausura con la capilla para que no insistiera. Cuando ya se iba a ir, sin embargo, una monja que se dedicaba a organizar unos arreglos florales a los pies de la Virgen la llamó. Le pidió más detalles de su historia y le preguntó por los sobrevivientes, que en ese momento incluían a Francisco.

—Me dijo que quería hablar con cada uno de ustedes para evaluarlos y saber si se podían salvar —dijo la abuela, un poco agitada—, me pareció el colmo y me fui, porque cómo así que evaluar nada, si la gente nace es porque merece vivir, no hay que ir a pasar ningún examen, así que me olvidé de ella y estuve haciendo mis cositas y yendo a la Porciúncula hasta que me pasé aquí, ahora voy a la iglesia de San Luis. El caso es que, mijo, ya ahora que pasó esto, ¿por qué no vamos y hablamos con esa monja, ya que se está quedando donde Antonia y le queda ahí al frente? Ella se llama Caridad.

—¿Pero no acabas de decir que...?

—Yo sé qué acabo de decir, pero a Pachito lo mataron y no podemos darnos el lujo de no recibir la ayuda que nos están ofreciendo.

—¿Y si dice que no me puedo salvar?

—Pues no le hacemos caso y buscamos una alternativa, porque qué más.

Lázaro se acordó de Dariana y su teoría de unir fuerzas. La bruja se estaría muriendo de risa si estuviera con él en ese momento. Lázaro no creía en la cristiandad, pero su abuela en teoría tampoco y allí estaba, vuelta toda una devota por la desesperación. Podía funcionar, si ya le había creído a una bruja, podía escuchar a una monja también. La cuestión era si la teoría de sumar fuerzas funcionaba con unas tan opuestas.

—¿Esas monjas de clausura sí pueden hablar con los hombres? —preguntó y la abuela se echó a reír.

—Claro que sí, son monjas, no musulmanas —contestó ella, dándole una palmada a la mesa—, tienen unos horarios de atención, usted vaya y mire en la capilla. Puede hablar con el diácono o con el padre para que le ayude a ubicar a Caridad, también, y me avisa para cuándo agenda la cita, yo lo acompaño.

—¿Y la idea es qué, un exorcismo?

—La verdad no sé, pero un exorcismo es sacar un demonio de adentro de una persona y ni usted ni ninguno de mis hijos y nietos tiene ni tenía al diablo adentro, yo creo que debe ser una protección, pedirle a la Virgen que los guarde.

—Espero que no duela —soltó Lázaro y la abuela lo miró intrigada.

Las muertes por el corazón eran muy dolorosas; según decían, el dolor del infarto era inaudito. Lázaro no se podía imaginar el sufrimiento al morir por una inyección de aire

directa al corazón, o el ardor de recibir un disparo en la espalda, por lo que no quería probar en carne propia la creatividad creciente del Ladrón que lo perseguía. Tenía que sacar fuerzas de ese miedo para soportar cualquier padecimiento que conllevara solucionar del problema, fuera alguna locura inquisitoria exigida por la monja para probar el derecho de Lázaro a vivir, o algo que sugiriera Dariana, aficionada a tratar maleficios con picaduras de insectos gigantes, cinturones con púas y otras barbaridades. Le gustaría pensar que la salvación se podía encontrar sin ningún dolor, pero no tenía lógica, no podía ser tan sencillo.

Para su fortuna, la abuela no lo presionó para que se explicara. Después de almuerzo, le pidió que le ayudara a desempacar las cajas del depósito, a lo que Lázaro accedió encantado, esperando encontrar otra pista como la foto, algo que le diera más luces sobre los abuelos. No tuvo suerte, la mayoría eran utensilios de cocina, pedazos de las vajillas que nunca se habían reparado y herramientas varias, pero no había libros, álbumes, cuadernos ni diarios a la vista.

—Gracias, Lazarito —dijo la abuela, una vez él hubo dejado las dos bolsas de basura en el contenedor de afuera—, ¿usted se queda o se devuelve a donde Antonia? Ella me avisó que ya le consiguió su ropa y sus cosas, para que sepa.

Lázaro decidió regresar, aliviado al pensar que tendría de nuevo su desodorante y algunas otras cosas que echaba de menos. Seguía sin bañarse, lo haría donde Antonia antes de acostarse, para ver si lograba relajarse lo bastante y dormir de largo. Antes de irse, Lázaro le dio a la abuela un último abrazo, más largo que todos los que le había dado antes.

5.

Lázaro salió del apartamento sin hacer ruido a las cuatro y media de la mañana. Al llegar desde donde la abuela el día anterior, había encontrado a Antonia encerrada en el baño, en medio de un ritual de belleza eterno, y a las cosas que habían rescatado de su casa en dos bolsas puestas sobre el sofá-cama abierto. Después de revisar qué se había salvado y acomodarlo lo mejor que pudo en el estrecho espacio del estudio, se aburrió de esperar a que Antonia saliera para bañarse él, así que le dio las buenas noches a través de la puerta y se acostó. Tras dar vueltas por un buen tiempo, logró conciliar el sueño, pero el ladrido de un perro lo despertó a las tres de la mañana y ya no se pudo volver a dormir.

Hacía mucho frío para meterse a la ducha, así que se cambió de ropa y salió a la calle cubierta de niebla, con la idea de sentarse frente al edificio a ver los carros pasar. Frente a él, el monasterio al que tendría que ir, si es que le iba a hacer caso a su abuela, se erguía siniestro, como si fuera el castillo de un vampiro. En la parte de adelante, sobre la esquina de la cuadra, tenía una iglesia con torres de aguja, luego venía el muro del claustro, hecho de ladrillo rojo, con ventanas pequeñas cubiertas de barrotes y una puerta metálica que parecía la entrada a un calabozo. La fachada estaba rayada con dos firmas de grafiteros, el dibujo de un gato deforme y una cruz invertida.

A Lázaro el catolicismo le causaba desconfianza, no tenía claro por qué. Sabía que los curas violaban niños o los sacaban de países pobres para venderlos, que los pastores evangélicos robaban a sus feligreses para comprarse carros lujosos, también, pero esas no eran las causas. Tal vez visitar el Palacio de la Inquisición en un viaje a la costa, hacía mucho tiempo ya, lo había impactado más de lo que nadie esperaba, o podía ser que su cercanía con la brujería en el último año le hiciera resentir a una iglesia que, si pudiera, habría quemado a Dariana viva, colgada de un poste. En todo caso, tenía que ser pragmático: si la monja Caridad sabía algo que él no, tenía que preguntarle, y tendría que hacerlo sin la abuela, para poder exponerle a la monja todo lo que él sabía sin preocuparse por herir susceptibilidades o arriesgarse a que la predispusieran con lo de que Lázaro era paranoico.

Cuando el sol empezó a salir, Lázaro cruzó la calle y se dirigió a la puerta metálica, que tenía una hoja blanca pegada en la parte de arriba. Solo decía “atención en la siguiente puerta”, y fue entonces cuando Lázaro cayó en cuenta de que la edificación de al lado, una casa vieja de dos pisos con fachada color crema, también le pertenecía al monasterio. Las ventanas, enrejadas como las de la parte delantera, tenían varios carteles en los que se invitaba a un grupo de oración para adictos a las drogas, un congreso bíblico en Pereira, un bazar hecho por un colectivo de voluntarios para enviar donaciones al Chocó y una esquila.

EL SEÑOR

FRANCISCO SALAZAR HIDALGO

DESCANSÓ EN LA PAZ DEL SEÑOR

Le sobreviven su madre, María Teresa Hidalgo Montaña, su esposa, Matilde Rueda Esguerra y su hijo, Lázaro Salazar Rueda, quienes ruegan a sus amistades una oración por su alma y la asistencia a la misa que se celebrará en su honor el próximo lunes 9 de junio a las 3:30 de la tarde en la Capilla de Cristo Rey del Monasterio de la Visitación de Santa María (Calle 74 # 11-56), tras lo cual se le llevará a su morada eterna en Jardines de Paz (Calle 200 con autopista norte, costado oriental).

Velación en Capillas de La Fe, sala 2 (Calle 11 # 69-11).

Bogotá, 5 de junio de 2008

Si no fuera porque la hoja estaba pegada por dentro del vidrio, Lázaro la habría arrancado. No le gustaba ver nada en honor a Francisco, mucho menos algo que incluyera a Lázaro, con nombre y apellidos, “rogando” por cosas que no podían importarle menos. Además, que la misa se fuera a celebrar en la capilla del monasterio, en vez de en una iglesia grande como la que quedaba a dos cuadras, conllevaba a que la abuela, Lázaro y la monja se encontraran en el mismo sitio en tan solo unos días. Si él quería sacar la información antes de que la abuela metiera sus bienintencionadas opiniones, tenía que ser rápido y la presión no le gustaba.

Irritado, revisó el resto de los carteles. Más invitaciones a eventos, un salmo impreso con una imagen de la Virgen y, por fin, los horarios de atención. El cura atendía después de todas las misas y confesaba tres veces a la semana, las monjas, por su parte, estaban disponibles durante dos horas en las mañanas y no aparecían ni sábados ni domingos. Siendo así, su única opción era encontrar a Caridad ese mismo día, sin saber qué esperar y sin ningún tipo de preparación.

Decidió darse una vuelta larga entonces, ya que faltaban varias horas para que le abrieran y no quería volver al apartamento, presintiendo que le sería difícil no reclamarle a Antonia por incluirlo en la escuela, a pesar de saber que ella ni siquiera se había encargado de ello. Se dirigió primero al norte, pero recordó que su madre estaba internada en una clínica en esa dirección, por lo que torció el rumbo hacia el occidente, caminando con las manos en los bolsillos mientras veía a la ciudad despertar y llenarse de smog.

Muchas cuadras adelante, el olor de pan recién horneado lo hizo detenerse frente a un local cerrado, aunque la persiana metálica estaba parcialmente levantada. Faltaba un cuarto para las siete, a lo mejor abrirían pronto. Lázaro se sentó en el andén y pensó que, en una situación así, con tanto frío y toda la gente pasando alrededor llena de mal genio, un cigarrillo no estaría mal. Había aprendido a fumar en octavo noveno grado, pero lo había dejado poco tiempo después, por la persecución de sus padres y el miedo a morir que le había infundido la serie de muertes recientes en su familia. El temor de entonces le parecía ahora una muestra de optimismo, siendo que las muertes se habían vuelto tan cruentas.

Soltando un bufido de fastidio, se dio la vuelta para espiar por debajo de la persiana metálica. Pudo ver la parte inferior de una vitrina de vidrio, llena de productos lácteos, y las patas metálicas de unas sillas, que tenían puntas naranjas. Se oían chirridos y golpes, los panaderos debían estar peleando con el horno. Luego, aparecieron las patas huesudas de un perro. Muy huesudas, negras y peladas. Lázaro se sintió desfallecer, pero igual se inclinó más para ver mejor y el perro bajó la cabeza para verlo a él. Era el mismo.

Alguien tropezó con Lázaro y le gritó alguna grosería. Él le respondió de forma más soez y luego buscó al perro de nuevo, pero ya no estaba. Furioso, se levantó y miró las calles cercanas. No vio al animal, así que tenía que estar dentro de la panadería, tal vez detrás del mostrador. Tuvo el impulso de meterse a buscarlo, pero al mismo tiempo, el de correr en la dirección opuesta. Antes de decidirse, dos panaderos subieron la persiana.

—¿A la orden? —le dijo uno de ellos.

El olor a pan y el calor de la panadería se sumaron a la mezcolanza que Lázaro ya tenía en el cerebro. Se quedó mirando a los panaderos sin encontrar palabras con las que armar una frase coherente y decirles algo.

—Si quiere pan regalado busque en otro sitio —dijo el otro panadero, mucho mayor que el primero—, aquí no me venga a mendigar.

—Estoy buscando un perro —contestó Lázaro al fin—, se metió aquí, creo.

—Ah, ese verraco —se quejó el panadero viejo y se giró hacia el mostrador—, gorda, ¿el chandoso ese se volvió a meter?

—Aquí no está —contestó una mujer desde adentro.

—¿Segura? Aquí un sardino lo está buscando —dijo el panadero y se metió al local, perdiéndose de vista.

—¿Ese bicho es suyo? —le preguntó el panadero joven a Lázaro, todavía sosteniendo la persiana metálica.

—Eh, no, digo, sí. Lo quiero adoptar.

El panadero lo miró de arriba abajo y se rio, luego se puso a asegurar la persiana en su sitio. Los clientes empezaron a entrar, el panadero viejo apareció de nuevo.

—Aquí no está el traperero ese —le dijo—, ¿se le ofrece algo más?

Lázaro frunció el ceño. El perro no parecía un traperero, era calvo. El panadero le hizo un gesto de impaciencia y el estómago de Lázaro respondió con un gruñido.

—¿Me puede dar mil de pan y una avena?

Con la comida en la mano, Lázaro avanzó un par de cuerdas y se sentó en el andén otra vez, en una sección cubierta de prado ralo y polvoriento. Las manos le temblaban un poco, estaba nervioso. Quería buscar el perro hasta debajo de la última piedra y bolsa de basura, pero en vista de las circunstancias, era más sabio asumir que no era real. No podía ser real, verlo tres veces en momentos tan diferentes y perderlo de vista, así como así, lo indicaban claramente. El animal venía de la misma esquina trastocada del cerebro que las pulgas y, si algo, Lázaro tenía que admitir que su imaginación contaba con un muy buen departamento de efectos especiales.

Desayunó con afán y en algún momento se mordió la lengua. Maldijo entre dientes, pasó el sabor a sangre y miró a su alrededor, revisando que nadie lo observara. Le había molestado que el panadero lo tomara por un mendigo y ahora temía que alguien más lo hiciera, que lo trataran de indigente o lo acusaran de drogadicto, como había hecho

Antonia. Sería injusto, en la panadería vendían cigarrillos y no los había intentado comprar, él tenía casa, así no viviera en ella, y que estuviera desayunando en la calle era coyuntural, nadie tenía derecho a juzgarlo.

Tenía que regresarse pronto, las monjas no demorarían en abrir y Lázaro no sabía si tendrían una fila o el único desgraciado era él. Tampoco sabía si contarle lo del perro a la tal Caridad, podría hacerlo quedar como un pobre loco, mucho más que cualquier relato de la abuela sobre la paranoia, pero podría ser importante, a fin de cuentas, los relatos de posesiones siempre incluían una alucinación, el dato podría ser una clave para que la monja entendiera a qué tipo de demonio se enfrentaban.

Terminando el último pan, Lázaro se arrepintió de no haber intentado recuperar su cita con el psiquiatra. Tener un diagnóstico médico primero habría ayudado mucho, pues habría reducido el número de explicaciones posibles a lo del perro y las pulgas, el insomnio y todo lo demás, para actuar de forma más precisa. Eso era lo que se ganaba por cobarde, si hubiese hecho lo que realmente le convenía, habría entrado a la cita y convencido al doctor de que hablaran a pesar de no estar con su madre, pero no lo había hecho por la noticia de la muerte y porque tenía miedo. Eso era, miedo, porque se había convencido de no entrar al consultorio con el pretexto de que no era permitido, pero no podía decir que lo permitido le importaba cuando se iba a un parqueadero a fumar con sus amigos a los trece o catorce años.

Todavía con dolor en la lengua, Lázaro emprendió el camino de regreso. Estaba haciendo mucho sol y el brillo de las cosas le lastimaba los ojos, seguramente iba a llover a cántaros más tarde, otra vez. Con la excusa de buscar sombra, se detuvo varias veces, tomó un par de atajos que en realidad eran rodeos y tuvo que aceptar que le estaba ganando la ansiedad. No quería escuchar lo que la monja tenía por decir, de hecho, no la quería conocer, cada vez se le hacía menos confiable, más siniestra. Tuvo que pararse a pensarlo en serio y de repente lo entendió: el problema era que la monja podía ser un vehículo del Ladrón. El demonio quería encontrar formas más creativas de matar y la iglesia, de por sí, ya le daba un contexto extraordinario. El claustro del monasterio era un lugar ideal para cometer un asesinato, ya que no estaba vigilado ni abierto al público, y no sería raro que el Ladrón mismo hubiese movido sus hilos para cambiar el lugar de la misa justo allí. Planeaba, quizás, matarlo mientras las mujeres de la familia lloraban frente al ataúd de Francisco.

Lázaro apretó la lengua contra el paladar. Se concentró en el dolor para no pensar en que estaba aterrado y respiró profundamente. Al notar que las monjas no le daban respuestas a la abuela, el Ladrón debió ver una oportunidad para inmiscuirse y atraer a las víctimas que le faltaban, había sido él quien le había hablado a la abuela en forma de una monja que iba

en contra de toda su congregación. Era la única forma de explicar lo que había pasado, porque hasta delirio sería contradecir lo que decía la orden, Lázaro no lo sabía, pero sonaba coherente. No le convenía a ningún grupo que uno de sus integrantes ofreciera soluciones arbitrarias cuando el jefe, en ese caso la madre superiora, dijera que solo se podía rezar. Era una trampa.

Sintió alivio por haberse dado cuenta, pero al mismo tiempo, una zozobra enorme. Pasó la sangre que le salía de la lengua maltratada y empezó a caminar de nuevo. No podía saltarse el funeral, eso era una realidad, tampoco podía hacerlo cambiar de lugar, no sin muchos problemas. Nadie en su familia le iba a creer porque decían que la paranoia lo hacía imaginarse cosas, y la abuela iba a ir e insistir en que hablaran con Caridad, creyera él lo que creyera. Estaba jodido y peor que antes, porque ahora sabía que la muerte lo esperaba con un cuchillo el lunes y dos días y medio eran muy poco para encontrar una solución.

No había tiempo que perder. Si Dariana no había cambiado sus turnos de trabajo, debía estar en el pasaje comercial de la décima, porque era viernes. Ella lo podía ayudar.

6.

El perro que había tenido Dariana hacía un año, cuando Lázaro la conoció, se llamaba Grimm. Era un animal muy ancho, cruce de Pit Bull con otra cosa, de pelo gris con una mancha blanca en el pecho. No le gustaba meterse al pasaje comercial, por lo que solía deambular por el centro de la ciudad mientras su dueña salía de trabajar. Lázaro lo vio por primera vez cuando convenció a Dariana de hacerle una consulta ella misma, en vez de mandarlo a donde su “profe”. Ella le pidió que llegara al local a la hora en que cambiaba el turno, para salir juntos a la pieza que tenía arrendada cerca al hospital de La Hortúa, y Lázaro habría llegado muy puntual de no ser por Grimm, quien se plantó en la entrada del pasaje y le impidió entrar, gruñendo y amenazando con morderlo cada vez que Lázaro intentaba acercarse.

—¡No me vayas a patear al perro! —gritó Dariana, subiendo las escaleras a toda carrera, cuando vio a Lázaro alejando a Grimm con los pies—, es mío, ¡quieto, ya!

Tanto Lázaro como el perro desistieron de su pequeña pelea, pero se siguieron mirando de reojo y manteniéndose hostiles todo el camino hasta la casa donde vivía Dariana: una edificación simplona, pintada de turquesa, con rejas de forja en todas las ventanas. Lázaro se detuvo a ver los arabescos de los balcones color crema que se asomaban del segundo y el tercer piso. Este último parecía añadido de forma ilegal, pues daba directo a los cables de luz, de donde colgaban una camisa llena de grasa y dos pares de zapatos. Había rombos y cuadrados decorativos pintados por toda la fachada en un orden que Lázaro no pudo comprender.

—¿Qué es lo raro? —preguntó Dariana, rascando la cabeza de Grimm.

—¿Todas esas figuras son alguna especie de señal?

Ella se rio y sacó las llaves para abrir una puerta pequeña que parecía embutida entre los dos locales comerciales del primer piso, uno de los cuales vendía “lujos”, lo que fuera que quisiera decir eso, mientras el otro era una cigarrería. Apenas Dariana abrió, Grimm se abalanzó al interior y subió a toda máquina las escaleras estrechas y oscuras.

—¿Sí me va a dejar subir? —preguntó Lázaro con preocupación y se asomó a revisar si el perro lo estaba esperando arriba—, ¿por qué le caigo tan mal?

—No le caes mal, mi amor, es que es celoso.

—¿Es de seguridad?

—No está entrenado, pero sí.

Dariana lo urgió a entrar con un gesto de la mano. Las escaleras desembocaban en un corredor igual de estrecho con puertas cerradas a ambos lados y una ventana larga al final, cubierta con una cortina café. Toda la pared estaba bordeada de materas pequeñas con plantas y flores que se veían demasiado saludables para el ambiente en el que estaban. Grimm, parado frente a la última puerta a la derecha, intentaba meter el hocico por la rendija para lamer algo que había al otro lado.

Lázaro se secó las palmas sudorosas con el pantalón. La idea de meterse con brujería sonaba mejor en su casa al otro lado de la ciudad. Dariana espantó a Grimm para poder entrar al cuarto y le pidió a Lázaro que se quitara los zapatos. El piso era de madera algo burda y él temió clavarse una astilla, pero igual obedeció. Dariana dejó la puerta abierta y el perro se acostó en la entrada, como vigilando que Lázaro no pudiera escapar.

—¿Vives aquí?

—¿Ves una cama, acaso?

No había cama, aunque sí una camilla vieja con las ruedas trabadas entre pedazos de ladrillo. En el cuarto, que era más grande de lo que Lázaro esperaba, había además tres sillas Rimax, una mesa y un armario de madera, cajas de cartón apiladas en una esquina y más matas alineadas a la pared. Colgados alrededor de la puerta, Lázaro vio también una campana larga y oxidada, como de vaca, un crucifijo y la foto de un hombre con mostacho.

—¿Quién es?

—Un santo, pero no el que te va a ayudar.

Dariana le alcanzó una silla. Quedaron sentados uno frente al otro y ella le pidió que le contara otra vez toda la historia. Cuando Lázaro terminó, se quedaron en silencio un buen rato.

—¿Son solo tres generaciones? —le preguntó al fin—, ¿no tienes un sobrino o no está por ahí tu bisabuelo todavía?

—No.

Ella meditó otro rato, Lázaro notó que mascaba algo, pero no sabía qué. Empezaba a hacer frío y el cuarto se oscurecía por momentos.

—Lo que es bien extraño es que se estén muriendo personas tanto de tu familia paterna como de la materna, ¿el único vínculo entre las dos son tus papás?

—Sí, de hecho, todos los demás se odian. Mis abuelos, especialmente.

—¿Por qué?

—No sé. Mi mamá dice que se cayeron muy mal desde el principio y que se pelearon en la fiesta de bodas de mis papás, tal vez se ofendieron tanto que no volvieron a hablar desde entonces.

—Ah, pero ¿te refieres solo a tus abuelos los hombres? ¿O las señoras también?

—Ellas no tienen problema en encontrarse, pero no se hablan.

—¿Tus abuelos ni se encuentran?

—No, nunca nos visitan por si acaso el otro está presente. Eso dice mi mamá.

Dariana se levantó y se puso a sacar cosas de las cajas y el armario, aventurando algunas hipótesis mientras organizaba frascos, hojas de plantas, rocas, dos bolígrafos de tinta rosada y un cuaderno en la mesa. Por un lado, dijo, era posible que los viejos hubieran contratado maleficios para atacarse mutuamente y el asunto hubiese escalado hasta provocar la tragedia familiar. También podía ser que su hostilidad se debía a que sabían de algo impuro en la unión de los padres de Lázaro, la cual terminaría atrayendo la muerte. A Lázaro le sonaba más la primera opción, pero Dariana encontraba más poder en la segunda, así que se sentó, cogió el cuaderno y empezó un interrogatorio sobre la relación de Francisco y Matilde.

—Es el segundo matrimonio de mi mamá, que se quedó viuda porque se casó con diabético —explicó Lázaro, viéndola dibujar un diagrama—, tengo un medio hermano que también es diabético, se llama Martín.

—¿Conociste a ese señor?

—No.

—¿El papá de tu mamá lo quería?

—El abuelo Eduardo no quería a nadie, no le importaba sino su negocio.

—Él fue el que se murió primero, ¿cierto?

—Sí —confirmó Lázaro y sintió un escalofrío cuando Dariana tachó el nombre del abuelo. Su diagrama había crecido hasta tomar la forma de un árbol genealógico, solo que, en vez de un árbol, parecía un mapa de circuitos.

—Si era bien malo, como dices, a lo mejor lo trabajaron fue a él... y es que de solo mencionarlo ya se le siente la mala energía —dijo ella, trazando un círculo alrededor del nombre tachado—, lo raro es que se haya muerto el otro también.

Lázaro se encogió de hombros. Con un suspiro, Dariana se levantó a quitar a Grimm del vano de la puerta para poder cerrar. Luego, prendió un mechero Bunsen que había sacado del armario. Viéndola acomodar una pipeta encima, Lázaro se sintió en una versión barata del laboratorio de su colegio, pero no comentó nada. Dariana puso a quemar unas plantas y polvos de los frascos hasta que la habitación se llenó de un olor dulce y el aire se puso pesado. Lázaro creyó escuchar el paso de la sangre por las venas de sus oídos, formando una voz que no entendía y que pronto se mezcló con la voz de Dariana, quien murmuraba en alguna jeringonza.

—Un robo —dijo al cabo de un rato, analizando el humo negro que salía de su mescolanza—, fue un robo, ¿qué te robaste, mi amor?

—Nada —contestó él y tosió.

—Les están ajustando cuentas porque alguien robó —insistió ella y volvió a coger el cuaderno.

Lázaro no sabía qué podría ser. Intento concentrarse, pero el humo y el mal clima afuera (tenía que estar lloviendo, porque no era tan tarde para tanta oscuridad) se lo impedían. Quería ver mejor, pero si abría los ojos, le picaban.

—Mis abuelos tienen mucha más plata que mis papás —dijo al fin—, debieron ser ellos.

—No es de plata —respondió Dariana y se arrodilló en frente de él—, dame la mano.

Lázaro obedeció. Dariana le puso las cenizas de lo que había quemado sobre la palma y le cerró los dedos. Él se sentía muy incómodo, quería irse, pero el aire pesado lo atontaba. Se instó a tener paciencia, si eso podía servir para averiguar algo, para estar a salvo, tenía que dejar de poner problema. De repente, ella le clavó todas las uñas con una fuerza que lo hizo pararse.

—Quieto ahí, no sueltes nada —le dijo ella, parándose también—, ¡Grimm!

El perro no respondió nada. Ella apretó más las uñas contra la palma de Lázaro y él sospechó que ya le había atravesado la piel.

—¡Grimm!

Un ronquido prolongado, una especie de gruñido estertóreo, llegó desde el otro lado de la puerta. Un sonido así no lo podía hacer un perro, pensó Lázaro. Era demasiado gutural, como si saliera de una garganta llena de agua, la garganta de un muerto enterrado en el fango. La habitación ya estaba prácticamente negra. Se quedaron así varios minutos, le pareció.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó al fin—, ¿es el perro?

Dariana soltó las uñas por fin. Un escalofrío recorrió a Lázaro de pies a cabeza, se sentó de nuevo y respiró hondo, pero el olor del aire lo hizo toser. El ruido dejó de sonar, Dariana se sentó también y le abrió los dedos. Las cenizas mojadas estaban apachurradas de forma indistinta, pero ella parecía capaz de leerlas, como si fueran manchas de Rorschach.

—El Ladrón roba los corazones, eso es lo que está buscando —dijo ella en voz baja y luego se recostó en el espaldar de la silla, empujando su largo cabello para atrás—, le robaron el corazón a alguien y él está cogiendo los de ustedes en venganza. Es un trabajo muy bravo, mi amor.

Había en sus ojos una auténtica preocupación. Lázaro volvió a toser y se miró las manos. Tenía las uñas de la bruja marcadas en la palma, pero no había sangre. Dariana metió el cuaderno en su campo de visión.

—Pon eso ahí —le indicó, dándole un golpecito a las hojas con las uñas.

Ante la duda de Lázaro, ella misma le cogió la mano y le hizo aplastar las cenizas contra el diagrama, apachurrándolas hasta que toda la hoja quedó embarrada.

—Déjame ver —le pidió ella a continuación y le soltó la mano.

Mientras Dariana escrutaba las manchas en el papel, Lázaro se dio tiempo de respirar. El cuarto no estaba tan oscuro como él creía y, con el mechero apagado y nada quemándose ya, el aire ya casi no estaba cargado. El cambio era drástico. Lázaro frunció el ceño, tal vez el susto lo había hecho ver las cosas más grandes de lo que eran. No tenía la idea de ser tan llorón.

—Para salir de esto tienes que ser muy juicioso —le dijo Dariana, cerrando el cuaderno—, por ahora vete a la casa normal y estate pendiente del celular, que cuando la luna esté recién creciente, yo te llamo.

—¿Cuándo es eso?

—Dos semanas y pico. Yo te llamo.

No le gustaba la idea de esperar, pero como no tenía esperanza alguna de entender la brujería que Dariana estaba empleando, optó por confiar en ella y no replicar. Insatisfecho, se levantó de la silla y se dispuso a dirigirse a la puerta. La sombra de Grimm colándose por la rendija lo detuvo.

—¿Qué es lo que hace el perro por ti? —le preguntó a Dariana, intentando sonar lo más tranquilo posible.

—Me protege, como todos los perros —contestó ella y se puso a organizar lo que había usado para volverlo a guardar—, deberías conseguirte uno, son más efectivos que las plantas.

Lázaro se volvió a sentar y se cogió la cabeza con las manos. Había sido una mala idea seguirle el juego a Dariana, la apuesta que había hecho por conocer la verdad era demasiado arriesgada y pensar en las consecuencias no lo dejaba salir. No quería dejar atrás la seguridad de ese consultorio y la vigilancia de su guardián, así el tal lo odiara, porque ahora comprendía lo que acechaba en las sombras y tenía la certeza de que el demonio Ladrón había estado afuera, rugiendo con su garganta abismal porque el perro Grimm no lo había dejado entrar.

7.

El trayecto al local de Dariana pareció extenderse indefinidamente, como si una fuerza estuviera extendiendo las cuerdas para burlarse de Lázaro. El sol era agobiante y el aire se sentía lleno de smog; en su pecho, el corazón se le ahogaba en adrenalina y esfuerzo. Cuando por fin vio la escalera por la que se descendía al pasaje peatonal, Lázaro quiso llorar de alivio, pero se resistió. Bajó los escalones corriendo y llegó al local, en el que no había clientes. Dariana, subida en una banca tal que él no le alcanzaba a ver la cara, usaba un palo de escoba para destrabar la persiana metálica. ¿Por qué iba a cerrar, si era tan temprano?

—¡Dariana! —la llamó casi a gritos, pues un local cercano tenía música tropical a todo volumen—, Dariana, espera, ¡hey! —exclamó cuando ella intentó pegarle con el palo de escoba.

—¡Largo de aquí! —le gritó ella y le mandó otro golpe—, ¡te vi!

—Calma —pidió él y se protegió la cabeza con los brazos.

—¡Que te vayas!

—Tienes que ayudarme.

—Yo no tengo que hacer nada —repuso ella, estiró el brazo y cerró la persiana metálica de un golpe—, ¡adiós! —gritó desde adentro.

Lázaro se quedó parado, con la boca abierta. Alcanzaba a percibir los murmullos de la gente bajo la música, podía también ver a los viejitos del local de al lado, espiándolo entre la ropa fea que tenían colgada. ¿Cuál era el problema de Dariana? Lo del perro atropellado no estaba tan fresco y no había pasado nada más.

—Ábreme, Dariana.

—¡Te fuiste, te fuiste ya!

Lázaro se acercó hasta apoyar la frente en la persiana metálica. Había mucho ruido en el pasaje como para distinguir los sonidos del interior del local, pero él sabía que la bruja

estaba agazapada con el palo entre las manos, atenta a que él se fuera. Quieta. Encerrada. Lázaro le dio golpecitos a la persiana con la punta de acero de su bota derecha.

—Hay un perro grande y negro que me está persiguiendo —dijo—, es todo calvo, parece salido del infierno.

Dariana no respondió. Tal vez no lo había oído, porque había hablado en voz muy baja. La madre de Lázaro sí habría escuchado, ella tenía los sentidos exacerbados, como él. Ambos caían en cuenta de todo. La pobre debía estar allá en la clínica, detallando cada carraspeo irritado del enfermero en la habitación vecina, el dolor del gemido al final del pasillo, la grasa que le faltaba a las ruedas de las camillas.

—Mataron a Francisco.

Ella se mantuvo en silencio. Lázaro contó diez patadas más a la persiana.

—Yo no fui —aclaró, aunque sabía que Dariana nunca lo culparía.

Al no recibir respuesta, Lázaro dejó quieto el pie y apoyó ambas manos contra el metal. Así mismo como Dariana le cerraba la puerta en la cara, así se le iban a cerrar todas las puertas, en el cielo, la tierra y el infierno. Tendría que irse, espantado por el palo de la escoba de la bruja, a ver cómo las monjas le ponían candado a la ventanilla de atención para que Lázaro se viera a solas con el Ladrón y, cuando ya estuviera muerto, su familia se iba a tirar la bola de las vueltas de la funeraria hasta que llegara su madre y lo disolviera con el ácido de sus lágrimas. No podía darse por vencido, ahora que sabía el plan del Ladrón en el funeral, tenía que actuar. Si quería sobrevivir, tendría que encarar al Ladrón y vencerlo de alguna manera, solo. Lázaro soltó una risa amarga, no tenía ninguna posibilidad.

—Lo de Grimm no fue mi culpa, no me dejes morir.

—Tú ya estás muerto, Lázaro.

Los viejos del local de al lado salieron corriendo de su negocio cuando Lázaro estalló en palabrotas y maldiciones. Furioso, pateó la persiana y maldijo a Dariana en nombre de todos lo que se le pasó por la cabeza hasta que llegaron dos oficiales de policía. Quiso explicarles que la bruja lo incriminaba de algo que él no había hecho y que se sentía estafado, pero las palabras se le escapaban antes de que pudiese armar frases coherentes, por lo que, ante la ausencia de olor a trago, terminaron dándolo por drogado. Otra vez. Demasiado agobiado para pelear, Lázaro se dejó llevar fuera del pasaje peatonal y no

opuso resistencia alguna a que le requisaran de arriba abajo. Felizmente, al no encontrarle nada encima, los policías asumieron que había sido víctima de escopolamina en la calle, por lo que, en vez de amenazarlo, le ofrecieron llamar a sus padres.

—Mi mamá está en el hospital —explicó él, arrinconado contra el muro de un banco a dos cuerdas del pasaje comercial—, está en... en el hospital.

—¿Y su papá, joven?

—Déjeme ir, se va a ir la bruja.

—Las brujas no existen, joven, usted está drogado, ¿tiene el número de su papá o qué?

—Yo no tengo papá.

—¿Lo llevamos a La Hortúa? —sugirió el otro oficial—, si tiene sobredosis se nos va a morir acá.

Ante la insinuación de que se iba a morir allí mismo, Lázaro intentó cubrirse la cabeza con los brazos, pero el oficial que lo tenía sujetado no se lo permitió. Respirando lo más profundo que pudo, se preguntó qué hacer si descubría al Ladrón dentro de uno de esos policías. No parecía probable.

—Agh, Suárez, búsquele el teléfono a ver qué contacto encontramos, con los escándalos que ha habido, si nos llevamos a un menor de edad a la estación capaz nos procesan.

El oficial Suárez le sacó a Lázaro el celular del bolsillo. El primer contacto aparecía como “AA Majestad.”

—¿Quién es la reina, su novia? —preguntó el tipo, mostrando al sonreír que le faltaba un diente.

—“Majestad” puede referirse también a un hombre —contestó Lázaro.

—Ah, nos salió marica —dijo Suárez, volteando tanto los ojos que pareció que se le iban a salir—, ¿habla usted, Varela? Yo no me entiendo con homosexuales.

—Ese contacto es de mi tía —dijo Lázaro.

—¿Su tía que se llama Fernando?

—Se llama Antonia.

—Preste a ver, que estamos perdiendo tiempo —dijo el oficial Varela y cogió el celular—, le voy a gastar los minutos porque yo no tengo plan y se nota que usted es gomelito, ¿le parece?

Lázaro no tenía cómo protestar. Esperaba que Antonia contestara rápido y le dijera al oficial que lo dejaran libre para ir a buscar a Dariana para reclamarle, para decirle que él no estaba muerto todavía y que no lo estaría pronto si ella se dignaba a colaborar. Le

contaría sobre lo de la foto y la epifanía que había tenido sobre el funeral, también le diría que, si lograban acabar con el Ladrón, le regalaría el perro zombi, si es que aparecía otra vez, para que la protegiera en todos los niveles del infierno al que pensaba mandarla apenas saliera del lío en el que estaba metido. Era un acuerdo razonable, después de lo que acababa de pasar.

Antonia no contestó. Reacio a molestar a la abuela, Lázaro les sugirió llamar a Martín, persuadiéndolos al decir que se trataba de un médico.

—Más le vale que sí sea su hermano y sí sea un médico —dijo Suárez, apretándole los brazos a Lázaro más de lo necesario—, si ahora a sus cochinas le dicen “estar con el hermano” e “ir al médico”, me va a tocar dejar de hablarle a muchos compañeros de patrulla.

—Cállese, Suárez —ordenó Varela y se puso el celular en la oreja—, madure.

Martín si respondió. Varela le explicó la situación y Lázaro sintió que el aire se negaba a entrar correctamente a sus pulmones. Según el oficial, el local que Lázaro había estado pateando se encontraba vacío y cerrado, clausurado por las autoridades hacía un par de semanas por cuestiones sanitarias.

—Venga doc, el chino se ve mal, venga por él que no me lo puedo llevar al calabozo— insistió Varela, mirando a Lázaro de reojo—, ¿cuál patrulla hasta el aeropuerto? Eso no se puede hacer, páguele un taxi, ¿no es hermano suyo?

A Lázaro le temblaban las rodillas. Las piernas de Dariana no eran reales. Se obligó a recordar que el perro tampoco lo era. Más allá de eso, lo que lo perturbaba era que Martín lo estaba dejando morir y el día le había ilustrado ya suficientes maneras en las que sus familiares y amigos lo podían dejar morir. Se sentía mareado y quería recostarse, volver a la casa de Antonia y hundirse en sueños entre los cojines y los muñecos de peluche, bajo el pedazo de tul que no servía para nada. Ir a la casa de la abuela y dormir mientras gente guapa cantaba en hindi o en japonés, o tumbarse en su cama, en su casa abandonada por allá en el norte, a que el Ladrón lo encontrara ya inmóvil y le quitara el corazón sin hacer ruido, sin despertarlo.

—Joven, ¿no tiene a nadie más a quién llamar? —preguntó Varela, chequeando la lista de contactos en el celular—, su hermano el doctor como que no tiene ganas de venir.

—Llévemolo a La Hortúa y que se encarguen allá —propuso Suárez—, el partido ya casi comienza, acuértese.

—Busque a “Dariana Bruja” —pidió Lázaro.

—Y dele con sus brujas —se quejó Suárez.

—El contacto se llama así, solo llame.

—Usted pensaba agredir a esa persona, ¿no? —Varela le devolvió el celular con un aire de compasión que a Lázaro le causó náuseas—, ¿no ve que estamos aquí? No se busque más problemas, mire que está trastornado.

—Déjenme coger un taxi a mi casa.

Suárez secundó su idea con entusiasmo, pero Varela no parecía convencido. Lázaro consideró entonces recordarle al primero su plan de enviarlo al hospital de La Hortúa, así podría volarse al inquilinato donde vivía Dariana muy fácil, ya que quedaba tan cerca. Sospechó, sin embargo, que lo iban a encargar con las enfermeras, si es que no se lo quedaban vigilando los policías mismos, tal que no pudiera escapar. ¿Y si aprovechaba y se hacía atender por un psiquiatra? Cuando los médicos comprobaran con un examen que Lázaro no estaba drogado, entenderían que su comportamiento justificaba una evaluación psiquiátrica urgente y hasta se saltarían el requisito de que apareciera un mayor de edad, o al menos obligarían por fin a Martín a mover un dedo y acompañarlo. Ya con alguna prescripción para poder dormir, podría buscar a Dariana, la verdadera Dariana, y también a la falsa, la que le había mandado el escobazo, el Ladrón. No podía ser sino él quien lo estaba engañando, mostrándole perros y brujas imaginarios, y no podía esperar para encontrar alguna manera de agarrarlo por el cuello, descabezarlo y hurgarle dentro hasta encontrarle todos los corazones que se había tragado.

—¿A qué dirección le pedimos el taxi? —preguntó Varela, sacando a Lázaro de su ensimismamiento—, ¿hay alguien que lo reciba? ¿Tiene llaves?

—¿Qué?

—¿No dijo que se iba en taxi a su casa?

—El... hospital.

—Sí, ya sé que su mamá está en el hospital, le estoy preguntando otra cosa.

—Échelo al taxi y ya, Varela.

Suárez le sacó la mano a un taxi que venía. Lázaro quiso protestar, pero no encontraba las palabras, sentía que la quijada se le había encalambrado. Varela se restregó la cara con una mano hasta casi aplancharse la nariz; cuando paró el taxi, metió a Lázaro a la fuerza, protegiéndole la cabeza como se hacía con los borrachos para que no se golpearan contra el marco de la puerta, y le intentó poner el cinturón de seguridad. Para sorpresa de nadie, al taxi no le servía el cinturón de seguridad.

—Si no quiere su placa reportada al tránsito, más le vale que este chino llegue bien a su casa —amenazó Varela al taxista, quien no parecía muy impresionado—, de hecho, ¿sabe

qué? Apenas lo deje, se reporta en un CAI para que me avisen aquí a la estación de San Victorino.

—Yo más bien como que no le hago la carrerita, comandante.

—Hace la puta carrera y ya, que ya empezó el partido y ustedes siguen aquí mamando gallo —dijo Suárez, apoyando una mano en su arma de dotación.

El taxista le mandó una mirada de odio a Lázaro por el retrovisor, se despidió de los policías y arrancó, aunque nadie le había dicho a donde iba. Lázaro no tenía afán de indicarle tampoco, la oportunidad perdida de ver al psiquiatra le consumía los sesos. Todo era culpa del maldito de Martín, si se hubiese dignado en aparecer, estaría en la estación médica del aeropuerto, hablando con algún colega de su hermano acerca de cómo salir de ese infierno. No tenía tantas cosas en qué pensar, pero cada una le causaba tanta angustia que su mente no daba abasto. Había pepas para eso, estaba seguro. Recordó a los policías preguntándole qué se había fumado, la memoria se le cruzó con Antonia haciendo la misma pregunta y le entró un ataque de risa.

—¿Para dónde es que vamos? —le preguntó el taxista, lleno de irritación.

—La Porciúncula.

El taxista dobló por el siguiente semáforo. Lázaro se tapó la cara para disimular la risa. Ya no sabía qué esperar, ni qué hacer. Podría llamar a Dariana al celular, ya que debió hacerlo antes de salir corriendo como un imbécil hasta el centro, contarle que tenía un doble demoniaco y pedirle ayuda. Alternativamente, podía esperar hasta el lunes y poner su corazón en bandeja. Si le quedaban ganas, de hecho, podía preparar todo para que su muerte fuera menos patética que las demás: tendría que escoger un hueco del cementerio, pedirle perdón a su mamá, mandar a Martín a la mierda, comprarse una camisa negra que contrastara bien con la seda blanca del ataúd, escribir una carta explicando lo que sabía, por si querían salvar a su primo menor. Miró la hora. Todo sería un engorro, nadie en su familia le creía, no lo iban a enterrar con la camisa que él quería y no le gustaba esperar. Mejor visitar a las monjas y hacerse matar de una vez, ya que seguían atendiendo.

—¿Aquí está bien? —preguntó el taxista. Lázaro miró por la ventana y vio la fachada de la capilla del monasterio. La Porciúncula estaba más lejos, que el hombre parara justo ahí era una señal.

—¿Cuánto es?

—Ocho —contestó el hombre y alargó la mano hacia el asiento de atrás—, diez por lo de ir hasta el CAI ahorita.

Lázaro no protestó. Ya frente a la iglesia, dudó en entrar. Se estaba imaginando un videojuego en el que lucharía contra una horda de monjas asesinas, poseídas por el demonio,

lo cual era tan estúpido que ni siquiera le daba risa. En vez de estar causando desorden público, debería encerrarse en el apartamento de Antonia, como ella quería, hasta que llegara la hora de irse al más allá, ojalá sin hacer tanto ruido, para no molestar a la abuela. Cansado, analizó la fachada, llena de puntas labradas como si el arquitecto quisiera evocar el fuego del infierno. Parada en una de las tantas aristas, la estatua de un hombre que no parecía ser Cristo, aunque tenía aureola, se erguía con dificultad. Parecía que el escultor se había aburrido de esculpirle el cuerpo a la mitad, porque el tronco era demasiado grueso y cuadrado. En una mano sostenía un báculo y en el otro una bandeja o una urna, no se alcanzaba a ver bien. Lázaro sintió un impulso arrollador de trepar hasta allá y ver el contenido del recipiente, ¿tendría un nido de pájaros, tendría el corazón de Francisco, ya pudriéndose? Sabía que, si subía, terminaría cayéndose del tejado y el trabajo del Ladrón quedaría hecho gracias a una de las puntas, las llamas de piedra, en la que quedaría ensartado como un pez.

No entendía como se podía tener tanto ruido en la cabeza. Los pensamientos se agolpaban en torrente, llenándole todas las esquinas del cerebro e impidiéndole concentrarse en decidir qué hacer, qué desear. Ridículas o no, veía formas de morir en todas partes y tenía miedo, no de la muerte en sí, sino de las ganas incontenibles de irse de frente para ganar un poco de silencio.

Tal vez escuchar música lo calmara un poco. Tras un álbum o dos, a lo mejor la mente ya se le habría callado y se podría concentrar. Resuelto a echarse en el sofá-cama de Antonia a poner metal toda la tarde, se dio media vuelta para ir al apartamento y vio al perro lampiño sentado a un metro de él, en el borde del andén.

Por supuesto que al maldito perro le iba a dar por aparecer. Todos los modos posibles de reaccionar ante la aparición se sumaron al caos dentro de la cabeza de Lázaro, quien, sumido en el marasmo de la situación, no hizo caso a ninguno y ni siquiera se movió. El animal se paró y se estiró con un bostezo, luego, se empezó a acercar y Lázaro sintió piquiña en los brazos.

—Ya no me engañas —susurró, resistiendo con toda su fuerza el deseo de dar un paso atrás, hacia la iglesia—, vete.

El perro se detuvo y lo miró intensamente. Qué animal más horrendo. No era el Ladrón ni estaba conectado con él, Lázaro lo sabía sin entender cómo, pero estaba asqueado, harto de verlo aparecer y de no entender el mensaje que quería transmitirle con sus ojos mequinos. “Si me ves es que estás loco, Lázaro”, podría ser, “soy la luz al final del túnel”, era otra opción. La luz no tenía por qué ser un perro, menos aún uno negro, Lázaro quiso estrujarse el cerebro con las manos para que dejara de producir tanto mensaje incoherente.

—Vete —le repitió.

El perro abrió la boca. Los dientes eran amarillos, casi marrones, carcomidos por bacterias. En el medio, la lengua era demasiado grande y venosa, removiéndose como un corazón expuesto. Lázaro contuvo una arcada, dio media vuelta y corrió dentro de la capilla, rogando porque el animal les tuviera aversión a los crucifijos.

—Oye, ¡oye! —lo llamó la voz de una mujer—, no puedes entrar así.

El eco de la voz se esparció por las bóvedas de la capilla, oscuras a pesar de la hora del día. Falto de aire, Lázaro hizo un alto detrás de una de las columnas y se encontró con un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, en el que el dios sonriente señalaba las espinas que alejaban a los rateros de su músculo cardíaco. Si tan solo él tuviera algo así, o por lo menos entendiera qué estaba pasando. El cansancio se apoderó de su cuerpo y estuvo a punto de hacerlo acostarse en una de las bancas de la capilla. La monja que le había gritado llegó a su lado, Lázaro le reconoció la verruga. Era la misma que lo había encontrado frente a la iglesia hacía un par de días, cuando estaba huyendo del perro y las pulgas. Todo el mundo tan oportuno.

—Necesito ver a Caridad —le dijo él, mirando al piso para evitar la verruga y las náuseas que conllevarían verla de nuevo—, aquí hay una monja que se llama Caridad, ¿no?

La señora se santiguó, le dijo que sí y le indicó con un gesto que esperara en la banca más cercana. Lázaro obedeció, así una parte de su mente le gritara que se levantase, que huyera porque la monja, en vez de llamar a su compañera, iba a traer personal de seguridad para sacarlo de la capilla y tirarlo a la merced del perro. Otra parte, mirando aún el cuadro del Sagrado Corazón, le recordó que solo podía morir a manos del Ladrón, lo que lo hacía invulnerable a las bacterias de la boca canina. En el entretanto, Lázaro vio a la monja caminar hasta un costado del altar y hablarle a otra, muy alta y flaca, como un alien. Incómodo al verlas cuchichear sobre él, chequeó de un vistazo la entrada de la capilla, por si ahí seguía el perro, pero no lo vio. Al menos una cosa había salido bien, el bicho se había ido.

—Buenos días.

Lázaro se sobresaltó. La monja de la verruga y el alien se habían ido; al final de la banca, con los brazos cruzados, había otra, tal vez igual de alta a él. Una camándula de plata muy larga pendía de su cuello y ella estrujaba la cruz de la punta con dedos huesudos, en los cuales sus anillos dorados se veían demasiado grandes. En los ojos, de un color indistinguible, Lázaro percibió una tensión malsana, como si, ante cualquier descuido, la cara de la religiosa pudiera transfigurarse para mostrar un gesto feroz de odio, del infinito desprecio que parecía llenarla por dentro. Vista así, la mujer no estaba tan lejos del escenario mental sobre monjas posesas asesinas.

—Buenos días —repitió la mujer.

—Hola —balbuceó Lázaro y se paró de la banca—, ¿Caridad?

—No se parece mucho a su abuela, ¿no?

El comentario estaba fuera de lugar, pero Lázaro había perdido la capacidad de sorprenderse. Además, la verdad, no, no se parecía casi a su abuela Teresa.

- Necesito ayuda —dijo—, mi abuela dijo que usted podría dármela si pasaba una prueba.
—Yo no dije eso.
—Eso entendió ella.
—¿Cuál de los cuatro es usted?
—Solo quedamos tres.

Caridad se giró hacia la pared donde estaba el cuadro del Sagrado Corazón. Lázaro cayó en cuenta de que lo descolocado del comentario de la abuela venía de que la monja no tenía por qué saber que él venía de parte de su abuela, pero, pensándolo bien, no debía entrar a ese lugar mucha gente como él, mucho menos preguntando por ella por el nombre, así no era descabellado que lo hubiese deducido.

- Hay una misa aquí por el último al que mataron, el lunes —dijo él, ella no se movió—, ¿qué tengo que hacer?
—Esta es la Casa del Señor, aquí no hay pasos por dar ni una lista que llenar —aclaró Caridad y lo miró con sus ojos ponzoñosos—, no me hable como si fuera una bruja.

Lázaro levantó las manos, abrió la boca para decir algo, se arrepintió y dejó caer las manos. ¿Debía recitarle salmos hasta que uno la inspirara a ayudar? Lázaro no se sabía ninguno, no tenía idea de cuál era el protocolo. Dariana, al menos, le había enseñado cómo aproximarse a los rituales que ella hacía; en vista de la actitud de Caridad, resultaba hipócrita que la Iglesia se quejara por lo supersticiosa que era la gente, era culpa de su elitismo impropio que la gente terminara acudiendo a los brujos.

- Explíqueme cómo funciona entonces esto, lo que le dijo a mi abuela —insistió, dando un paso al frente—, no sé nada, pero quiero aprender.
—Para salvarse.
—Ese es el punto —dijo él y se sintió bañado en desaprobación—, ¿la iglesia no promete la salvación?
—Ya no estamos en la Edad Media.
—¿Para qué le dijo a mi abuela que nos enviara?
—Siéntese.

El río de pensamientos de Lázaro pareció acallarse, aplastado por la perspectiva de tener que escuchar un sermón religioso. No le quedaba suficiente energía para una discusión teológica, ni para un juicio moral improvisado, ni para nada. Lo mejor que podía hacer era irse, pero silencio era silencio, por lo que se sentó y se dispuso a poner la misma cara de atención postiza que había usado durante toda su vida escolar.

- Librarse del demonio es cuestión de fe y la fe no tiene recetas ni técnicas, no se prueba ante nadie más que el Señor —comenzó la monja y luego recitó, hablando lento—, “por

gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.”

—¿Y para qué tanto rezo y tanta cosa, entonces? —preguntó Lázaro, gesticulando con las manos para señalar la opulencia de la capilla.

—Es lo que colectivamente hemos probado para alcanzar la visión de la divinidad, el legado de los santos que nos enseñan sus caminos como referencia —contestó ella, sentándose junto a Lázaro—, cada travesía es personal.

—Si encuentro a Dios y consigo fe en cuatro días, ¿me salvo entonces?

—¿Por qué cuatro días?

Lázaro consideró contarle todo el contexto de la maldición y lo que sabía sobre el funeral. Como eso conllevaba inculpar a las monjas de su próxima ejecución, decidió irse por las ramas.

—Me llamo Lázaro.

La monja arqueó una ceja.

—Nací sin signos vitales. Una enfermera me resucitó cuando el médico me había dado por perdido —explicó él—, como era diecisiete de diciembre y la señora era muy creyente, pidió que me llamaran así. El nombre en realidad iba a ser Diego.

—¿Y eso viene a qué?

—San Lázaro duró muerto cuatro días —respondió Lázaro mientras sentía el calor subirse hasta la punta de las orejas—, estoy muy cansado, lo siento.

—Abandone ese delirio de predestinación —dijo Caridad y se sobó la barbilla—, el orgullo es una tentación del demonio. ¿Alguna vez se ha sentido cerca de Dios?

Lázaro se escurrió en la banca. Esa era una pregunta difícil.

—No sabría decirlo, mi familia nunca fue muy creyente.

—Su familia no tiene nada que ver.

—Es que sin guía no se puede.

Caridad soltó un bufido de frustración. Era sorprendente que la cruz de su camándula no estuviera torcida, porque no paraba de apretarla y manosearla.

—Como dije, cada travesía es personal —dijo al fin y soltó la cruz—, la presencia del Señor está en toda su creación y cada persona puede distinguirla en mayor o menor medida, de acuerdo con sus cualidades espirituales y sus circunstancias. Para acercarse a Dios, cada persona puede labrar su propio camino desde cero o acudir a la guía de la tradición y adherirse al dogma que ya se ha revelado.

—¿Cómo encajan nuestras muertes ahí?

—Desviaciones.

Lázaro esperó que Caridad dijera algo más, pero ella solo volvió a coger la cruz de su camándula.

—¿Quiere decir que cada cual se buscó su muerte por desviarse del camino a Dios?

—Eso implicaría que Dios deseó su muerte, lo cual es blasfemia.

—En la Biblia dice que Dios mató a un montón de gente.

—Judíos. Alegorías. Nada en la Biblia se puede interpretar literalmente.

A Lázaro le dio risa el desprecio con el que la monja se refería a los judíos. El circo el lunes iba a estar bárbaro, un espectáculo de monjas posesas asesinas nazi. En serio necesitaba dormir.

—¿Podría ser una maldición? —aventuró, para distraerse—, no sé si mi abuela le habrá contado que tengo esa teoría.

—“Como gorrión perdido o golondrina sin nido, la maldición sin motivo jamás llegará a su destino” —recitó ella—, lo primero que debe trabajar es su credulidad frente a la brujería, sospecho que ha estado viendo mucha televisión.

—¿Por qué? —se quejó Lázaro, a quien empezaba a pesarle la cabeza—, lo que acaba de recitar confirma que las maldiciones existen y no me cuesta creer que la nuestra sí tenga motivo, es decir, viendo a mi familia se me ocurren mil motivos.

—El quinto cuarto mandamiento de la ley de Dios exige honrar a padre y madre, lo que en efectos prácticos consiste en respetar y reconocer a la familia, sin abandonar, ofender ni calumniar.

—Pues todos pecaron dejándome morir —replicó Lázaro, tal vez alzando mucho la voz y enderezándose en la banca—, ¿sabía que vengo del centro, donde mi dizque hermano se negó a rescatarme de la policía? ¡Ni siquiera cometí un crimen, solo le estaban pidiendo que me llevara al médico! ¡Todos se niegan a dejarme ver un médico, me quieren ver morir!

—Ya es suficiente.

—¡Lo es! —exclamó Lázaro y se intentó poner de pie, pero la cabeza le dio tres vueltas y lo obligó a quedarse donde estaba—, vivo aquí en frente, en Los Saucos, apartamento cuatrocientos dos. Si me desmayo le avisa al celador, él se encarga.

—¿Siente que se va a desmayar?

—Uno no sabe bien cuando se va a desmayar, yo solo le digo porque me siento muy mal

—replicó Lázaro y subió una pierna a la banca para abrazarse la rodilla—, íbamos en lo de mi familia, ¿qué se puede hacer? ¿la biblia dice algo?

—Cristo Jesús se sacrificó para redimir a todo el género humano, en la eterna misericordia de Dios, todo está perdonado y lo que usted está diciendo son tonterías.

—Que matan. Me van a matar el lunes.

Caridad se mantuvo en silencio. Lázaro intentó verle la cara, pero puntos blancos bailaban en su campo visual, haciéndose cada vez más numerosos. Había hecho bien en decirle a ella la dirección de Antonia.

—La fe cristiana se basa en el amor y el perdón —dijo ella y le puso una mano en la rodilla—, esas son las cualidades fundamentales para aceptar al género humano, tan lleno de fallas por naturaleza. Busque el amor para perdonar a su familia, sea lo que hayan hecho, perdone y será perdonado.

—Lo que hicieron es tan grave que no me lo han querido contar.

—Nada es tan grave como para desmerecer el perdón de Dios —afirmó Caridad y, por un momento, la tensión del odio en su cara dio paso a una sonrisa, una pequeña y desdeñosa—, la maldición es, en realidad, un conjuro que trae al mundo penas que deben quedarse bajo la jurisdicción del Juez Supremo, castigos aplicados injustamente antes de tiempo que se disuelven ante su presencia divina. Es cuestión de tener fe.

—¿Tener fe de que Dios se va a fijar en mi caso antes de que sea tarde?

—No se autoimponga la presión del tiempo. Usted no se va a morir el lunes.

Lázaro cerró los ojos. Era eso lo que quería oír, nada más.

—Aprender a perdonar requiere fe y disciplina —dijo ella y le palmeó la rodilla— creo que debe irse a descansar. Si necesita volver a hablar, puede encontrarme aquí, pero por favor haga la fila.

A Lázaro le dio risa. Eran muy extraños los negocios con el cielo.

—¿Le molesta si me quedo aquí un rato? —preguntó al sentir que ella se levantaba—, estoy mareado.

—¿Llamo al vigilante para que lo suba a su apartamento?

—No... solo deme un rato.

Caridad se alejó sin decirle nada. Lázaro se tomó el tiempo para inhalar y exhalar profundamente. Hurgó en el bolsillo en busca de alguna golosina, siempre tenía una por si le hacía falta un poco de energía. Con eso, ya era cuestión de llegar al apartamento sin hacer drama, comer más para aguantar lo que hiciera falta y seguir al norte, a buscar a su mamá.

8.

Hacía tiempo, el terapeuta de la madre de Lázaro le había solicitado a él y a Francisco que asistieran a una serie de sesiones para complementar el tratamiento del trastorno límite de la personalidad que ella llevaba desde hacía un año. Francisco, argumentando que el trabajo lo mantenía muy ocupado y la clínica le quedaba lejos, había ido solo a las primeras dos. Aunque Lázaro había querido completar el ciclo, su madre misma, atormentada por lo incómodo de las sesiones y porque Francisco no se dignara en aparecer, le había exigido al terapeuta no llamarlo más después de la cuarta ocasión. Desde entonces, Lázaro no había vuelto a entrar a esa clínica.

El sitio era acogedor, rodeado de jardines, pero a fin de cuentas blanco y frío, como todos los hospitales. Desde la recepción, se alcanzaban a ver dos salones con piso de espuma, en uno de los cuales una señora muy sonriente dirigía una dinámica con niños consistente en, al parecer, un juego de ponchados con preguntas existenciales de penitencia. El recepcionista le había dicho que su madre acababa de terminar una sesión grupal y estaría disponible en media hora.

Había encontrado en la mesa de recepción una cartilla sobre medicina del sueño. La fundación que manejaba la clínica había abierto un ala nueva solo para investigar en el área y prometían toda clase de soluciones que sonaban demasiado bien para ser ciertas. Leyendo por enésima vez el apartado sobre técnicas de tratamiento cognitivo conductual del insomnio, Lázaro dejó correr la ilusión de un futuro en el que, librado del Ladrón y con su madre dada de alta, podría asistir con ella y solucionar ese problema del sueño y así seguir con su vida, que parecía en pausa. Podría entrar por fin a la universidad, aunque no sabía a estudiar qué, conseguir un par de amigos nuevos, conseguirse un gato, ponerle un chip y llevárselo cuando estudiara un posgrado en Canadá.

—¿Familiar de Matilde Rueda? —preguntó una enfermera en el corredor.

Un hormigueo se extendió por la piel de Lázaro hasta aguarle los ojos. Se sentía culpable por estar allí, luego de haber dejado a su madre sola. En vista de lo que había hablado con Caridad, lo cierto es que era un tremendo pecador, había violado y pisoteado de todas las formas posibles el mandamiento aquel de honrar a los padres. Por eso mismo había salido a la clínica luego de comerse lo que encontró en la nevera de Antonia a toda velocidad, era su primer paso a la redención, pero saberlo no lo hacía más fácil.

—¿Familiar de Matilde Rueda? —preguntó de nuevo la enfermera y Lázaro le hizo una señal—, siga, por favor.

Lázaro se levantó tambaleante y se limpió las manos sudorosas con el pantalón. Más les valía a los médicos haber revisado el estado de ella antes de autorizar la visita, porque no podría soportar que su madre entrara en otra crisis al verlo... si es que no entraba en crisis él.

Caminó con esfuerzo a lo largo de varios corredores y una escalera, pero faltando dos metros para llegar a la puerta de la habitación, tuvo que detenerse. Él no debía estar allí. Se había prometido a sí mismo que no la vería hasta que solucionara lo del Ladrón, pero ahí estaba, planeando cómo usar a su madre para salvarse, como un cobarde, luego de haberla abandonado a sabiendas de que ella no tenía a nadie más. La abuela se había ido al Llano sin celular, los tíos estaban muertos, las tías se escondían, Francisco se había hecho matar y Martín había reclamado el extraño derecho a no hacerse cargo de nada por ser el mayor, o por haber perdido al padre primero, o por ser descarado y ya. Lázaro era el único que podía acompañarla y había fallado miserablemente.

La enfermera se asomó desde la habitación y se acomodó las gafas de ojo de gato para enfocar mejor su mirada de fastidio. Lázaro apoyó la espalda contra la pared, se dejó resbalar hasta quedar sentado y escondió la cabeza entre los brazos. Tras unos segundos, escuchó los pasos de la enfermera hacia el fondo del corredor.

—Perdone que lo moleste, doc —dijo la enfermera a lo lejos—, ¿puede venir un momentico?

El doctor, que tal vez andaba en pausa, tomándose un café, respondió alguna cosa, Lázaro no le puso atención. Consideró esperar a que el hombre llegara para armar una escena y hacer que lo mandaran a urgencias, al ala sobre la medicina del sueño que aparecía en el folleto. Luego lo pensó mejor y se levantó con la idea de entrar antes de que llegaran a preguntarle qué pasaba, pero el médico ya estaba enfrente y la enfermera ya tenía un pie dentro de la habitación.

—Lázaro, me imagino —dijo el hombre, que no llevaba bata ni uniforme.

—Sí —contestó él y se peinó el cabello con los dedos—, mi mamá está adentro, si no le molesta... —añadió, haciendo un ademán para indicarle que lo dejara pasar.

—¿Se encuentra bien?

—No.

El doctor entrecerró los ojos, inquisitivo. Lázaro mismo estaba sorprendido por lo ramplón de su respuesta, aunque era de esperarse, ya que estaba hablando por fin con un médico, tal vez un psiquiatra, si estaba de suerte.

—Sus familiares han considerado prudente no tener a doña Matilde al tanto de su situación, ¿me puede explicar por qué?

—No.

—¿Alguno de sus familiares sabe que usted está aquí?

—No.

El doctor era muy bajo, pero de espalda ancha y brazos fuertes, como si fuera un tronco viejo. Lázaro podía imaginárselo controlando sin ayuda a un paciente agitado, alzándolo como si fuera una grúa. No podía enfrentarse a él, todavía veía algunas motas blancas de su aturdimiento en la iglesia y el estómago le daba vueltas, carcomido por los nervios. Mejor sería irse, si no lo iba a dejar entrar. A fin de cuentas, sabía que no debía entrar.

—¿Ha tenido algún tipo de asistencia psicológica, Lázaro? —preguntó el doctor.

—¿Puedo hablar con mi mamá?

—Por supuesto que sí, quiero asegurarme primero de que el encuentro de ella con usted va a ser beneficioso para los dos.

—Podrían haberme denegado la entrada en la puerta del hospital en vez de aquí.

—Insisto en que no le estamos denegando la entrada, queremos ayudar, es lo que hacemos

—dijo el hombre y se cogió las manos por detrás de la espalda—, quiero ver más allá de lo que me relató doña Matilde y lo que me dijeron sus familiares acerca de usted, Lázaro.

—Puede preguntarle de mí al terapeuta que tenía mi mamá, se llama Carlos Villamil —replicó él y se metió las manos a los bolsillos—, ¿o es que no tienen archivos de historia clínica?

—¿Y para qué ver el reporte de un colega que ya no trabaja aquí sobre lo que vio de usted hace años, cuando usted en persona está frente a mí? Estará de acuerdo conmigo en que las circunstancias de entonces y las de ahora son muy diferentes.

—No hay plata para pagar dos tratamientos, déjeme hablar con mi mamá.

El doctor frunció los labios, dolido. Con que, al parecer, no hacía lo que hacía por dinero. Era un alivio saber que la madre de Lázaro contaba con un profesional aparentemente decente, era mortificante entender que esa ayuda no iba a ser para él. No sabía si había dinero suficiente o no, en realidad, pero todo se veía costoso, Dariana se había esfumado y hacer lo que Caridad decía tomaría más de cuatro días. Lázaro miró al suelo e intentó procesar que se estaba resignando ya a morir.

—Bueno, hable con su mamá y cuando salga pase allí a la oficina, que algo podremos arreglar —dijo el doctor y le puso una mano en el hombro—, no deje que la negligencia de su familia frente a los acontecimientos lo derrumbe, Lázaro, hay soluciones para todo.

Como Lázaro no se movió, el doctor lo terminó guiando hasta la puerta, le dio un par de palmadas amigables en la espalda y se fue. El cuarto era pequeño y de paredes blancas, con todos los muebles romos y de color gris. La ventana daba a un jardín, que se veía ligeramente distorsionado, tal vez porque el vidrio era muy grueso. Sentada en un diván lo más cerca posible de la luz del día, la madre de Lázaro se dedicaba a llenar un libro de sudokus.

—Hola, mamá.

Ella levantó la vista y se bajó las gafas para verlo mejor. No tenía ojeras, parecía que había dormido bien. Lázaro se arrepintió de no haber preguntado qué medicamentos le estaban dando, si es que tenía medicamentos.

—¿Te perdiste, muñeco? Me dijeron que habías llegado hace como una hora.

—¿Puedo seguir?

Ella dejó el libro de sudokus sobre el diván. Lázaro entró a la habitación, viendo dónde podía sentarse, que no fuera la cama. Había una banca con una pata encadenada a la pared.

—¿Qué has estado haciendo, por qué no te has comunicado? —preguntó ella apenas lo vio acomodado, sin levantarse del diván—, no estoy en una prisión, ¿sabías? Aquí tengo mi celular, cargadito y funcionando.

—No sabía.

—Y no preguntaste tampoco, ¿cierto? Cuando Antonia me llama no me da ni saludes tuyas, y a propósito, no entiendo por qué te fuiste a donde ella.

—No quería molestar.

—Como si esa culicagada supiera qué darte de comer, mira que ni se ha fijado que tienes sucio el pelo, ¿cuándo fue la última vez que te lo lavaste?

—Hace unos días.

—¿Hace cuantos días?

Lázaro no se acordaba. Sabía que no se había bañado desde que mataran a Francisco, más allá de eso, no tenía presente cuando se había lavado el pelo la última vez.

—Tienes que afeitarte también, te ves como un ñero —se quejó ella, cogió el libro de sudokus y lo volvió a dejar donde estaba —, ¿sí te has estado quedando con Antonia, cierto? No has estado en la calle.

—Estoy en el sofá-cama.

Si en realidad se veía así de mal, se explicaba por qué los panaderos del local donde estaba el perro esa mañana lo habían tomado por un mendigo. No había espejos en la habitación para corroborar, así que Lázaro se conformó con tomar nota mental y llegar al apartamento de Antonia a asearse en serio, así tuviera que esperar hasta media noche a que su tía desocupara el baño.

—¿Y cuando vas a volver a la casa?

—Supongo que cuando vuelvas tú —respondió él, aunque el recuerdo de sus cosas volando por la ventana lo hacía dudar—, ¿te han dicho cuándo...?

—Yo puedo irme cuando quiera.

Lázaro miró fugazmente la puerta entreabierta. No había médicos ni enfermeras, nadie monitoreando ni preocupándose por lo que pasaba en esa habitación. Su madre tenía que estar muy bien, ya todo el personal confiaba en ella, lo que significaba que, si no había

regresado a la casa a poner orden, era porque no quería, porque se sentía más segura con los doctores o porque le daba tanta pereza como a Martín lo de encargarse del funeral.

La preocupación y la culpa se disolvieron para darle paso a la rabia. Era él quien no podía dormir, era él el que estaba siempre al límite, viendo alucinaciones que le hacían arrancarse la piel con las uñas y correr hasta desmayarse, el que se ahogaba en angustia, el que debería estar en ese hospital, recibiendo asistencia psiquiátrica, pero como ella se había adelantado al tirarle la vida por la ventana, entonces ella acaparaba toda la atención, recibía los cuidados y pasaba los días en un hotel bonito, jugando a lanzar pelotas de caucho y contarle a los pacientes vecinos lo malo que era su hijo, el “asesino”, el que tenía la culpa de que a ella le pusieran los cachos.

—¿Qué tanto miras la puerta? —preguntó ella—, ¿por qué quieres irte tan rápido?

—Los doctores me dijeron que la visita era limitada —mintió él y entrelazó los dedos de las manos—. Mamá, en el apartamento de Antonia hay una foto en la que aparecen mis dos abuelos, ¿por qué no me habías dicho que fueron amigos?

Matilde se puso roja. Lázaro frunció el ceño.

—Ni Antonia ni la abuela me quisieron explicar qué pasó y yo quiero saber, tengo derecho —insistió, apretándose los dedos para controlarse y no alzar el volumen de la voz—. ¿Por qué pelearon y cuándo fue?

—Debiste haber confundido a alguien en la tal foto con tu abuelo, muñeco, ellos nunca se quisieron.

Cuarto mandamiento: honrarás a tu padre y a tu madre. Padre muerto por cabrón y madre diciendo mentiras obvias mientras se revolcaba en ayuda y beneficios que ya no necesitaba.

—Si no me dices qué pasó, no voy a volver a la casa y no me vas a volver a ver.

Lázaro apretó la mandíbula al ver que su madre se enderezaba en la silla, como si la estuvieran llenando de aire y se fuera a reventar. Era un buen momento para que entraran los médicos a ponerle tranquilizantes a los dos y salvar la situación, pero eso no iba a pasar, todos debían estar atendiendo a la gente que tenía problemas de verdad, o tomando café.

—Yo soy tu mamá, estás bajo mi responsabilidad, ¡no puedes...!

—Puedo denunciarte por violencia doméstica para que te quiten la patria potestad e irme, ya sabes que el TLP no cuenta como recurso en casos de abuso.

—¿Cuál abuso? ¿Qué...?

—¿Te vas a inventar que tener trastorno límite causa amnesia? —Lázaro sentía que vomitaba las palabras en vez de decirlas, por lo mismo, no podía ya detenerse—, me gritaste que soy un asesino, que debía estar muerto, que soy un arrimado y un anormal.

—¡Acababa de enterarme de lo de tu papá, perdí el control, no fue mi intención!

—Me lanzaste cosas por la ventana y rompiste mis pertenencias; cualquier persona con dos dedos de frente ya se habría ido en mi lugar, pero como soy idiota, estoy dispuesto a quedarme si me dices qué hicieron mis abuelos y por qué se dejaron de hablar.

Lázaro volvió a mirar a la puerta, por si venía alguien de la clínica a preguntar por qué Matilde se había puesto a llorar.

—Mamá.

—En las fiestas de Urrao del noventa, mi papá y don Esteban se emborracharon y terminó muriendo una muchacha.

El corazón de Lázaro se estremeció en un alud de emociones que por poco lo hace colapsar. Eso era, los dos desgraciados habían matado a alguien, se habían echado la culpa mutuamente y, luego de encubrir su crimen con alguna payasada, se habían distanciado, sin saber que la venganza les caería encima a ellos y a toda su familia muchos años después.

—¿Quién era ella? —insistió, apenas conteniendo la ansiedad.

—Me estabas diciendo mentiras, ¿verdad?

—¿De qué?

—De que te ibas a ir, te estás aprovechando de lo que tengo, eres un desgraciado.

—Yo no te estoy diciendo mentiras, mamá, y mucho ojo con ponerte a insultarme otra vez

—replicó él y casi le dio risa ver como ella se acobardaba—, ¿quién era la vieja?

Cualquier dato me sirve.

—No tengo ni idea y tú eres un monstruo.

—¿Era de Urrao? ¿Dónde está enterrada?

—Yo no te voy a decir nada más —dijo ella y se levantó—, voy a llamar al doctor Riaño para que te interne por psicópata.

Lázaro se levantó también y se interpuso entre su madre y el citófono.

—¿Por qué soy un psicópata, me puedes explicar tu diagnóstico? —le dijo con voz condescendiente—, tal vez me puedas decir de paso por qué tengo insomnio y por qué veo alucinaciones, todo eso que el psiquiatra iba a hacer, pero no pudo porque tú decidiste quedarte en la casa tirando mis cosas.

—¿Cuáles alucinaciones? —replicó ella con mucha angustia y le cogió la cara—, ¿qué has visto? ¿Cómo así? ¿Estás bien?

—Claro que sí, ¿no es evidente? —contestó él, aunque las lágrimas le inundaban los ojos—, estoy divinamente, recién bañado, cuerdo y con ganas de vivir.

—¡Ni te atrevas! —gritó ella y lo abrazó muy fuerte. Ahora sí era buen momento para que intervinieran los médicos.

—Te queda Martín, mamá, no es tan grave.

Ella se puso a llorar a gritos, a él las lágrimas se le escurrían sin ningún esfuerzo, como si sus ojos no hubiesen convencido al resto del cuerpo de que llorar era un trabajo colectivo. Una vez más, contempló la asombrosa realidad de que estaba resignándose a que lo mataran.

Ya no quedaba tiempo para el perdón, ni para brujería, ni para psiquiátricos ni para nada. Sin verlo, sabía que el perro negro estaba afuera, en la puerta del hospital, listo para intentar darle de nuevo su mensaje, que ahora creía entender, por fin.

—Matilde, ¡doña Matilde! —llamó el mismo doctor bajito, que debía ser el tal Riaño, entrando a toda carrera—, míreme, Matilde, usted está a salvo aquí.

—Mi hijo necesita ayuda —contestó ella, apretándolo hasta sacarle el aire—, está enfermo.

—Estoy bien, no tenemos tanta plata —se quejó Lázaro—, hay que pagar el funeral.

—Los vivos son más importantes que los muertos, haremos lo que haya que hacer.

—Es un poco tarde para eso, ya está apartada la iglesia y la sala...

—Lázaro, escuche a su mamá —pidió Riaño mientras, con cuidado, hacía que ella lo soltara—, puede que tenga la impresión de que no merece ayuda médica, pero eso no es cierto.

—Yo escucho a mi mamá, doctor, acaba de decir que los vivos son más importantes que los muertos —replicó Lázaro y le sonrió débilmente.

—¿Tiene la intención de hacerse daño o causarse la muerte, Lázaro?

La madre de Lázaro forcejeó contra el doctor, extendiendo los brazos para alcanzar a su hijo otra vez. Él, sorprendido por lo directo de la pregunta, se tomó un momento para pensar, mirando al suelo.

—No, pero tengo algo importante que hacer —contestó al fin—, si sale bien, prometo que me dejo internar, ¿ok? Para que todos estemos seguros de que vale la pena el esfuerzo.

—Doctor, no lo deje, está loco, me dijo que tiene alucinaciones, no lo deje salir —suplicó Matilde, dándose la vuelta para agarrar al hombre por la solapa de la chaqueta—, lo responsabilizo directamente por lo que haga mi niño si lo deja salir.

—No podemos retener a nadie en contra de su voluntad —dijo el médico con una calma asombrosa, cogiendo a Matilde por las manos para que dejara de halarle la chaqueta—, confíe en su hijo, él va a volver.

—¡Le digo que está viendo cosas que no existen, maldita sea! ¿Qué me va a decir si alguna cosa que alucine lo hace tirarse a un carro, por ejemplo? ¡Está indefenso!

—Hagamos un trato —propuso el doctor—, yo me voy a llevar a Lázaro a mi consultorio y le voy a dar algunos consejos para lidiar con estos síntomas que usted me describe, tal que él pueda ir y volver sin complicaciones. Luego, él...

—Él no se va, y si se va, me voy yo con él, no lo voy a dejar solo.

—Adiós, mamá.

Lázaro había aprovechado la discusión entre los dos para alcanzar la puerta con la intención de irse sin hacer ruido, pero le había ganado el afán de despedirse, así fuera de esa forma mediocre y no como había hecho con su abuela, con un abrazo de verdad. Antes de que ella empezara a gritar, cerró la puerta con cuidado, dio un par de pasos sigilosos y luego echó a correr, pasando a toda velocidad por los corredores llenos de cuartos de muebles romos y las escaleras que llevaban al ala de medicina del sueño, rumbo a tirarse a las fauces del perro negro para que lo guiara hasta el Ladrón.

9.

Afuera no había ni rastros del perro, solo mucho sol, demasiado para aguantarlo. Lázaro se tapó la cara con las manos y apretó el abdomen al sentir una palpitación de dolor atravesándole la cabeza de lado a lado. Menuda suerte, aunque debía haber sabido que se le venía una migraña, con la confusión y las luces que lo perseguían desde hacía rato. Con un gruñido, se dirigió lentamente a la farmacia al otro lado de la calle y compró la pastilla de ibuprofeno más potente que tenían disponible.

El vendedor le regaló agua y le aconsejó pedir ayuda en la clínica, pero Lázaro sabía que no podía volver. Como tampoco podía buscar al perro con el dolor de cabeza y las náuseas acumulándose en su garganta, resolvió que lo más sabio era refugiarse un rato en la oscuridad. Respiró hondo y palpó su pantalón en busca de las llaves de su casa. Qué bueno que no las había sacado del bolsillo.

El taxi hasta allá redujo sus fondos a un par de monedas. Lázaro se aferró a la reja para mantenerse de pie y timbró por si Dora, la empleada de servicio, estaba en casa y podía ahorrarle el esfuerzo de abrir, pero tras insistir por un rato, se hizo evidente que no. Se tomó un buen rato para maldecir su suerte y se puso en la labor de pelear con la cerradura. Las manos le temblaban más que la última vez que había estado allí y por un momento temió que no lograría entrar; al tercer intento, consiguió abrir el candado y el chirrido de las bisagras por poco le hizo estallar la cabeza.

La aldaba dio menos guerra y la puerta se abrió sin hacer ruido. Adentro hacía frío y estaba oscuro, justo el ambiente que Lázaro necesitaba. Como las escaleras a su habitación se veían demasiado altas, optó por echarse en el sofá, que le pareció polvoriento y rígido, como si llevara meses sin ser usado. Toda la casa estaba sumida en una penumbra solitaria, en el luto por Francisco que nadie más estaba respetando, tal vez.

Entre inhalaciones y exhalaciones profundas para controlar la migraña, pudo sentir el olor y el sudor del que se había quejado su madre. No recordaba haber pasado tanto tiempo sin bañarse antes. Supuso que tendría que meterse a la ducha antes de regresar a donde Antonia, a riesgo de que lo confundieran en serio con un mendigo, pero luego cayó en cuenta de que no tenía por qué ir a donde Antonia. Esa era su casa, se podía quedar ahí en vez de lidiar con los desayunos europeos, los encajes y las aristas asquerosas del techo del estudio donde ella le había abierto el sofá-cama, las explicaciones que tendría que dar. Seguro quedaba algo de

ropa, comida y dinero para sobrevivir allí, además de la colección de música en la parte más alta del armario, donde su madre no alcanzaba a llegar. Si ella llegaba a salir del hospital, buscaría donde Antonia o donde la abuela antes de dirigirse allí, así que estaba a salvo. ¿O no?

Lázaro se volteó para quedar acostado sobre la espalda. Un pulso de dolor empezó a rebotarle entre los ojos y la parte de atrás de la cabeza, el techo se llenó de luces blancas. El doctor no iba a dejar salir a su madre del hospital, el tipo confiaba en Lázaro, por alguna razón. No tenía por qué preocuparse, podía intentar echarse una siesta mientras el ibuprofeno hacía efecto, si es que lo tenía en algún momento. La migraña podía durar dos horas, o seis, o tres días si no se cortaba rápido. La misa fúnebre iba a ser insoportable con migraña encima.

Levantarse le tomó mucho esfuerzo. Cerrar la puerta con llave lo hizo sentir mejor, al punto que se animó a entrar a la cocina para buscarle un remedio a la pasta desagradable que se le había formado en la boca. Dora había dejado todo limpio, incómodamente pulcro y brillante, tanto que, al abrir la nevera, la luz lo aturdió al punto de hacerlo tambalear. Tras acabar con todas las bebidas que encontró, sin que ninguna lo aliviara en lo más mínimo, se dispuso a subir a su habitación por fin, hazaña que le tomó mucho más tiempo del aceptable.

El cuarto estaba casi vacío. Todo lo que había logrado sobrevivir al ataque de la madre de Lázaro había ido a parar donde Antonia o estaba en una de las cuatro cajas cuidadosamente cerradas en una esquina. El armario estaba desocupado y alguien se había llevado la mesa de noche. Lázaro contuvo una arcada y se sentó en la cama, lamentando la decisión estúpida de pararse del sofá. Esa habitación ya no le pertenecía, había sido recogida como si el muerto no fuera Francisco sino él. La casa entera era un mausoleo construido a punta de pragmatismo insensible y abandono. Qué mal gusto, pero igual era su casa y ahí estaba su cama; como la debilidad era más fuerte que la rabia, Lázaro se quitó los zapatos y se acostó, arropándose a medias con el cobertor.

El ladrido de un perro se interpuso en el camino de su consciencia adormilada. Sin caer en cuenta de qué estaba oyendo exactamente, Lázaro se removió de un lado para otro, haciendo que todo lo que había tomado se revolcara y le aumentara las náuseas. En el limbo entre el sueño y la vigilia, recordó que Grimm el perro protegía a Dariana de los demonios y creyó sentir su fantasma afuera, echado en la puerta de la casa, mirando a los vecinos pasar con sus ojos grandes e inyectados, como los de un toro rabioso. Ante la visión del animal, el estómago le ganó el pulso a la cabeza y Lázaro tuvo que pararse a vomitar.

No eran tan diferentes los dos perros, Grimm y el calvo. Aferrado a la taza del baño, Lázaro intentó pensar en un buen nombre para ese último, pero no se le ocurrió. Podría llamarlo Grimm también, era un nombre lo bastante siniestro, muy adecuado para un guardián de demonios o de muertos. Si tan solo no hiciera tanto sol afuera, podría asomarse a ver si el vigilante era el Grimm blanco, que se estaría cerciorando de que el Ladrón no entrara, o el Grimm negro, que más bien procuraría que Lázaro no saliera. Que no se desviara, porque su

misión era conducirlo a la tumba según lo establecido por alguien, fuera Dios, el Diablo o el Ladrón.

Cuando se viera con Dariana, tenía que preguntarle por qué le había puesto al perro blanco ese nombre, Grimm. Parecía más un apelativo de especie que un nombre, en realidad; y si era así, ella podía saber qué nombre le correspondía a la especie negra. El ruido del agua bajando por la taza hizo que el cerebro de Lázaro entrara en centrifugación y le interrumpió el tren de pensamientos. De alguna manera, logró aferrarse a la puerta de la ducha para no caerse. La misma sensación de fóbica repulsión que lo embargaba al ver una superficie bulbosa lo invadió al pensar en bañarse de una vez. De inmediato, la indignación se abrió paso en su mente como la erupción de un volcán. Tenerle miedo al agua ya era pasarse de imbécil.

—Puta —se quejó, empujándose a entrar a la ducha con todo y ropa—, es agua y ya, ¡mierda!

Abrió el agua fría porque, medida, era mejor para la migraña que el agua caliente. El chorro helado le dio directo en la cabeza y le distorsionó la visión otra vez. Lázaro se agarró de los grifos para mantenerse de pie y resistió el hormigueo que le recorría todo el cuerpo y lo instaba a salir corriendo. Tras unos segundos, la migraña se le acobardó en las venas de la cabeza.

—Ahí tienes, ahí tienes —murmuró entre los dientes que le castañeteaban, afanándose por quitarse la ropa—, puta vida.

Como sabía que podía aguantar solo cierta cantidad de frío antes de que el efecto del agua rebotara y lo hiciera sentir peor, se afanó en enjabonarse a medias para poder concentrarse en un concienzudo masaje con champú. Las fragancias de los productos se le hicieron demasiado fuertes y artificiales, trazas de químicos tan fuertes que podrían disolverle la piel al mero contacto, y más que de frío, se halló temblando de miedo. Entendió que era el mismo problema que lo había llevado a huir de pulgas imaginarias y se decidió a no dejarse vencer, restregándose con fuerza a pesar de que le ardía todo el cuerpo hasta que creyó que había quedado bien y pudo saltar afuera a buscar el alivio de una toalla.

Cuando terminó de secarse, se miró al espejo. La piel pálida estaba roja por parches, producto de la restregada, tal vez, y el frío le marcaba las arterias. Tenía los ojos rojos y ostentaba las ojeras más oscuras que se había visto hasta la fecha, lo cual era mucho decir. Los labios estaban morados y las mejillas se le veían carrasposas, plagadas por una especie de barba que todavía no se conformaba. Enmarcando el cuadro de terror, el cabello recién lavado y ya exprimido formaba ondas que parecían salidas de una publicidad de champú. Sobrepuesto a su cara demacrada, se veía como si le perteneciera a otra persona.

Lázaro sacó la lengua. Se veía bien, pero vacía: había tenido una perforación por un poco más de un año, hacía tiempo ya, hasta que Francisco se la había visto y lo había obligado a botar las joyas. Era una lástima que se hubiese cerrado el agujero, con el dolor que había sido abrirlo y ocultar la hinchazón de sus papás. En ese entonces, nadie había muerto y él

no pensaba en la muerte, así la mayoría de sus canciones favoritas hablaran de ella. Por un momento y a pesar de la deprimente vista, la resignación que lo embargaba desde que visitara a su madre en la clínica dio un paso atrás. No quedaba nadie que pudiera prohibirle abrirse un piercing en la lengua o cualquier otra cosa. Tenía una oportunidad abierta, todavía contaba con algo de tiempo, información nueva, estaba por ahí el Grimm negro en algún lado, tal vez el blanco también, lo podían ayudar. Le había ganado el pulso a su nerviosismo ridículo y ahora el agua fría iba a ayudar al ibuprofeno, así que Lázaro ya podía pensar y pronto estaría en capacidad de moverse también. Se iría de ese mausoleo al que no pertenecía a salvarse el pellejo y armar una vida propia. La sombra de decisión en su cara demacrada le dio risa.

Como el siguiente paso era encontrar a la Dariana real y no podía aparecérselo así, a ver si le inspiraba una nueva ronda de chistes pésimos sobre San Lázaro, “el primer zombi de la historia de la humanidad”, Lázaro se dispuso a afeitarse y lavarse los dientes para sacarse el sabor a bilis, pero le ganó el frío así que se fue a buscar ropa en las cajas primero. No había nada, ni siquiera un par de medias. Volvió a abrir el armario, comprobó que estaba tan vacío como antes y se puso a patear las puertas hasta que cayó en cuenta de que eso sería lo que haría su madre, de estar en su lugar.

Fastidiado, regresó al baño a evaluar la situación. La ropa estaba empapada. No tenían secadora y nada se iba a secar lo suficientemente rápido colgado en el patio, a donde Lázaro no podía entrar de todas formas, ya que tenía una marquesina por la que el sol debía estar entrando con la intensidad de una radioterapia. Habría que escoger entre la ropa de su madre y la de Francisco, si es que quedaba algo en la casa. A esas alturas, no le sorprendería en absoluto que entre su madre y Dora hubiesen botado todo. ¿O Dora se lo había llevado, más bien? Ella no era idiota, probablemente, al ver el sitio vuelto un cementerio, sabría que lo más inteligente era coger todo lo de valor e irse para no volver.

Se envolvió en el cobertor para combatir el frío y se fue a buscar un cepillo nuevo en el baño del cuarto principal para quitarse el sabor a vómito de la boca. Todo ahí estaba impoluto y completo, Dora no se había llevado nada. Si faltaban cosas en el cuarto de Lázaro, era porque su madre lo había querido así. Al botar el empaque del cepillo a la caneca, decidió aceptar que la consideración por el trastorno de ella se le había acabado y que era buena hora de empezar a decirle Matilde. Sin esa carga en los hombros, procedió arreglarse lo mejor que pudo, imaginándose como se vería una perforación nueva en la lengua, una en la nariz, tal vez en la ceja también. No quería ninguna, realmente, pero tenía el impulso de enfermo terminal por hacerse veinte tatuajes y tirarse de un avión con paracaídas, para poderse ir al infierno sin el arrepentimiento de lo que había faltado por hacer.

Satisfecho al fin con su aspecto, a pesar de que se había cortado la mejilla con la rasuradora, abrió el armario de sus papás. La talla de Francisco era muy grande para él, pero la de Matilde le encajaba más o menos, aunque le quedaba corta. Entre la ropa interior de uno y los ajuares deportivos de la otra, terminó armando un conjunto presentable y se regresó a la

cama, esperando poder dormir ahora sí, con todos los asuntos arreglados y la migraña cediendo lentamente.

Cuando estaba a punto de dormirse, el perro se puso a ladrar otra vez. Lázaro se dio la vuelta y bostezó. La monja le había dicho que no moriría el lunes y que tenía tiempo, no había por qué alterarse ni dejarse acosar por la impaciencia de un Grimm blanco que estaba muerto y uno negro que no existía. No había afán, más bien que decidieran entre ellos, allá afuera, cuál de los dos iba a mandar en lo que quedaba de camino, que se pelearan y que el Ladrón hiciera apuestas mientras a Lázaro se le quitaba el dolor de cabeza. Que se llevaran mientras tanto a Martín, por malnacido.

El cielo ya estaba parcialmente oscuro cuando el celular lo despabiló. El tono de timbre le martilló los ojos dentro de las cuencas y le alborotó un avispero dentro de la cabeza, por lo que el esfuerzo para contener las ganas de tirar el aparato contra la pared hizo que perdiera la llamada. Reacio a exponerse a la luz de la pantalla, apagó el celular a tientas, lo metió debajo de la almohada, ya que no había mesa de noche y volvió a cerrar los ojos.

—¿Aló? —escuchó que le decía la voz de Dariana—, ¿Lazarito, sabes cómo se llamaba el perro negro de tu abuelo?

Lázaro abrió los ojos de golpe. No creía haberse dormido de nuevo tan rápido para estar soñando ya. Al moverse, se convenció de que estaba despierto.

—¿Sí sabes, o no?

El celular no estaba apagado, pero tampoco tenía una llamada activa. Lázaro se sentó en la cama y se tomó un momento para respirar y que se le acallara la cabeza. ¿Podían las brujas hacer llamadas telepáticas? Más bien la migraña lo estaba haciendo oír cosas. Mejor apagar el celular en serio y volverse a acostar. Apenas apoyó la cabeza en la almohada, la escuchó otra vez.

—¿Aló? —dijo Dariana con tono impaciente—, se llamaba Kaskabal, Lazarito, pero aquí en Urrao todos les decían Casco —agregó y Lázaro se tapó las orejas con la almohada—, ahora le dicen el Diablo, ¿sabes? Porque se dejó tentar.

—Tengo migraña —se quejó él—, estoy solo en mi casa y tú no existes.

—Yo solo te quiero ayudar, mi amor.

—Bueno, sí existes —dijo él y se hizo un ovillo—, pero no estás.

Ella no dijo nada más. El corazón de Lázaro aceleró hasta saturarle todas las arterias. Primero había sido el escobazo desde un local cerrado hacía semanas, supuestamente, y ahora eso. Nunca antes Dariana había mostrado algún tipo de habilidad indiscutiblemente sobrenatural, con todo y lo bruja que era, su aproximación siempre era más bien de método, como si supiera de una ciencia primordial que, a fin de cuentas y a pesar de los efectos extraños que se podían percibir de ella, era solo ciencia.

Se la estaba imaginando, al igual que a los perros. Lázaro se clavó las uñas de una mano en la palma de la otra. Tenía que controlar su mente, como había hecho al bañarse. Grimm, el blanco, había estado muerto por más de un mes. Dariana estaba en su cuarto ahí por los alrededores del hospital de La Hortúa, lo que él había visto en el local era un espejismo creado por el Ladrón. El perro negro no era el de la foto de los abuelos, pero podía llamarse Kaskabal. ¿O sí? Hasta donde recordaba, el perro de la foto tenía pelo, aunque como había estado concentrado en los abuelos, podía ser que no se hubiese fijado. Tenía que volver a revisar. En todo caso, había visto al perro negro antes de ver la foto, había visto a Grimm en vida y se había visto muchas veces con Dariana antes de dudar. Las náuseas se le aparecieron de nuevo en el esófago. Lo más inteligente habría sido llamar a Dariana para descansar tranquilo, pero el miedo le sugirió que mejor llamara a AA Su Majestad.

—Aló, ¿qué se le ofrece a la plebe y por qué está tan intensa, se le acabó el pastel? —respondió Antonia al tercer intento de llamada—, todavía estoy trabajando.
—Migraña, estoy en mi casa y no tengo plata —contestó él y se acostó de nuevo.
—¿Y qué te fuiste a hacer por allá? No me digas que te fuiste a ver a tu mamá.
—No me acuerdo si tú y yo fuimos a ver una bruja, ¿me puedes decir?
—¿Y eso qué? ¿Viste a Matilde o no?
—Sí —dijo Lázaro y se masajeó el puente de la nariz. El volumen estaba lo más bajo posible, pero aun así le molestaba.
—¿Tú estás loco o qué?
—Pues el doc dijo que me podía internar.
—Ay, no me jodas.

Lázaro activó el altavoz del celular y lo dejó al otro lado de la cama, a ver si era más soportable así.

—Lázaro —llamó ella—, ¿me estás oyendo?
—Sí, sí. ¿Te acuerdas de la bruja?
—Sí, ¿qué hay con ella?
—¿Cómo era?
—¿Ahora tienes amnesia?
—Te explico bien esta noche, por ahora colabora, ¿quieres? —pidió él y ella no contestó. Con un suspiro, miró la pantalla con los ojos entornados y vio que la llamada seguía conectada—, es en serio.
—Pues no sé, era una señora, así como gorda con el pelo pintado a lo animal de rubio, por lo acomplejada, creo, porque era como racista —dijo ella y Lázaro se tapó la cara con ambas manos—, me acuerdo de que hizo cara de Sherlock Holmes para preguntar si mi papá era negro porque al parecer ser negro es excusa suficiente para que te hagan brujería, la muy bruta. Tenía unas uñas horribles, también.

Lázaro intentó suspirar y le salió un sollozo. Se tapó la boca con la mano, esperando que Antonia no hubiese alcanzado a escuchar, se sentó y cogió el teléfono.

—¿Cómo se llamaba la bruja, te acuerdas? —le preguntó, controlando la voz para no delatarse.

—María Olga, me acuerdo porque se puso “Magolga” en el volante que te dio tu abuela Leonor y pues, qué te digo, una guisada así nunca se olvida.

Lázaro se acordaba del volante, pero no se lo había dado su abuela Leonor. Se lo había dado Dariana en el local el día en que había ido a comprar tilo, diciendo que María Olga era su maestra. Derrotado, se inclinó hacia adelante hasta tocar el colchón con la frente.

—¿Puedes venir a recogerme? —le pidió a Antonia con un hilo de voz.

—Tú sabes que mi moto es de juguete y no cabemos, ¿ahí tus papás no dejaron plata, en el escritorio o en el cuarto o algo? O vente en una hora y yo acá pago el taxi.

—Por favor.

—Lázy, ponle lógica, tienes migraña y entre el casco y la saltadera después no hay quien te resucite —respondió ella y Lázaro se empezó a jalar el pelo—, estoy contigo, pero al término de la distancia, ¿si me entiendes?

—¿Francisco si se murió? ¿Los abuelos están muertos?

—¿Esto es una crisis nerviosa? ¿Estás viendo cosas?

—¡¿Alguien murió o me estoy imaginando todo?! —gritó Lázaro y se enderezó, aferrando el celular para que no se le escapara de los dedos temblorosos.

—Ya voy para allá.

—¡Antonia!

—¡Sí, sí pasó, Lázaro, tus abuelos, tus tíos, tus primos y tu papá murieron! —replicó ella, Lázaro soltó el celular—, ya estoy saliendo, quédate mirando por la ventana hasta que me veas llegar, ¿me oíste? ¡Ya voy para allá!

Antonia colgó. Lázaro se quedó mirando el celular, aunque el brillo de la pantalla le hiciera encoger los ojos. Quedaba solo una cosa por confirmar y tenía que hacerlo en ese mismo momento. Con las tripas enroscadas sobre sí mismas, oprimió la tecla de la flecha hacia abajo una vez, dos veces. Llegó a los contactos que empezaban con la letra D: “Daisy Parra”, “Daniel Salcedo”, “Daniela rumba”, “Daniela Zuluaga”, “Darío mecánico”, “Daza futbol sala”, “Diego Cifuentes”. Subió y bajó varias veces, el nombre de Dariana no estaba. Un atisbo de esperanza le sugirió buscarla por el apellido, pero Lázaro apagó la pantalla y se hizo un ovillo. No se sabía el apellido de Dariana, la había guardado en el celular como “Dariana Bruja” y nunca se había molestado en editar el contacto con el nombre de verdad.

A pesar del dolor que le causaban las sacudidas, finalmente se echó a llorar. Conque Grimm no había muerto porque nunca había estado vivo, él y Kaskabal andaban por ahí como una aparición, intentando decirle a Lázaro algo que a él no le importaba. Conque lo del camión no había pasado, ni lo del tilo, ni lo de la sesión en el cuarto ni lo de la escoba. Faltaba ver si los policías sí estaban en San Victorino, si en el monasterio sí había una monja llamada Caridad y si la madre de Lázaro estaba realmente en el hospital, pero lo mismo daba averiguarlo que quedarse ahí enterrado en el mausoleo improvisado de la familia, con el armario vacío y sin mesa de noche, porque ya no había a donde ir ni en qué creer si Dariana misma no era real.

10.

El viernes por la noche, cuando llegaron al apartamento, Lázaro se sentía más o menos preparado para recibir un sermón a gritos sobre lo irresponsable que era, pero Antonia lo sorprendió al sentarlo en el sofá y pedirle con voz dulce que le contara todo lo que había visto. Él se esforzó por responderle, pero, aunque recordaba que ella se veía así y que ese era su estilo de maquillaje, se encontró incapaz de entender la humanidad de su mirada detrás de los lentes de contacto verdes, los delineados de colores y las pestañas postizas con gemas en las puntas. Convencido de que le hablaba a una máscara o un espejismo que se veía como Antonia, así como había visto más temprano un espejismo que parecía ser Dariana, desesperó al hallarse incapaz de huir de sus alucinaciones y se hizo un ovillo, negándose a reconocer que esa Antonia era Antonia mientras se atragantaba en llanto sin saber a quién rezarle para que lo sacara de su suplicio.

Afortunadamente para Lázaro, en vez de llamar a Martín o hacer una escena, Antonia se había esforzado en entender qué hacía que él desconfiara de su identidad. Al oírle decir que ella era una máscara, entendió que el problema tenía que ver con cómo se veía, así que se quitó el maquillaje y se puso la pijama para ver si eso podía ayudar. Tras un rato de forcejeo, logró que Lázaro la volviera a mirar y que le tocara la cara, regañándolo por no apreciar lo que ella consideraba como su fino arte del maquillaje y hacerla pasar por “plebeya”. Él quedó convencido, se disculpó muchas veces y relató, por fin, lo que había visto: la bruja, con su local, su casa y su número de teléfono, con el perro blanco que había muerto; el perro negro con sus pulgas, en la calle, en la panadería, frente a la iglesia. Las voces, la presencia del Ladrón.

Antonia empezó a llorar a la mitad, pero escuchó todo sin interrumpir. Cuando terminó, se quedaron un buen rato en silencio, luego ella le prometió que iban a buscar ayuda médica de verdad y le pidió paciencia mientras ubicaba a un psiquiatra confiable, porque no quería entregarle un problema tan complejo al primer aparecido que pusiera la aseguradora o que estuviera disponible en la sección de urgencias del hospital más cercano. Lázaro, atontado por el cansancio y la migraña, no protestó, simplemente se acomodó en el sofá como pudo y cerró los ojos. Antonia empezó a ofrecerle agua, comida, a decirle que se pasara al estudio

o que, si prefería dormir con ella, fuera a la alcoba, pero él fingió que ya se había dormido y no la podía oír.

Lázaro terminó atrincherándose en el sofá todo el fin de semana. La luz del sol le atizaba la migraña y no se podía acostar cómodamente, pero ver los carros y la gente pasar le ayudaba a distraerse y también le daba qué mirar cuando Antonia le hablaba. Verle la cara sin maquillaje lo hacía sentir culpable, no le parecía correcto que ella cambiara por él su forma de vestir. También, aunque agradecía con el alma la comprensión y atención que estaba recibiendo, sabía que Antonia tenía que censurar su actitud burlona, sus bromas y sentido del humor para no exaltarlo, justo como a él le había tocado con Matilde, y en la medida en que pasaron las horas sin que apareciera una nueva alucinación, Lázaro deseó que ella se cansara, que lo acusara de farsante, dejara de buscar el psiquiatra perfecto y lo mandara para la casa, a aguantarse a Matilde o lo que fuera. Aunque era el apoyo de ella el que lo mantenía a flote, no quería que Antonia lo viera como un desvalido o que cambiara su relación de amistad fraternal por una de enfermera, ni que renunciara a su vida y sus atuendos lolita solo porque él estaba loco. No era justo que alguien que insistía en ser una reina tuviera que ponerse una sudadera para limpiarle el vómito a su sobrino enfermo, por más enfermo que este estuviera.

Cuando llegó la hora de alistarse para bajar a la misa fúnebre el lunes y ella apareció vestida con un sastre negro y no más. Lázaro se negó a poner un pie fuera del apartamento hasta que ella no se cambiara a algo que se viera más regio.

—¿Más regio? —preguntó ella, disimulando una sonrisa —, ¿pero de qué hablas? Así se visten las reinas contemporáneas.

—No pareces tú.

—Soy yo, créeme —dijo ella y le ofreció una toalla —, ¿lo intentas?

Era la quinta o sexta vez que Antonia le pedía que se bañara en el fin de semana. Lázaro no quería saber nada de la ducha, tenía la sensación de que tendría una nueva epifanía alucinatoria si se metía al agua como había hecho en su casa el viernes, pero tres días de vómito y sudor frío tenían que estar pesando y no le parecía bien que la abuela lo viera entrar a la misa como un indigente.

—Me baño si te cambias —ofreció.

—Trato hecho —dijo ella y le puso la toalla en las manos — demórate lo que quieras, yo te ayudo a secarte el pelo.

Recordando el recelo que le habían causado el champú y los jabones en su última ducha, Lázaro optó por bañarse solo con agua y quiso dejarla fría, para que ayudara a sacudirse lo que le quedaba de migraña. El chorro salió tibio, sin embargo, lo que le dio la impresión de

estar bañándose con sudor ajeno. Asqueado, saltó de la ducha de inmediato, se envolvió la cadera con la toalla y se fue hacia la cocina.

—¿Estás bien? —preguntó Antonia desde el corredor. Lázaro, al comprobar que el agua del lavaplatos sí estaba fría, sacó la loza sucia a un lado y metió la cabeza debajo del grifo como mejor pudo, sin responder—. ¡Lázaro! —insistió ella y el sonido de sus tacones indicó que se acercaba— ¡Ay, Dios mío!

Al sentir las manos de ella en un brazo, Lázaro se enderezó con un corcoveo, golpeándose la cabeza con el grifo en el proceso. Sobándose la cabeza, se aseguró de que la toalla siguiera en su sitio y miró a su alrededor, notando el reguero que había hecho por intentar lanzarse agua a la espalda.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, ya vestida con un atuendo lolita negro lo más de pomposo que se iba a arruinar si Lázaro dejaba que el sudor se le regara encima—, no hay nada en la ducha.

—No me toques —le pidió, retrocediendo un par de pasos—, yo limpio, lo siento, no es nada.

—No, no, ve y te pones algo, hay una pijama limpia ahí detrás de ti, sobre la lavadora.

—No puedo bajar en pijama.

—Pues, es que no parece buena idea que bajes, la verdad.

Antonia frunció a la vez las cejas y los labios, Lázaro quedó de una pieza. En circunstancias normales le alegraría librarse del funeral de Francisco más que cualquier cosa en la vida, pero justo ese día había resuelto que no iba a ser una carga, que iba a hacer que Antonia se pudiera despreocupar de él y volviera a su estilo, sus chistes y sus cosas. Qué buen primer paso estaba dando ahí, bañándose con agua del grifo de la cocina porque le parecía que de la ducha salía sudor ajeno. ¿Por qué se dejaba llevar tan fácil por las idioteces que se le ocurrían?

—Fue un lapso —dijo con un hilo de voz—, lo siento.

—No es tu culpa, Lázy, no te fuerces —contestó ella con una sonrisa y dio un par de salticos para alcanzar el trapeador sin mojarse los tacones—, quédate aquí y yo estoy pendiente del celular por si acaso, aprovechamos que la misa es aquí al frente.

—No, yo voy contigo.

—¿Para qué? Estás en...

—Ya estoy bien.

Antonia lo miró de arriba abajo.

—Si te sientes mal o ves algo, me avisas y luego haces caso a todo lo que yo te indique, ¿ok? —le dijo—, y apenas se acabe la misa, subimos.

—Vale.

—Ve a vestirte.

En vista de que insistir en secar el piso solo iba a causar más problema, Lázaro se fue a buscar la ropa. El traje negro que usaba para todos los entierros estaba en el estudio. Antes de ponérselo, se restregó con la toalla hasta que la piel se le puso roja y la sensación pegajosa del agua de la ducha desapareció casi del todo. Apenas estuvo vestido, corrió al baño para al menos evitarle a Antonia tener que secarle el pelo.

—Ese traje tuyo es muy aburrido —comentó ella cuando, ya listos, se encontraron en la sala—, ¿por qué no te pones algo más ‘regio’? —agregó, con la sonrisita burlona que tanto la caracterizaba y que Lázaro recibió con alivio.

—Disculpadme, Alteza —le contestó—, no tengo más que esto.

Ella le guiñó un ojo y desapareció en el corredor. Tras unos segundos, volvió con una gabardina y una tira de tela satinada gris que resultó ser un modelo ancho de corbata. Lázaro le tenía recelo a probarse los accesorios pseudo-victorianos de su tía, pero no se veían mal y la habían puesto contenta, así que los usó con gusto. Además, la gabardina era felpuda por dentro y el alivio del calor le hizo caer en cuenta que antes se estaba muriendo de frío.

—Listo, ¿te parece si bajamos de una vez? —le sugirió ella.

—¿No es muy temprano?

—Sí y nos conviene, todavía no hay casi gente y te puedes acostumbrar al espacio.

—No es la primera vez que entro a ese sitio, ¿sabías?

—¿Qué dije de hacerme caso?

—¡Pero si no he visto nada y me siento bien!

Antonia se rio y abrió la puerta del apartamento. Ya abajo, Lázaro admitió que había sido buena idea bajar temprano, porque iba a necesitar mucho tiempo para organizar todo lo que había resurgido en su mente con poner un pie en la calle. El miedo de percibir a Dariana o al perro de nuevo, o de ver alguna cosa nueva y estrafalaria, la ansiedad de que Matilde asistiera y por tanto tuvieran que compartir el mismo espacio dentro de poco. La zozobra de estar frente a un nuevo ataúd, recordar la maldición y al Ladrón. La urgencia de buscar a Caridad en la iglesia y corroborar que no era una visión más, tal vez cuestionar sobre ello a la abuela sin que ella descubriera lo de las visiones y sin ofenderla en el duelo por Francisco. No se le podía olvidar que a la abuela sí le importaba Francisco y posiblemente a sus tías mayores, Liliana y Rosa, también.

—¿Dónde nos hacemos? —le preguntó Antonia cuando estuvieron dentro de la iglesia.

—Adelante no —contestó él.

Terminaron ubicándose en la sexta fila a la derecha, contra una de las columnas. No había monjas a la vista y muy pocas personas ocupaban espacio en las bancas, ninguno conocido. El ataúd todavía no estaba.

—Ya deben estar viniendo con él desde la sala de velación —explicó Antonia cuando Lázaro le preguntó al respecto.

Unos veinte minutos después, el murmullo de muchas voces aglomeradas en la entrada de la capilla indicó que el cortejo fúnebre había llegado. Lázaro se escurrió en la silla, deseando ser invisible.

—Voy a saludar y a ubicar a mi mamá —indicó Antonia y se levantó para alisar su falda pomposa—, ¿qué vas a hacer?

—Esperar a que me digas si vino Matilde.

—Por el bien de ella espero que no, porque si la veo, la despescuezo.

En la tarde del sábado, Lázaro había sido despertado de una brevísima siesta por el llanto de Antonia, quien hablaba con la abuela por teléfono. Según entendió por lo que escuchó de la conversación, Antonia había llamado a Matilde para pedirle asistencia con el caso de Lázaro y se había encontrado con que ella ya tenía sus propios planes, que al parecer consistían en enviar a Lázaro a algún tipo de institución. Una vez colgó y Lázaro fue a preguntarle por lo que había pasado, Antonia se limitó a afirmar que Matilde era una cobarde y una egoísta, y que ni la abuela ni Antonia iban a dejar que su estúpido plan se llevara a cabo, por lo que Lázaro no tenía por qué preocuparse.

En ese momento, Lázaro había considerado adecuado volver a abordar el tema una vez pasara el entierro; ahora que la misa fúnebre estaba a punto de empezar, no sabía si había sido tan buena idea. Ya tenía suficientes elementos de incertidumbre en su futuro inmediato como para no saber siquiera si, de sobrevivir, iba a poder volver a su casa o lo iban a mandar a un centro de reformación o algo así.

La música fúnebre empezó de pronto y la gente entró como un río para abrirle paso al féretro, hecho de una madera oscura que no reflejaba la luz. A Lázaro le costó creer que adentro estuviera el cuerpo de Francisco, le parecía que había pasado demasiado tiempo desde el asesinato como para que estuviera en un estado manejable. Tenía que estar todo azul y maloliente, con agujeros para que no se hinchara. Con un escalofrío, apartó la vista y se encontró con el cuadro del Sagrado Corazón, el mismo que había visto durante su entrevista

con Caridad. El corazón le dio un vuelco. Había pasado en esa banca casi una hora, no era posible que hasta ese momento notara un cuadro tan grande.

Buscó a Antonia con la mirada, pero no la vio. Tampoco había una sola monja en toda la capilla, tan solo estaba el sacerdote, vestido de morado, hablando con un diácono junto al atril donde debería estar la biblia. Una persona se acercó para interrumpir al sacerdote y preguntarle algo. Era Matilde. Lázaro se escurrió más en la silla, deseando ser invisible y rogó porque Antonia regresara pronto.

El diácono dio un paso atrás, llamando su atención. ¿Si era un diácono, o era un monje? Ahora que lo pensaba, estaba en un monasterio y los monasterios eran de monjes, las monjas se agrupaban en conventos. Después de lo de Dariana y con el cuadro fantasma aún a su lado, no le sorprendería haberse imaginado un lugar de solo hombres lleno de mujeres. El tipo estaba vestido de blanco y tenía una cinta morada sobre el pecho, como las reinas de belleza. Ese atuendo no parecía un uniforme de monje, hasta donde recordaba, los monjes usaban una cabuya amarrada como cinturón y el hombre no tenía ninguna.

—¿Qué tanto miras? —le preguntó Antonia, llegando de pronto a su lado.

—¿Por qué este sitio es un monasterio, si se supone que es de monjas? —respondió él, sin mirarla.

—Porque son monjas de clausura —contestó ella, empujándolo un poco para acomodar su voluminosa falda—, cuando son de clausura, es un monasterio, cuando son apostólicas, es un convento.

—Ah. ¿Has visto a las monjas alguna vez, o siempre están escondidas?

—¿No me dijiste que habías hablado con una monja el viernes?

—¿Hay un cuadro del Sagrado Corazón detrás de esta columna?

Antonia se inclinó para ver mejor. Lázaro clavó la vista en sus zapatos.

—Sí, ahí está, tente un poco de fe.

—Cuando aparezca una monja, tal vez.

—Ahí hay dos.

Efectivamente, una pareja de monjas acababa de salir de la puerta que llevaba al monasterio y discutían en murmullos mientras llevaban la biblia hacia el atril. Lázaro sintió un alivio amargo. Ninguna de las dos era Caridad. Pensó en ir a preguntar por ella, pero la misa estaba a punto de empezar. La tía Rosa y su esposo, que estaba vivo porque la maldición solo afectaba a los parientes de sangre, se sentaron en la banca de enfrente, ambos con un humor de perros que salvó a Lázaro de siquiera tener que saludar.

—Dios Todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna —inició el sacerdote.

—Amén —respondió la audiencia.

Lázaro miró de soslayo a su familia. Al permitir la matanza, Dios había demostrado que no tenía misericordia, tal vez los encontraba a todos culpables del crimen de los abuelos, como hacía el Ladrón. La abuela, sentada en la primera fila, parecía muy triste; Lázaro recordó su última visita, en la que ella se había lamentado de no poder controlar la mala influencia que era el abuelo sobre sus hijos, en especial sobre Francisco. Si lo pensaba bien, las que más sufrían con el castigo de la familia eran las abuelas, quienes tenían que enterrar un hijo tras un nieto tras otro hijo y seguir luego con una vida consistente en llorar y sentirse solas. Por eso la otra abuela se había ido a los llanos a desconectarse de todo, para no tener que enterrar a nadie más. Recién enterado del crimen de los abuelos, Lázaro había considerado la posibilidad de que el Ladrón fuera la propia muchacha asesinada, pero la crueldad, la tremenda injusticia con la que se ejecutaba la maldición no podía ser sino demoniaca. A fin de cuentas, los abuelos habían vivido más de quince años después del asesinato, se habían hecho viejos haciendo lo que les daba la gana y habían partido con muertes inesperadas, pero pacíficas, mientras que las siguientes generaciones eran exterminadas de formas horribles y las mujeres se quedaban vestidas de negro. No se podía tratar de una venganza humana, esa carnicería era obra de un demonio suelto que a Dios le tenía sin cuidado.

Aparte de querer encontrar a Caridad para confirmar que sí existía, Lázaro deseó que apareciera pronto para cuestionarle todo eso. Las monjas aparecían y desaparecían por los alrededores del altar y, ocupado como estaba revisando si Caridad estaba entre ellas, Lázaro no se dio cuenta a qué hora llegó el momento de la eucaristía.

—¿Cómo estás? —le preguntó Antonia y le puso una mano en el muslo.

Lázaro cayó en cuenta de que estaba sacudiendo esa pierna como solía hacerlo para seguir el ritmo de una canción. Al pensar qué responderle, se sintió frío, entumecido por la tensión, pegajoso y mareado. El golpe con el grifo volvió a dolerle en la cabeza y el altísimo techo de la capilla se cernió sobre él, haciendo el aire más pesado, maloliente. Húmedo.

—No veo a la monja —respondió.

—No pienses en ella ahora, la podemos buscar mañana. ¿Tienes frío? Estás temblando como un pollito —comentó ella. Lázaro no se había percatado de que estuviera temblando—, ¿o será fiebre?

—¿Está enfermo, Lazarito? —preguntó la tía Rosa, al parecer de mejor humor luego de comulgar—¿qué le dio?

—Desde el viernes —contestó Antonia, abrazando a Lázaro—, un ataque de migraña tenaz.

—¿Y para qué lo hizo venir entonces? Debió haberlo dejado en la casa.

—Yo le propuse, pero él insistió en venir.

La tía Rosa soltó un suspiro y le dedicó una sonrisa triste. Lázaro la miró a los ojos, oscuros como los de todos, opacos desde que mataran a sus hijos, los gemelos.

—¿Por qué será que pasan estas cosas? —preguntó la tía y se sentó, los ojos llenándose de lágrimas—, después de Pachito el único que nos queda es aquí el doliente.

—También están Pipe y Martín —corrigió Antonia.

—Sí, sí, bueno, pero usted sabe a lo que me refiero.

Lázaro no sabía a qué se refería la tía Rosa. Entendía que ella no contara a Martín dentro de la familia, así como no contaba a su esposo, porque al no ser hijo de Francisco, no eran parientes de sangre, pero Felipe, el primo menor de la familia, era hijo de la tía Liliana.

—¿Y esa cara, Lazarito? —preguntó la tía Rosa.

—¿Qué pasa con Felipe? —respondió él.

—Ay no me diga que usted no sabe de eso —se quejó la tía Rosa y se dio la vuelta—, Antonia, explícale tú que a mí todavía me da rabia.

—Deja la bobada que ya han pasado suficientes años —replicó Antonia y se volvió hacia Lázaro, que sentía que la presión en la cabeza iba a terminar expulsándole los sesos por el punto en el que se había pegado con el grifo—, eso es un novelón y no alcanzo a contártelo todo, pero básicamente Lily tenía un novio allá en México cuando estaba estudiando, con el que se iba a casar y todo, pero el tipo le ponía los cachos y terminó embarazando a la otra muchacha. En la pelea de qué hacer con el niño, ella contactó a Lily y delató al tipo con la idea de que Lily obligara al tipo a pagar el aborto, pero pues Lily, tú sabes cómo es ella, no iba a permitir un aborto por nada del mundo así que dijo que tuviera al niño y se lo diera, la chica accedió a cambio de una plata y se inventaron un rollo rarísimo para hacer el proceso de adopción.

—Para el que tuvimos que poner plata todos —intervino la tía Rosa, sin voltearse—, porque Liliana estaba obsesionada.

—En todo caso ahí hicieron sus tratos debajo de cuerda pero era un complique quedarse en México, así que por eso ella abandonó la maestría y se devolvió.

—Así que Felipe es adoptado.

—Pues sí, pero Lily no le ha dicho, por eso es por lo que yo no te había contado, para prevenir que le dijera nadie antes de tiempo.

El esposo de Rosa llegó a sentarse, cortando la conversación. Lázaro se puso tenso, resistiendo con todas sus fuerzas el impulso de salir corriendo, así no supiera a dónde, para huir del terror que le causaba la certeza de saber que solo quedaban Martín y él.

—Tranquilo —le dijo Antonia al verlo pálido y le cogió la mano—, ya casi subimos.

Ella tenía razón, faltaba poco. La persona encargada de decir la reflexión de despedida a Francisco era la abuela.

—Antes que nada, muchas gracias a todos por asistir —leyó ella con voz firme, aunque el labio inferior le estaba temblando—, no puedo describir el inmenso pesar que me embarga al tener que decir adiós al último de mis hijos varones, tan solo puedo asegurarles que el acompañamiento y el cariño de todos ustedes en este tiempo de dolor es lo que me permite seguir adelante, a pesar de mi vejez —la abuela se tomó una pausa para respirar—. Pachito... —continuó, pero la voz se le quebró. Lázaro miró hacia el techo de la capilla, un entramado de bóvedas con las vigas pintadas de verde, como si quisiera imitar un bosque—, Pachito siempre fue muy especial para mí y la forma en que murió me ha llevado a pensar, más que nunca, sobre el perdón.

Lázaro miro a la abuela. Detrás de ella, junto a una columna, estaba Caridad, mirando hacia las bancas con indiferencia. Por fin aparecía. Lázaro se enderezó y se giró hacia Antonia con la intención de que le confirmara la presencia de la monja, pero la vio con los ojos aguados, poniendo atención, así que se quedó callado.

—Lo natural ante tanta tragedia es sentir rabia —decía la abuela—, rabia e impotencia al ver cómo se van y se van, sin que nada lo explique, sin que se pueda hacer nada para evitarlo. Le pregunté muchas veces a Dios qué significado tiene esto, pero no me respondió porque lo hice con altanería, con odio hacia el Todopoderoso, el cual confieso y del cual me arrepiento en este mismo momento, ante todos ustedes.

Resultaba indignante que la abuela se disculpara por sentir odio cuando lo único razonable era sentirlo. En vez de arrodillarse ante Dios, debía exigirle respuestas ahí mismo en la iglesia, exigir justicia, una indemnización por haber pagado ella el asesinato que su esposo, aliado con el otro abuelo de Lázaro, había cometido; tenía que denunciar a Dios por permitir que los criminales se escaparan de la ley y que la víctima quedara en la vergüenza del anonimato y el secreto, enterrada en una fosa sin nombre o tirada a un río.

—El error más grande que cometimos fue no permanecer juntos —afirmó la abuela—, cada vez que se nos iba alguien, nos alejábamos más en vez de acercarnos, en vez de cuidarnos y disfrutar a los vivos, protegerlos. El dolor hace eso, lo aísla a uno y lo hace cometer locuras; hoy estoy más triste que nunca porque lo fui a entender cuando ya era muy tarde para Pachito —agregó, mirando el féretro—, muy tarde para mi Pachito, para mi Fernandito y para mi Alberto, para mis sobrinos Juan Carlos y David, Chris, Tomasito y Matías, el bebé, para mi negro Esteban, incluso para la pobre Cristina que, si la hubiésemos apoyado, no se habría

quitado la vida ni se habría llevado a Luciana con ella. Los dejamos a cada uno por su cuenta y los perdimos a todos.

Lázaro miró a Matilde y creyó volver a oírle gritar que él había nacido muerto y así debía haberse quedado. Pensó de nuevo en la tal institución a la que pensaba enviarlo y entendió por qué su habitación estaba ya desocupada. Se preguntó por qué entonces Matilde había entrado en crisis en el hospital, si en realidad ya había adelantado trámites para librarse de él, pero no había manera de entenderlo.

—En honor a los que hemos perdido, aprovecho que estamos reunidos para hacer un llamado —dijo la abuela y apretó los puños sobre el estrado—, Pachito deja detrás de sí una familia atribulada, con dos miembros padeciendo condiciones mentales que hemos ignorado durante todos estos años, poniendo excusas tontas como que la salud mental es un tema privado o que es indecoroso hablar de esos temas. Volvámonos el apoyo que Pachito debió ser para ellos, informémonos para poder ayudarlos y así ayudarnos todos, en memoria de los que hemos perdido —antes de seguir, la abuela respiró muy hondo y miró al féretro, pestañeando para quitarse las lágrimas—, descansa en paz, hijo hermoso, que tu esposa y tu hijo quedan en buenas manos. Gracias.

11.

Apenas el sacerdote dio por terminada la misa e indicó que se sacara el féretro, Antonia corrió al encuentro de la abuela. Lázaro quedó petrificado, sin saber cuál —de todos los impulsos que lo atosigaban— seguir, hasta que vio a Caridad dirigirse a la puerta que conducía al monasterio. No podía irse sin hablar con la monja, sin comprobar que existía de alguna manera. Tenía que abordarla y luego intentar presentársela a alguien. La tía Rosa seguía en la silla de adelante con su esposo, ellos servirían de comprobante.

El frío y la tensión en el cuerpo lo hicieron tambalear al levantarse. La sangre le tronó en los oídos, devorando los murmullos en la capilla y sobreponiéndose al sonido de sus propios pasos. El vértigo lo obligó a sostenerse de las paredes, pero aun así Lázaro avanzó hacia la monja.

—¡Caridad! —exclamó al ver que ella ya estaba en la puerta—, ¿me recuerda?

La monja se dio la vuelta y lo examinó.

—Ciertamente, joven Lázaro —dijo y se aferró a su camándula de plata—, mis condolencias por la muerte de su padre.

—¿Le molestaría hacerme un favor?

—De hecho, sí, no estamos en hora de consulta —dijo ella y se volteó para abrir la puerta—, vaya con su familia, debe estar con ellos en este momento.

—¿No oyó a mi abuela? Estoy teniendo alucinaciones —insistió él, resistiendo el impulso de cogerla por el hábito y halarla hasta donde sus tíos.

Caridad se volteó con la cara roja y una mirada de espanto tan intensa que Lázaro dio un paso atrás.

—No es nada grave —le dijo para calmarla, levantando las manos en señal de paz—, son sonidos y algunas visiones, solo quiero saber q...

—¿Qué está viendo?

—Nada en el momento.

—Bien —contestó la monja y apretó la cruz de su camándula con tanta fuerza que Lázaro

temió que la fuera a romper—, cuando vuelva a ver algo, vaya a un especialista, este no es lugar para tratar ninguna esquizofrenia.

Lázaro tuvo que esforzarse por mantener la boca cerrada. ¿Cuál esquizofrenia? ¿Y por qué estaba ella tan alterada? Para ser la monja progresiva que lo había regañado diciendo que no estaban en la Edad Media, Caridad tenía una actitud muy medieval frente a la declaración de un trastorno.

—Solo salude a mis tíos, ¿sí? —le pidió—, eso es todo, no estoy buscando que me cure ni nada.

—¿Para qué?

—Necesito saber qué es real y qué no.

El atado de desprecio que mantenía tensa la cara de Caridad se soltó y Lázaro se vio sobrecogido por una mirada que juzgaba cada parte de su ser con odio. La capilla entera pareció ponerse en sintonía con la monja y Lázaro sintió como si las estatuas de los santos estuvieran clavándole sus ojos llenos de repudio en la espalda. Él apretó los dientes.

—¿Usted se siente bien siendo monja? —le preguntó—, porque Jesús pasa toda la biblia curando enfermos y abrazando locos, pero usted igual cree que puede pararse ahí a verme como si fuera basura solo porque veo cosas.

—No cuestione mi fe.

—No estoy cuestionando nada, estoy describiendo lo que veo —dijo Lázaro—, con que salude a mis tíos ya puede meterse al monasterio a fingir que es una buena católica, jurado.

—Usted necesita un médico.

—Y voy a tenerlo, estamos buscando el mejor para agendar una cita —insistió Lázaro y dio un paso al frente. Caridad se metió al corredor y se escudó con la puerta, dejando ver un poco de lo que había al otro lado, un corredor estrecho con ventanas esmeriladas—. No le cuesta nada, por favor.

—No soy la persona calificada —replicó ella e intentó cerrar la puerta, pero Lázaro se lo impidió.

—¿No es la persona calificada para saludar feligreses? Ellos no ven cosas, si eso la hace sentir mejor.

—Dios quiso que la locura pasara a manos de los médicos por una razón, Lázaro, no insista.

—No sea así —le pidió él, esforzándose porque no se le quebrara la voz—, yo ya estaba viendo cosas cuando hablamos la vez pasada, no ha cambiado nada.

Ante el asombro de Lázaro, Caridad dejó de empujar la puerta para poder santiguarse. Decepcionado, recordó haber pensado que Caridad era una monja valiente, convencida de

su papel como persona de la iglesia, muy diferente a las otras que se limitaban a hacer cara de espanto, santiguarse y responder ambigüedades a todo lo que les preguntaban.

—¿Si me quedo a un lado, lejos, puede saludar a mis tíos? —le ofreció, apartándose un poco—, como cortesía, mire que dicen que los locos pueden escuchar a Dios y yo le aseguro que a Cristo le gustaría verla cooperar.

—Blasfemia —contestó ella y cogió la puerta para cerrarla, Lázaro se aferró del picaporte para impedirselo—, no se burle de mi vocación solo porque no se ajusta a lo que usted quiere, ninguna manipulación suya va a hacer que yo ceda ante su demencia.

—Usted no tiene ni idea —replicó Lázaro y soltó la puerta.

Como Caridad estaba halando con toda su fuerza, la puerta se le vino encima y se cerró de golpe; lleno de satisfacción, Lázaro la escuchó gritar, chocar con la ventana esmerilada y luego caerse. Era lo menos que le debía el destino, porque Lázaro sabía muy bien que, de diagnosticársele una enfermedad mental de verdad, le esperaba una vida de sorpresas de ese estilo, en las que “gente de bien” le huiría de pronto como la peste. Era lo que le había pasado a Matilde.

Resuelto a concentrarse en lo importante, Lázaro se volteó para dirigirse a donde sus tíos y preguntarles si lo habían visto hablar con la monja. Esa debía ser prueba suficiente para saber si ella era real, al menos. Cuando miró hacia las bancas, sin embargo, notó que estas estaban vacías. El féretro ya estaba afuera y toda la asistencia se aglomeraba en la puerta, removiéndose y murmurando un sonido que, más que voces, parecía la corriente de un río.

Con un nudo en el estómago, aceptó que era poco probable que alguien se hubiese fijado en su conversación con Caridad. Debía haberle al menos avisado a la tía Rosa que iba a hablar con la monja, para que estuviera pendiente. Con un suspiro de fastidio, asumió que tendría que resolver la incógnita de otra manera y se encaminó a la puerta para buscar a Antonia. Le habría gustado saludar a la abuela y agradecerle sus palabras antes de subir, pero cada segundo en la iglesia aumentaba la probabilidad de encontrarse con Matilde, por lo que decidió dejarlo para después. Cuando llegó a la puerta, encontró a Antonia hablando con Martín.

—No tiene sentido —escuchó que ella decía—, me dijo el sábado que lo quería internar.

—Mira, yo no sé qué pasó ese día que habló contigo, pero hoy mi mamá quiere verlo allá y es mejor que Lázaro vaya —respondió Martín—, y de paso que se disculpe, porque la tiene loca.

—Y ella lo tiene loco a él, no voy a permitir que...

—Hola.

Martín y Antonia se sobresaltaron. Lázaro, aquejado por el frío, los nervios y la sensación de humedad, metió las manos en los bolsillos de la gabardina y apretó los dientes. A pesar de que ahora estaba dentro del gentío y podía distinguir las voces, el sonido del río seguía ahí, persistente. No podía concentrarse en ello por ahora, su hermano se había enderezado para verse lo más alto posible y se estaba acomodando el saco del traje.

—Me dice tu tía que no piensas ir al cementerio —le increpó Martín y se cruzó de brazos—, ¿se puede saber por qué?

Lázaro se enderezó también para hacer evidente la media cabeza de altura que le llevaba a Martín. El resentimiento de haber sido abandonado a la merced de los policías se reavivó en su interior, clamando por lanzar la respuesta más hiriente posible. De un vistazo rápido, se dio cuenta de que Antonia estaba maquinando algo similar.

—Puro capricho, yo ya sabía —se burló Martín—, te vas conmigo, me queda un puesto en el carro.

—No, Lázaro sube a mi apartamento, yo ya lo dije —replicó Antonia—, y ya te expliqué por qué también.

—Me decepciona que te dejes engañar por los cuenticos de Lázaro —dijo Martín con voz insidiosa—, él no tiene nada.

—“Él no tiene nada” —lo imitó Antonia con la voz muy aguda—, me da mucha pena, doctorcito Suárez, pero no tienes ninguna base para decir que Lázaro está bien o no está bien; no tienes ni idea porque nos has dejado plantados no sé cuántos días y aparte ni siquiera eres psiquiatra.

—No hay que ser ni enfermero para saberlo, Lázaro siempre ha sido mentiroso —dijo Martín y puso una sonrisa digna de comercial de pasta para dientes—, ¡créeme, yo lo vi crecer!

—Yo también lo vi crecer y sé que no me está diciendo mentiras —replicó Antonia y se giró hacia Lázaro—, sube de una vez, antes de que me arme revuelta este plebeyo.

—Te creo más loca a ti por vestirte como payasa y usar la palabra “plebeyo” que a Lázaro por cualquier otra cosa —dijo Martín y se interpuso en el camino que tenía Lázaro para salir de allí—. Mi mamá quedó muy afectada por tu show en la clínica y la única forma en la que puedes arreglar lo que hiciste es yendo al cementerio.

—Eso no es cierto, le valió huevo y ahora está diciendo que tengo que ir porque lo que dijo la abuela la hizo sentir culpable —contestó Lázaro.

—Ajá, ¿y de dónde sacas eso?

—Ella es así y seguirle los caprichos no la ayuda en nada —respondió Lázaro y luego bajó la voz—, si quisieras a Matilde de verdad y supieras lo que le conviene, no la obligarías a verme otra vez.

—Tú y tus manipulaciones patéticas —se quejó Martín—, ¡como si no te hubiera visto en

la misa, antes de que tu abuela hablara! Ya deja el drama y vamos, que nos está esperando.

—Yo no la quiero ver.

—De malas.

Martín alargó la mano para coger a Lázaro del brazo, pero él dio un paso atrás. El sonido del río se hizo más fuerte; Antonia se interpuso entre los dos.

—Antonia, por favor, deja de alcahuetearle las pendejadas —reclamó Martín.

—Tú respeta —respondió ella y puso las manos en las caderas—, no voy a dejar que Matilde se meta con Lázaro hasta que un médico no me garantice que va a dejar de portarse como desnaturalizada, así que vete al carro y no insistas.

—¿Me pides respeto y hablas así de mi mamá? —replicó él—, ella tiene una condición de verdad, necesita apoyo.

—Pues dale apoyo tú, ya que estás tan comprometido, ¿me imagino que la visitas todos los fines de semana y que la llamas, que estás pendiente! ¿Cierto, Lázaro? Martín debe andar encima a toda hora, con lo buen hijo que es.

—Todos los días —contestó Lázaro y sonrió al ver a Martín rabiar.

—Yo ya soy profesional y estoy trabajando —se defendió él.

—Ay Martín, si algo le tenías que aprender a mi bello hermano, no era la maña de poner el trabajo de excusa para todo.

Una brisa fría se coló por el cuello de la gabardina y congeló la sonrisa de Lázaro en su lugar. Tuvo un escalofrío y notó que tenía los pies congelados, tanto que se sentía como si estuvieran mojados. El río sonaba con insistencia; aunque sabía que por ahí no había ríos y que tenía que tratarse de una alucinación, le costó trabajo no salir a correr, temeroso de que lo arrastrara la corriente o de que lo hundiera en una súbita inundación.

—Se les va a hacer tarde —dijo e intentó evadir a Martín, pero él fue más rápido—, yo arreglo con ella luego.

—Lo creas o no, es más efectivo evitar cagadas que arreglarlas —respondió Martín—, ¿no aprendiste nada cuando perdiste el examen de la universidad? Porque esa clase de cosas son las que no puedes arreglar luego de cagarla.

—Estaba enfermo, no tiene nada que ver.

—Mira Lázaro, honestamente da vergüenza verte decir que tu migrañita de nada te vuelve inválido, te lo digo como médico.

—Oye Martín —intervino Antonia—, ¿a ti quien te dio el título de médico?

Lázaro y Martín la miraron sorprendidos. Los tres tenían claro que Martín se había graduado como médico el año anterior y que había conseguido de forma honesta su puesto en el centro de salud del aeropuerto; la sonrisita de rabia que ella sostenía en sus labios apretados no tenía razón de ser.

—¿Por qué preguntas? —soltó Martín al fin, ladeando la cabeza hasta que una vértebra del cuello soltó un crujido.

—Porque te tenían que haber graduado es de desgraciado —exclamó ella y le pegó una cachetada que le volteó la cara—, ¡animal!

Lázaro retrocedió, asombrado y sintió que los pies se le hundían en el agua. Aterrado, miró al suelo y no vio corriente alguna, pero la sensación de humedad subiendo por las fibras del pantalón y congelándole las pantorrillas continuó, irrefrenable. Tenía que decirle a Antonia, pero ella estaba ocupada insultando a Martín y a Matilde con todo lo que tenía guardado en el alma.

—¡Antonia, Martín! —llamó la tía Liliana desde la esquina—, ¿qué está pasando?

—¡Vete, vete a buscar a tu mamá! —ordenó Antonia y empujó a Martín—, Lázaro, sigue el río.

Lázaro sintió que se le congelaban las tripas. Antonia no veía el río, esa corriente no existía. Eso no podía ser.

—Lázaro —volvió a decir la voz y él reconoció la voz de Dariana—, viene por ti.

Martín reaccionó y empujó a Antonia de vuelta, mandándola hacia la calle. Por primera vez, a Lázaro se le ocurrió que el Ladrón, una vez acabara con los hombres, podría seguir el exterminio con las mujeres. Siempre había dado por sentado que la maldición se detendría cuando cayera el último varón, que ellas iban a sobrevivir, pero nada le impedía al Ladrón hacer danzar a Antonia sobre sus tacones altísimos hasta que cayera en la mitad de la calle y un camión le aplastara el corazón. Nada le impedía robar a la abuela Teresa o a la abuela Leonor, refugiada por allá en el Llano, y arrasar con la tía Rosa, con Liliana, a Matilde y sus hermanas, con las escasas primas que tenía.

Sin mirar si el semáforo estaba en rojo o en verde, si había carros o si Antonia realmente iba a perder el equilibrio, Lázaro corrió hacia ella. Sus piernas se sentían empapadas y la ropa le pesaba, impidiéndole avanzar a la velocidad que necesitaba. Antonia trastabilló, pero logró recuperar el equilibrio, Lázaro se inclinó para cogerla de la cintura y la alzó a duras penas. Martín gritó algo, Lázaro siguió avanzando y llegó al otro andén justo a tiempo para oír un pito y sentir el vendaval causado por un carro que pasaba a toda velocidad.

Sin soltar a Antonia, quien gritaba cosas que él no entendía, Lázaro miró a Martín y lo encontró pálido, furioso, pero más asustado, como si estuviera frente a un criminal. Lázaro se rio, a lo mejor Martín no esperaba de él ningún gesto de valentía. También era posible que Lázaro hubiese imaginado el empujón y hubiese arrancado a Antonia del andén para tirarse con ella a la calle, pero lo dudaba: el campo de alucinaciones ya estaba saturado por el río y la voz de Dariana.

—¿Te acuerdas de la bruja? —le preguntó a Antonia con una sonrisa, bajándola suavemente mientras ella boqueaba, aterrorizada—, se me acaba de ocurrir que fue a ella a la que mataron.

—¿Qué? —musitó Antonia sin recuperar el aliento todavía.

—Eso lo explicaría todo —dijo él.

—Pero si yo estoy viva, mi amor.

Lázaro se giró hacia la calle para buscar a Dariana. En su lugar se encontró con que Martín se arremangaba el traje para ir a su encuentro. La bruja ya lo había dicho, alguien venía por él. El Ladrón había intentado matarlo hacía un momento con el salto a la calle y ahora se había apoderado de Martín para hacerlo muy a las malas.

—¡Don Julio! —gritó Antonia hacia la oficina del celador del edificio, con la voz quebrada del espanto—, Lázaro, vamos al apartamento ya.

El sonido del río se empezó a desvanecer y Lázaro notó el calor del sol sobre la cara. Si lo que él oía era real, Martín venía a golpearlo a él; si no lo era, entonces venía a golpear a Antonia. En cualquiera de los dos casos, ella quedaba en el medio y Lázaro no lo podía permitir. Martín no tenía el derecho de maltratar a su tía y el Ladrón no se podía llevar a las mujeres también, mucho menos después de hacerlas sufrir tanto.

Antonia cogió a Lázaro del antebrazo y lo haló hacia el apartamento. Él se dejó llevar hasta la mismísima puerta del edificio, se soltó de una sacudida y cerró la puerta antes de que ella lo pudiera volver a atrapar.

—¿Qué haces? —le gritó ella.

—Ya vuelvo —mintió él y arrancó a correr.

12.

La corriente, aunque apenas audible, lo guio hacia los cerros al oriente de la ciudad. Lázaro sabía que había una quebrada por allí cerca, en dirección a la vía hacia la casa de la abuela, pero no parecía que se tratara del mismo río, de hecho, tenía la impresión de que el agua de este corría en dirección a la montaña, como si fuera a subirla toda, desafiando las leyes naturales.

El aire frío y la carrera en subida le congestionaron los pulmones, para cuando llegó a un muro de contención al final de una calle cerrada, ya había perdido el aliento. Jadeando, se apoyó contra la pared y revisó si Martín lo seguía. No estaba a la vista, lo había dejado atrás, ojalá perdido en el laberinto de callejuelas más abajo. Tal vez, sin embargo, su hermano había decidido ir por Antonia más bien. Las rodillas le flaquearon al pensar en ella, pero por el momento, no era sensato volver.

Miró a su alrededor. Los edificios parecían lujosos, si se quedaba ahí parado, pronto tendría que vérselas con un guardia de seguridad. Había cámaras en las esquinas, también. Lázaro se separó del muro, respiró hondo y pasó la calle para verlo mejor y evaluar la posibilidad de escalar y seguir hacia el monte. No había cerca ni alambres en la parte de arriba; según la portería a un lado, el terreno le pertenecía a un colegio de monjas.

—¿Dariana? —llamó Lázaro en un susurro, sin saber qué hacer.

Nadie respondió y el río ya no se oía. Así que se había imaginado otra vez a la bruja, había sido un tonto al dejarse llevar por la ilusión de verla y preguntarle por qué la veía, por qué estaba loco. Los latidos de su corazón resonaban contra sus oídos y lo hacían temblar, tenía también mucha sed. No había ninguna tienda, tampoco alguien a quien acudir; la cuadra estaba desolada, aunque fuese hora pico y el resto de las calles de la ciudad se estuvieran llenando de carros y gente cansada.

Pensó en acercarse a la portería del colegio a buscar un celador o alguien, pero un cambio en la atmósfera lo puso alerta. Se sintió como si fuera a llover, aunque el cielo estuviera despejado. Tenía que buscar refugio, moverse, así que decidió volver sobre sus pasos para

buscar una salida hacia la vía que llevaba a donde la abuela, pero en la esquina lo estaba esperando el Ladrón.

Era un hombre anciano pero recio, bajo, ancho de espalda y que se parecía a Dariana, aunque sus cejas eran marcadas y densas mientras las de ella apenas si se veían. Lázaro no pudo ver en él ningún asomo de lo sobrenatural, nada en sus ojos ligeramente inyectados y rodeados de arrugas, en las manos anchas que sostenían un manojito de hojas y un bozal de perro, o en su ropa y uñas manchadas de tierra, pero lo reconoció al instante porque tenía la misma presencia de aquello que lo había estado siguiendo, manteniéndolo despierto y asustándolo en cada nuevo reporte de muerte de uno de sus familiares. El inmenso miedo que lo sobrecogió era el mismo que lo había estado intoxicando desde hacía meses, más claro que cualquier presentación.

Antes de que el Ladrón pudiera hacer cualquier movimiento, Lázaro se dio media vuelta y corrió hacia el muro de contención. La pared era rugosa, fácil de escalar, pero el cansancio le pesaba en los miembros y el miedo le impedía reaccionar con agilidad. Aun así, logró escalar a costa de un par de raspaduras, con el Ladrón casi en los tobillos y el corazón queriendo salirse por la boca para adelantarse al cuerpo y escapar a como diera lugar. Pateando a duras penas para librarse de la sensación de que el Ladrón lo agarraba, Lázaro corrió hacia el edificio principal del colegio.

—¡Perro! —gritó el Ladrón con una voz gangosa, aunque raspada.

El lugar estaba vacío, no había siquiera un guardia de vigilancia o un perro de seguridad. Las puertas metálicas tenían doble cerrojo y las ventanas estaban enrejadas, por lo que Lázaro no intentó abrir alguna para poder resguardarse. Detrás del edificio principal había un jardín con una estatua de la Virgen en medio, luego una cancha mixta, dos casetas, un teatro al aire libre y luego el bosque que cubría la ladera de la montaña, una pendiente tan inclinada que parecía a punto de venirse encima del colegio y la ciudad.

—¡Lázaro! —llamó Dariana de pronto.

—¡Tú no existes, maldita sea! —respondió él, deteniéndose en la mitad de la cancha.

—¡Ven al bosque!

A Lázaro le entró un ataque de tos que lo dobló sobre sí mismo. Como el asunto era de vida o muerte, se propuso a seguir andando así fuera de rodillas, pero notó que el Ladrón no se le abalanzaba encima ni intentaba hacerle daño. Ya no se veía, aunque seguía merodeando.

No entendía por qué el monstruo había cambiado de idea, pero agradeció el momento para respirar. Quería cuestionarle todo, ya que estaba ahí, por fin, pero el solo hecho de hablarle le parecía peligroso. De alguna manera, dirigirse al Ladrón era como tenderle una mano para

que saltara a la realidad definitivamente y Lázaro prefería que se quedara así, fantasmagórico, hasta que encontrara un lugar seguro.

Apenas recuperó el aliento, Lázaro emprendió la marcha. El Ladrón parecía seguirlo a cierta distancia, sus pisadas apenas eran audibles sobre el césped, que pronto se transformó en un colchón de hojas de pino secas. El bosque empezaba con algunos árboles esparcidos aquí y allá, pero se hacía denso justo antes de que la pendiente se pronunciara. Lázaro se detuvo en el límite. El anochecer estaba en curso y cada vez había menos luz, si lo mataban allí, su familia iba a tardar semanas o meses en encontrarlo, si es que lo encontraban.

—Ven —insistió Dariana de inmediato.

—Ven tú hasta acá —respondió Lázaro.

El Ladrón apareció unos metros adelante. Lázaro apretó los dientes. Al hombre se le veía tan sólido como había parecido Dariana en el pasaje comercial el otro día, como el perro Kaskabal en la única ocasión que Lázaro pudo tocarlo con las manos, como cualquier persona o criatura que caminara por la tierra. El Ladrón usaba el mismo pantalón de jean desgastado que usaría cualquier persona con trabajo pesado, la misma camisa ligera para protegerse del sol en un lugar de clima templado, un sitio como Urrao, se imaginaba Lázaro. De haber podido ir hasta ese pueblo y ver el río por donde se había ido el cadáver de la mujer, tal vez las cosas serían diferentes.

—No puedo ir hasta donde estás, mi amor —le dijo Dariana—, no te preocupes, es aquí a la vueltica.

Lázaro miró al Ladrón directo a la cara. Sí, definitivamente se parecía mucho a la de Dariana, no había error posible, así que ella perfectamente podía ser una ilusión creada por él para tenderle una trampa. Mientras decidía qué hacer, el Ladrón lo miró con fastidio, con cierto cansancio, incluso, y se dio la vuelta para avanzar. ¿A qué venía esa mirada de desgana? Si el viejo estaba tan aburrido con su tarea, todavía podía decidir dejar de hacerla, no matar ni torturar a nadie más e irse a descansar al hoyo de donde hubiese salido. Temeroso de perderlo de vista otra vez, sin embargo, Lázaro se mordió la lengua para no insultarlo y trotó detrás de él, buscando por el camino alguna piedra o rama que pudiera usar para defenderse.

El Ladrón avanzó por un camino cada vez más estrecho, un sendero creado posiblemente por estudiantes durante escapadas en el recreo, como indicaba un hueco en la cerca que delimitaba el terreno del colegio ya dentro del bosque. Tras avanzar un poco más y escalar un par de muros pequeños, treparon un peñasco que daba a una zanja honda. Sentada en otra gran roca al otro lado, Dariana se removía nerviosa un mechón de cabello.

—¿Qué haces cargando esa piedra? —fue lo primero que ella preguntó.

Lázaro sopesó la roca que había escogido por el camino. Pensó en lanzársela a Dariana, pero no tenía otra para defenderse del Ladrón.

—Yo estoy de tu lado, no me la vayas a tirar —advirtió ella.

—¿Cómo te creo? —replicó él, sin saber cómo mantener vigilado al Ladrón y cuestionar a la bruja al tiempo—, ¿por qué hasta ahora apareces?

—Tenía que prepararme para poder contenerlo —contestó Dariana haciendo un gesto hacia el Ladrón, quien estaba lívido.

—Pues el bozal lo tiene en la mano él —señaló Lázaro, sarcástico.

—Perro —contestó el Ladrón y saltó a la zanja, donde desapareció.

Lázaro se asomó a la zanja con cuidado. Tendría unos dos metros y pico de profundidad, no había manera de que el Ladrón se hubiese hundido hasta perderse de vista, lo que indicaba que había desaparecido otra vez. Tampoco lo sentía merodeando, pero sin duda estaría de regreso pronto. No había tiempo que perder.

—No quiero que me maten —declaró y se arrodilló para estar a la altura de Dariana—, me gustaría tener explicaciones también, pero estoy contento con que me dejen ir.

—Yo no te quiero matar —respondió Dariana y mandó el pelo para atrás—, el hombre que estabas viendo murió hace dos años y medio, volvió de la tumba para ejecutar a tu familia por el daño que le hicieron.

—Ustedes son parientes, se les ve en la cara.

—Yo soy su nieta.

Dariana cogió su cabello por el otro lado y se puso a estrujarlo otra vez, así como Caridad manoseaba su crucifijo de plata. La nueva revelación lo instigó a armar las piezas del rompecabezas de una buena vez, pero tenía tantas ideas en el cerebro y sobre todo tanto horror, al saber que su verdugo estaba muerto y que había estado congeniando con su nieta todo ese tiempo, que no podía articular nada coherente.

—¿Por qué no me dijiste antes?

—Te contacté para entender yo lo que estaba pasando y no me ibas a decir nada si te explicaba —Dariana parecía sinceramente consternada—, esto no ha sido fácil, mi amor.

—¿Por qué no nos deja en paz? —se quejó Lázaro—, ¿qué hay que hacer para que se detenga?

—Ayudarle a descansar. La maldición estaba sobre tus abuelos, pero ahora le pesa a él.

Así que Dariana creía que el Ladrón tenía corazón, lo cual era entendible si eran familia. La brutalidad de los últimos asesinatos lo hacía dudar, pero en la situación en la que se encontraba, la verdad era que Lázaro no tenía más remedio que confiar en que la bruja sí estaba frente a él y que podía ayudarlo a librarse del asesino.

—Entiendo que no me creas, has pasado días muy duros —dijo Dariana, torció su cabello una última vez y lo mandó hacia atrás—, piensa que eres el único que puede verme ahora y ver a mi abuelo, eso no puede ser gratis.

—¿Tú estás muerta también?

—Que estoy viva, bobo, ya te dije.

Lázaro resistió la tentación de alargar el brazo para tocarla y verificar si estaba allí a punta de repetirse que, de comprobar que se trataba de una ilusión no más, el estrés lo iba a hacer vomitar o desmayarse, lo que terminaría dejándolo en bandeja para que el Ladrón le sacara el corazón como se le diera la gana.

—¿Dónde está Kaskabal? —le preguntó a la bruja para sacar esos pensamientos de su mente—, ¿el bozal es para él?

—Sí, mi abuelo captura a ese perro para mandarle los corazones al demonio con el que pactó la maldición original

—¿Y por qué tiene que capturarlo? ¿No puede hacerlo todo él?

—Hay que meterse al río para ir al otro lado y solo esos perros pueden navegarlo sin perderse.

—¿Así que son como... guías... al Más Allá?

—Sí.

Salvo que la muerte funcionara con algún sistema de crédito del que Lázaro no sabía, se le hacía ilógico que los perros, que como guías de las almas tenían que ser algo así como ángeles o el barquero de los griegos, no aparecieran automáticamente para llevarse el alma, espíritu o lo que fuera de una persona cuando esta tenía ya que fallecer. Tal vez el Ladrón tenía que buscarlos por lo que había dicho Caridad acerca de que las maldiciones eran castigos impartidos antes de tiempo, a lo mejor las muertes por maldición no aparecían en la lista cósmica de almas y nadie pasaba por ellas.

—Mira, Lázaro, la doña que tus abuelos mataron era la dueña de una finca de frutales bajando hacia El Yermal, donde trabajaba toda mi familia —contó Dariana y se acomodó para que los pies le quedaran colgando por encima de la zanja—, mi abuelo la apreciaba mucho porque fue la única que lo dejó quedarse y trabajar luego de que nos desplazaron del Tigre, por el Atrato

—¿Y cómo lo convengo de que yo no tuve nada que ver? —preguntó Lázaro, sin entender cómo esa información le servía de algo—, ¿voy y preparo un funeral decente? ¿Pesco lo que quede del río, luego de dieciocho años?

—¿Cuál río?

—Asumo que la botaron a un río, ¿cómo más se iban a librar del crimen?

—Ah no, dijeron que ella andaba metida con un narco y que la habían matado en medio de un ajuste entre esa gente, el pueblo les creyó y su familia le dio un buen entierro.

—¿Y a ustedes los echaron?

—No.

—¿Entonces?

—Pues entonces nada, yo creo que mi abuelo estaba enamorado de la señora porque nunca perdonó eso y por eso es por lo que, cuando ya se iba a morir, el Diablo pudo visitarlo y proponerle su negocio torcido. Ahora toca ayudarlo a salir.

La pregunta crítica seguía sin respuesta y Lázaro ya apenas si podía percibir la silueta de Dariana en la penumbra. Con las manos más temblorosas y sudorosas que nunca, sacó el celular para activar la linterna. Hacía muchísimo frío.

—Qué historia de amor de mierda —se quejó Lázaro e iluminó a Dariana, comprobando, para su horror, que no producía sombra.

—Hey, no, no, no te me vayas —le pidió ella al notar su cara de espanto—, ¿qué pasa?

—En serio no estás acá.

—Ah, bobo —dijo ella y le hizo un gesto de desdén con la mano—, créeme que, si pudiera ir a Bogotá, lo haría, sería más fácil todo, pero esto es lo que hay —dijo ella, ya de mal genio—, más bien agradece que ves cosas.

—No tengo nada qué agradecer, ni ver ni escuchar ni entender todo lo que ha pasado me va a salvar a la final.

—¡No te quejes y ayúdame a pensar! —exigió Dariana y se arrodilló—. Lo que hizo el Diablo fue cambiarle el alma por la posibilidad de vengarse de tus dos abuelos en unos términos que no sé, pero finalmente lo indujo a matarlos y mi abuelo no era asesino, no estaba eso en su alma así que empezó a sufrir un tormento muy grande. El Diablo cogió ese desespero para engatusarlo, lo convenció de que era rabia porque la venganza no había sido suficiente, que tenía que matar más para quedar satisfecho y poder descansar. Así resolvieron que iban a matar a todos los hombres de la familia hasta la tercera generación, porque el tres es un número sagrado, que al Diablo le gusta.

—Y supongo que el Diablo no planea liberarlo del tormento si le paga todo eso, que le va a proponer matar a las mujeres o algo.

—El plan del Diablo no lo sé, pero mi abuelo no va a pasar de acá, yo voy a liberarlo.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Lázaro, todavía reacio a creer que Dariana estaba allí y algo estaba saliendo bien—, ¿Cómo sabes todo esto, de hecho?

—Brujería.

—¿Qué te la enseñó quién?

—Mi abuelo.

El conjunto era muy sospechoso, pero ella parecía sincera. Lázaro se repitió que no tenía nadie más en quien confiar ni a quien acudir, ni en ese momento ni en general.

—Si sobrevivo, ¿me enseñas?

Dariana miró hacia otro lado. Lázaro se sentó, decepcionado. Aunque no había visto agua en el fondo de la zanja cuando se había asomado, ahora percibía el sonido de una corriente escuálida, vestigios del río que lo había llevado de la iglesia hasta ese lugar. El entierro ya debía estar finalizando, quién sabe qué habría sido de Antonia y Martín.

—¿Cómo ayudamos a tu abuelo a zafarse del Diablo?

—Necesitamos que nos dé su alma para mostrársela como prueba a alguien que nos puede ayudar.

—¿Cómo así? —replicó Lázaro, pensando para sí que, si todo eso era una alucinación, tenía que darse mérito por el nivel de absurdo al que podía llegar su imaginación—, ¿El alma de él no la tiene el Diablo?

—Es un poco complicado —admitió Dariana—, mira, acuérdate de Kaskabal. Ese es el perro de mi abuelo, ¿sí? El que se suponía que lo iba a guiar al otro lado, pero no pudo, porque el Diablo cogió el alma de mi abuelo antes. Para que mi abuelo atraiga a Kaskabal y lo pueda coger, el Diablo le devuelve a mi abuelo un pedazo de su alma, y para que Kaskabal le lleve el corazón al Diablo y no a otra entidad, como imagínate, Dios, mi abuelo mete el pedazo de alma dentro del corazón. ¿Me sigues?

—Sí, es decir, Kaskabal sabe que el dueño del alma de tu abuelo es el Diablo así que se la lleva sin que le importe el contenedor —dijo Lázaro—, ¿y cómo existe tu abuelo y asesina gente si no tiene alma?

—Ese es el poder del Diablo, eso fue lo que mi abuelo compró.

—Ok... ¿y tu plan entonces es que, cuando tu abuelo venga a matarme, lo convenzamos de que te dé el pedazo de alma más bien? —preguntó Lázaro y Dariana asintió—, ¿Crees que vaya a funcionar?

—Espero que sí.

Lázaro miró hacia arriba. El cielo contaminado por la luz de la ciudad se veía por parches entre las copas de los árboles, aun así, el silencio y el olor a tierra hacían difícil recordar que se encontraban realmente cerca del límite urbano. El corazón le martillaba el pecho con consistente furia, preparándose para el momento decisivo que se acercaba con la corriente del río, cada vez más fuerte. Lázaro se puso de pie e iluminó con la linterna a su alrededor, buscando un mejor lugar para esperar.

—¿Qué hay de los perros de mis familiares? —le preguntó a Dariana mientras bajaba del peñasco para resguardarse en el borde de la zanja—, ¿por qué no pelean con Kaskabal para llevarse el corazón?

—Ya viene —contestó ella, se paró y le indicó con un gesto que se acercara.

Sintiendo que el corazón se le encogía, Lázaro se aproximó hasta apoyar la espalda contra el peñasco en el que estaba ella. Sin saber si apagar o no la linterna, resolvió apoyarla contra su cuerpo para aplacar la luz.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a la bruja.

—Voy a intentar hablarle primero —contestó ella—, para explicarle esto mismo.

—¿Y si no te escucha?

—Le hablas tú para que entienda que la rabia que siente es el tormento por matar, que está haciendo mal y que no va a descansar si sigue con esto.

Instintivamente, Lázaro se protegió el pecho con los brazos, manteniendo la linterna contra su cuerpo. Dariana tenía poder y sabía muchas cosas, pero estaban hablando de un alma

atormentada y poseída por el Diablo, embrutecida tras más de una docena de asesinatos. Era algo que estaba totalmente en otro nivel.

Lo primero que percibió fue el rumor del río, que aumentaba. Luego, el quedo lamento de Kaskabal, que parecía acercarse con el agua y ese cambio de atmósfera otra vez, esa sensación de que iba a llover, aunque no hubiese nubes. La oscuridad lo agobió, pero se resistió a explorar con la linterna por miedo a ver al Ladrón de frente. El corazón todavía se sentía encogido, temeroso de hacer ruido, y por ello fue por lo que Lázaro distinguió rápidamente que el palpitar que sonaba cada vez más fuerte no provenía de su cuerpo.

No podía ser el corazón del Ladrón, porque era una cáscara y seguro no tenía. Tampoco era el del perro, ni el de Dariana. Lázaro se oprimió el pecho para sentir con más claridad sus propios latidos y los encontró allí, rápidos, diferentes a los temores que sacudían los árboles. Entendió entonces que el Ladrón se había ido con tanta naturalidad porque era un cazador sereno, adaptable, que tenía la paciencia para acechar a varias presas y la agilidad para atraparlas en cualquier orden.

—Ese es Martín —dijo en voz queda y dejó caer el celular para taparse la cara con las manos.

La rabia que había sentido contra su medio hermano se convirtió en un remordimiento pesado que le cargó los órganos internos. Ni siquiera con Francisco había quedado en tan malos términos como con Martín antes de que el Ladrón atacara; ninguna de las muertes antes de esa le había dolido tanto. Aunque pelearan constantemente, aunque se maltrataran el uno al otro sin compasión, Martín era el hermano mayor de Lázaro, un compañero a regañadientes, pero a fin de cuentas un aliado en la batalla contra el desprecio de Francisco y el estigma de tener una madre como Matilde. Mientras aún vivían en la misma casa, Martín lo había defendido y le había enseñado a defenderse; su mudanza se había sentido como abandono, sí, pero a la vez le había mostrado a Lázaro que se podía crear una nueva vida, la que él quería, si tan solo estaba dispuesto a tomar las decisiones pertinentes.

Quién sabe cómo lo había matado el Ladrón, usando a quién y frente a quién. Lázaro se llenó de furia al entender que no tenía tiempo siquiera de seguir pensando en ello porque el asesino ya estaba a unos pasos y tocaba calcular, pronto, cómo su plan se veía afectado por la presencia de un corazón. El Diablo tenía que saber sobre las intenciones de Dariana, de seguro había forzado los acontecimientos para hacer más difícil que el Ladrón le diera un pedazo de su alma.

—Ya no más —dijo ella.

El gruñido de Kaskabal llenó el aire. Lázaro se descubrió la cara y miró al suelo, alumbrado por la linterna del celular que había quedado incrustado en el barro que él no sentía y que un minuto antes no estaba ahí. La corriente del río aparecía finalmente, subiendo poco a poco, pero el agua no mojaba. El sonido de una bota hundiéndose en el fango le indicó que el Ladrón sí era afectado por el río, también que seguía avanzando hacia él.

—Que no, papito, escúcheme a mí.

—Perro —contestó el viejo.

Lázaro se atrevió a mirar en la dirección del Ladrón. La luz del celular solo le dejaba ver con claridad las botas, pero era suficiente para distinguir a Kaskabal, que se removía para liberarse del bozal que lo aprisionaba. Aunque era evidente que se trataba del mismo perro, Lázaro sentía que lo veía por primera vez, o más bien, que lo veía como realmente era: un espectro famélico, curtido de mil castigos, adaptado a la oscuridad y el sigilo. La piel gris se fundía con la penumbra para hacerlo ver como una aparición, como una mezcla de animales que el cerebro era incapaz de procesar. Se veía canino pero acuático, con un aire de murciélago y un dejo de serpiente, y tenía las patas en dirección contraria, como si alguien lo hubiese partido por las rodillas para pegarlas al revés.

—Yo sé que usted confía en mí porque no ha mandado el corazón todavía —dijo Dariana—, deme el pedacito de alma y yo le ayudo con todo, le ayudo con ese corazón.

El Ladrón se mantuvo tenso, con el corazón de Martín sonando cada vez más débil. Viendo a Kaskabal removerse, a Lázaro se le ocurrió que el perro podía percibir el alma del Ladrón y cogerla por la fuerza, si tan solo lo dejaba libre. Era una apuesta más segura luchar por sacarle el alma al perro del hocico que intentar hacer que el asesino la entregara por sí mismo, teniendo en cuenta que la bestia tenía las manos llenas de sangre fresca.

—El Diablo es traicionero, acuérdesse y no lo escuche más, esa rabia suya es culpa en realidad—dijo Dariana y se bajó del peñasco para interponerse entre Lázaro y el Ladrón—recuérdesse cómo era usted, piense en la doña, ella que era tan buena estaría llorando de verlo matar tanta gente.

Como Dariana no proyectaba sombra, Lázaro aún podía ver a Kaskabal. La zanja en la que estaban los tres era demasiado estrecha para maniobrar, pero mientras Lázaro no se estuviera hundiendo en el fango como sí hacían todos los demás, era posible que, con algo de velocidad, pudiera liberar al perro. El Ladrón avanzó un paso más y la luz le llegó a la cintura, Lázaro apartó la vista para no ver el corazón de Martín.

—Deje a mi hermano irse en paz —pidió con un hilo de voz—, él no hizo nada, nosotros no hicimos nada, fueron mis abuelos que mataron a la señora y nos jodieron la vida a todos, a usted y a nosotros.

—Lázaro —advirtió Dariana, pero él no quiso detenerse.

—Mi abuelo Esteban trataba a sus caballos como hijos y a sus hijos como mulas —exclamó—, mi abuelo Eduardo fue el que volvió loca a mi mamá. Ellos eran los criminales, pero igual usted les dio las vidas más largas y las mejores muertes mientras a los demás nos ha torturado sin razón de ser, ya déjenos en paz; ya que mató a mi hermano, ¡déjelo irse en paz!

La rabia del Ladrón hizo vibrar el agua. Dariana puso las dos manos al frente, como dispuesta a recibir una embestida.

—Mi tía Cristina prendió el carro y se encerró en el garaje con su hija de tres años porque usted mató a mi tío y mis dos primos—continuó, separándose al fin del peñasco para ubicarse junto a Dariana—, usted fue el que mató al perro Grimm por andar detrás de mí, ¡despiértese!

—Quédate atrás —le urgió Dariana, pero Lázaro no se movió.

—Perro —dijo el Ladrón.

El agua empezó a mancharse con coágulos del corazón de Martín. En vez de las matas que llevaba antes, el Ladrón cargaba un machete envainado. A falta de opciones, Lázaro concluyó que el viejo guardaba el corazón dentro del carriel que llevaba colgado en un costado. Si tenía oportunidad, se lo quitaría también.

—Papito, míreme —pidió Dariana, dando un paso al frente para llamar la atención del Ladrón. Se le veía agitada, como si estuviera haciendo mucho esfuerzo—, lo que le dice Lázaro es verdad, ese sufrimiento lo ha causado usted, pero ha sido por el engaño del Diablo y si usted me colabora, lo puedo salvar —rogó y luego le dio una mirada rápida a Lázaro, una advertencia—. Ve a decir una cosa más y si usted se contiene, si usted no se mueve, yo voy a saber que puedo avanzar y quitarle esa carga de las manos, ¿está bien?

Lázaro palideció. ¿Qué tenía que decir? Pensó en explicarle la tortura de las abuelas obligadas a enterrar a toda su descendencia, pero eso solo atizaría el tormento del Ladrón, que, traducido en ira asesina por el embrujo del Diablo, iba a echar todo a perder. Se le ocurrió entonces argumentar que tenía el don de ver al Ladrón y demás cosas sobrenaturales porque Dios o alguien por el estilo quería darle una oportunidad al viejo de arrepentirse, reconciliarse con los vivos y dejar atrás la maldición. Podía presentarse como una señal, una puerta hacia la redención...

El Ladrón seguía mirándolo, Dariana sostenía los brazos extendidos y rezaba en voz baja con su idioma inentendible, hablando a toda velocidad. Kaskabal olfateaba el agua, que parecía limpia de nuevo, aunque oscura. Lázaro no quería hablar, el miedo no lo dejaba decidir. El corazón de Martín ya no se oía, a lo mejor el Diablo ya no se iba a interesar en él si no estaba fresco. Tal vez, entonces, exigiera uno nuevo lo más rápido posible, o se enfureciera y viniera él mismo por él. Lázaro entendió entonces que liberar al Ladrón era solucionar solo la parte del problema que le interesaba a Dariana. Ella no había dicho nada de defenderlo a él en caso de una retaliación del Diablo, no había nada que indicara que este no iba a buscar otros medios para satisfacer su hambre, para encontrar a Lázaro, abrirlo en dos y completar su macabra colección. Había una oportunidad, sin embargo, de lavarse las manos: si, a los ojos del Diablo, el Ladrón fallaba en su misión, si llegaba un pedazo de alma sin corazón, toda la ira del infierno se iría a él y Lázaro sería libre.

—Jódase —dijo al fin y corrió a liberar a Kaskabal.

13.

Dariana se desvaneció con un grito cuando Lázaro pasó a través de su imagen sin pensarlo dos veces. El Ladrón, desenvainando su machete, retrocedió hacia la oscuridad y se llevó a Kaskabal consigo. Lázaro confió en poderse guiar por el sonido y los siguió, trastabillando entre grandes rocas y raíces de árbol. Al poco tiempo empezó a sentir el río por fin y empezó a hundirse en el barro que olía a asfalto recién mojado por la lluvia y estaba extrañamente caliente.

—¡Kaskabal! —gritó, confiando en que las numerosas veces que había visto al perro sin su dueño fueran indicadoras de algo—, ¡Kaskabal, ven!

—¡Perro! —respondió el Ladrón.

Lázaro se lanzó a un lado y el Ladrón pasó de largo. El sonido del machete incrustándose en un árbol le pasó a Lázaro un escalofrío de punta a punta. Usando la escasa luz que venía del cielo contaminado, pudo ver un destello de la cadena de Kaskabal y se las arregló para alargar la pierna hasta enredar el tobillo y poder halar. El movimiento tomó al Ladrón por sorpresa y el perro quedó libre, echando a correr inmediatamente.

—¡Espera, vuelve! —exclamó Lázaro yendo tras él, escapándose por poco de otra estocada del Ladrón—, ¡el bozal!

Kaskabal pareció entenderle, porque el sonido de sus pasos cambió de dirección y empezó a acercarse. Lázaro se preparó para atraparlo. Cuando lo sintió cerca, pasando por la izquierda, Lázaro se lanzó, capturándolo con ambos brazos antes de caer y golpearse la espalda contra una piedra que le hizo perder todo el aire.

—¡Lázaro! —llamó Dariana en la distancia.

No había tardado nada en volver. Boqueando para llenar de aire los pulmones, Lázaro rogó porque la bruja no estuviera ahora en contra de él y se concentró en quitarle el bozal al perro. La hebilla fue fácil de encontrar una vez el animal se quedó quieto, pero estaba trabada y cuando por fin abrió, los pellizcó a los dos, causando un aullido y un par de palabrotas. El Ladrón se perfiló contra una zona por la que se colaba la luz de la ciudad. Lázaro, aun tosiendo y luchando para respirar, calculó que se encontraba a unos seis metros de distancia y desesperó al no saber cómo le iba a quitar el carriel al viejo sin recibir un machetazo.

—¡Lázaro, vuelve acá! —gritó Dariana—, ¡tráelo, tráelo!

Kaskabal ladró y se le escapó de las manos. Lázaro saltó inmediatamente tras él, pero el animal era mucho más rápido. En un santiamén alcanzó al Ladrón y le quitó el carriel de un mordisco, luego saltó de una piedra y sonó como si hubiera caído a un cuerpo grande de agua. El Ladrón escupió al piso y preparó su machete, Lázaro no lo pensó dos veces, corrió hacia donde estaba el viejo, dobló a la izquierda en último momento y saltó hacia donde escuchaba la corriente.

El río se había vuelto enorme. Kaskabal gimió en algún punto más adelante y Lázaro se afanó en encontrarlo. Así supiera nadar, el agua tenía una consistencia tan ligera que se sentía perdido, flotando en el aire, y eso lo angustiaba. El Ladrón gritaba la palabra “perro”, que parecía ser la única que podía decir, y lo seguía corriente abajo golpeando todo lo que se le atravesaba con el machete. La luz de la linterna apareció tras una curva y la silueta de Dariana se dibujó sobre el peñasco otra vez.

—¡Tienes que salir del río! —le gritó ella.

—¡El machete! —contestó él y, llegando por fin a la altura de Kaskabal, lo cogió por la cola— ¡quítaselo para que pueda salir!

—¡No tienes tiempo! —replicó ella—, ¡suéltate!

Con el perro en las manos, Lázaro no iba a dejar escapar la oportunidad. Lo único que tenía que hacer era coger el carriel, sacar el corazón y dejar que Kaskabal se llevara el alma sola. No podía costarle más de un par de minutos y sí era mucho mejor que dejar que Martín se uniera a la colección del Diablo y esperar a que el Ladrón fuera, recuperara su fragmento y volviera con más deseos de matarlo que nunca.

—¡Lázaro, no!

Kaskabal se hundió en el agua y arrastró a Lázaro hacia el fondo, una negrura tan inconmensurable que Lázaro, entendiendo al fin la importancia de los perros guía, no se atrevió a soltarse, seguro de que, si lo hacía, lo devoraría el vacío y se perdería para siempre. El viaje duró muy poco y cuando salieron a la superficie de nuevo, se encontraban aún en medio de un bosque y la luz del alba se filtraba por las ramas de los árboles. Apretando la cola de Kaskabal más de lo que debía, Lázaro jadeó y luchó por quitarse el pelo de la cara.

—Esto sí que es inusual —dijo una voz desconocida. Lázaro buscó su origen y solo vio la silueta un árbol bajo, un arbusto más bien, a la orilla del río—, hace mucho tiempo que un cuerpo entero no aparecía por estos lares.

La palabra “entero” lo sobrecogió. Kaskabal nadó hacia el arbusto y Lázaro se dejó llevar con tal de no quedar a la deriva, aunque le aterraba la idea de acercarse al Diablo, que debía ser el dueño de la voz, y no tenía ninguna intención de salir del agua, por más siniestra que

fuera. Cuando estuvieron más cerca, pudo ver con más claridad el árbol y toda idea coherente se le escapó de la cabeza.

En vez de hojas, flores y frutos, el arbusto tenía partes humanas repartidas por las ramas, la mayoría de ellas, corazones. Todo parecía estar vivo y funcionando, irrigado tal vez por la parte vegetal del organismo, y pronto los ojos más cercanos se giraron hacia Lázaro para observarlo en detalle.

—¿Qué pasó? —dijo la criatura secamente con una boca que Lázaro se negó a ubicar—, el latido de ese corazón me suena familiar.

Lázaro no podía hablar, tampoco nadar para escapar de esa aberración, de ese Diablo mil veces más monstruoso y horrible de lo que había imaginado, pero de alguna manera, supo qué hacer y le arrancó el carriel a Kaskabal. El perro no se resistió, debía tener la confianza de que Lázaro no podía ir lejos con el botín, o tal vez sentía que ya había cumplido su parte con llevar el alma del Ladrón hasta la orilla.

—¿Moriste alguna vez? —preguntó el Diablo

—¿Qué?

—Muerto y resucitado, sí, de otra manera no habrías podido saltar al río.

Lázaro recordó haber nacido muerto y lamentó profundamente que lo hubiesen resucitado. De no haber vuelto a la vida, tendría una bonita tumba con alitas de querubín y un letrero que diría “Diego Salazar Rueda” en vez del nombre Lázaro y se habría ido al cielo, como todos los bebés, donde no habría tenido que darle explicaciones al Diablo ni descubrir que era un árbol hecho de partes humanas.

—Al nacer me morí —admitió y sintió que lo abandonaban las fuerzas—, pero estoy vivo.

—Vivo y entero —concedió el Diablo.

—No haga que el Ladrón me mate —pidió Lázaro y extendió una mano para agarrarse de la orilla—, ya tiene suficiente.

Kaskabal se removió para impedirle tocar el borde. Seguía pareciendo una mezcla de varios animales con las patas puestas en sentido contrario, pero el hecho de ya conocerlo, de ver su naturaleza benévola y entender que quería protegerlo, le reconfortó.

—Si quieres tu corazón, tienes que negociar —dijo el Diablo.

—No tengo con qué pagar.

—¿Y qué tal si ofreces el corazón que tienes en la mano?

Lázaro miró el carriel. No sabía si los corazones ligados al cuerpo del Diablo sentían algo, si era un tormento o si se sentía bien, pero no quería que Martín se sumara a la parafernalia de ojos, pulmones, orejas y corazones.

—No es mío, es de mi hermano —le respondió—, yo no tengo nada.

—Entonces no hay trato —sentenció el Diablo y Lázaro juró que sonreía—, no puedo esperar a verte la próxima vez.

—Vamos a liberar al Ladrón —replicó Lázaro.

—¿Y qué? Ya compré tu corazón, cuando se acabe tu vida, por la causa que sea, ahora o después, el perro me lo va a traer.

Lázaro recordó a Dariana diciendo que el Diablo era mentiroso. Lo estaba intentando manipular para que aceptara algún trato caníbal y le asegurara más corazones que absorber y más dedos que pegarse por debajo de las hojas. No le iba a creer, no quería terminar como el Ladrón.

—Kaskabal, saca el alma de aquí —pidió Lázaro y le mostró el carriel—, solo el alma.

El perro obedeció y metió el hocico en el carriel, sacando una cosa oscura cuya forma Lázaro no pudo determinar. Acto seguido y antes de que Lázaro pudiera revisar que el corazón no estuviera incluido, Kaskabal alargó el cuello para dejarla en la orilla, frente al árbol.

—¿Qué piensas hacer con el corazón? —quiso saber el Diablo, entretenido.

Lázaro pensaba dárselo a Dariana, pero no le debía explicaciones al Diablo, así que no le respondió.

—Sabes que le daré este pedazo de alma a tu Ladrón de nuevo, ¿verdad? —insistió el Diablo—, sabes que no has logrado nada.

—Vámonos, Kaskabal.

Cuando se alejaron de la orilla, Lázaro aferrado al carriel con una mano y a la cola de Kaskabal con la otra, el horror se abrió paso y le invadió la mente. La visión espantosa del árbol de partes humanas iba a permanecer en el centro de su insomnio para siempre, fija en su mirada, aunque cerrara los ojos y lo peor era que todas las entidades, como las llamaba Dariana, tenían que ser así de monstruosas, solo si Dios era también un amasijo de ojos y alas, podía permitir que existiera una monstruosidad así. La amenaza de terminar metido en una de esas aberraciones iba a perseguirlo sin descanso, a enloquecerlo irremediabilmente de miedo a morir.

Luego de un recorrido más largo y extenuante que el de venida, Lázaro se encontró de nuevo en el punto del río en el que se había sumergido. Con un poco de esfuerzo, reconoció más adelante los dos peñascos que delimitaban la zanja del bosque, Dariana y el Ladrón lo esperaban allí, parados uno en cada lado.

—Sube a esta orilla —le indicó Dariana.

—Atrápalo —le respondió él y se apoyó como pudo en Kaskabal para sacar el brazo del agua y lanzarle el carriel.

—¡Perro! —exclamó el Ladrón.

Apenas vio que Dariana cogió el carriel, Lázaro soltó la cola de Kaskabal y se dejó hundir. La penumbra lo envolvió de inmediato y todo rastro del perro desapareció. No era suyo, a fin de cuentas, era posible que no lo pudiera volver a encontrar. Era una lástima, Lázaro le tenía cariño, pero le interesaba encontrar a su propio perro, ese que ya lo había dejado volver a la vida una vez. Quería recordarlo, entenderlo y negociar, ahí mismo en el inconmensurable vacío, qué iba a ser de su alma ahora que, rehusándose al horrendo destino de los hombres, se estaba ahogando en el río que separaba el mundo de los vivos del de los muertos. Mientras llegaba, Lázaro podía confiar en que ningún horror lo iba a encontrar allí, que esa absoluta nada era un lugar seguro para descansar y olvidar.

Una sensación de hambre lo hizo volver en sí. El mundo estaba oscuro, como a blanco y negro, pero estaba seguro de que estaba en tierra firme, en Bogotá. Se sacudió la ropa y vio extraña la forma de sus piernas, intentó moverlas y las rodillas se doblaron en sentido contrario. Asustado, buscó a su alrededor y vio su reflejo en la vitrina de un centro comercial, ese que estaba a dos cuerdas del apartamento de Antonia.

Se había ahogado, eso le decía su rostro demacrado, pero no estaba muerto, estaba ahí y sentía hambre. Se palpó el pecho y encontró los latidos de su corazón, presentes, más vivos que nunca. Con cuidado, se paró sobre sus piernas precarias y corroboró que los pies estaban completamente girados, como los de Kaskabal. El río lo había sacado convertido en un colector de almas, como Kaskabal.

El hambre debía ser una señal de lo que tenía que hacer a continuación, pero no sabía cómo interpretarla. La costumbre lo hizo dirigirse al apartamento de Antonia, por ser el lugar más seguro que conocía, pero a medio camino entendió que, de visitar a Antonia, le llevaría la muerte, que esa era su misión y que, por tanto, por lo menos hasta que fuera el momento indicado, no podría abrazarla como habría querido hacer.

Bibliografía

Barker, C., 2001. The Midnight Meat Train. En: C. Barker, ed. *Clive Barker's Books of Blood*. Lancaster, PA: Stealth Press, pp. 13-34.

Caycedo, G. C., 1994. *La bruja: coca, política y demonio*. Primera ed. Bogotá: Planeta.

Fink, J. & Cranor, J., 2012. *Welcome to Night Vale*. [Grabación de sonido] (Night Vale Presents).

Over the Garden Wall. 2014. [Película] Dirigido por Patrick Hale. USA: Cartoon Network.

Riordan, R., 2013. *House of Hades*. Primera ed. New York: Disney - Hyperion Books.